

LUCIANO G. AMATTE DOS REIS

# CREACIÓN Y TRANSFORMACIÓN

ENSAYO SOBRE LAS REPRESENTACIONES  
DE LO REAL Y EL SER





Amatte dos Reis, Luciano Gabriel

Creación y transformación : ensayo sobre las representaciones de lo real y el ser / Luciano Gabriel Amatte dos Reis. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Luciano Gabriel Amatte dos Reis, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-987-88-2546-5

1. Filosofía Contemporánea. 2. Filosofía General. 3. Filosofía Occidental. I.

Título. CDD 199.82

Contacto:

Instagram: @lucianoamate

Facebook: <https://www.facebook.com/luciano.amatte>

ISBN 978-987-88-2546-5



## Creación y Transformación

\*\*\*\*

Ensayo sobre las representaciones de lo real y el ser

\*\*\*\*

Luciano G. Amatte dos Reis Buenos Aires, Oct 2021

[Introducción](#)

[Sobre las representaciones](#)

[Sobre el tiempo](#)

[Sobre la razón](#)

[A Constantin Constantius](#)

[El control sobre sí](#)

[Sobre el deseo](#)

[La perfección](#)

[El lenguaje universal](#)

[Sobre la libertad y la necesidad](#)

[El lenguaje universal \(segunda parte\)](#)

[Sobre improvisar y bailar](#)

[La creatividad](#)

[Sobre los recursos del hoy y la esperanza](#)

[El granjero y el ser](#)

## Introducción

La forma de transitar este ensayo es únicamente por medio de una pequeña historia: aquella del granjero y la suerte. A partir de allí habré de intentar desarmar algunos sistemas de interpretación, de representación y las herramientas mismas que componen el punto de partida para crear categorías y razones. Todo lo que aquí radica es únicamente una generalidad; no he basado estas páginas en deseos especifistas puesto que sobre todo busco conflictuar con "la mente del especialista". Por otro lado intento desarmar lo que contiene el "ser" y que es solo un parecer. Nuestras ideas modernas, utilitarias y economicistas nos obligan a obrar por el "para" y el "porqué" siempre con un fundamento basado en "la" razón como objetivo principal. Deseo aquí transitar la generalidad y el desarme de las herramientas que sostienen estos sistemas filosóficos; esto es lo que son, sistemas, puesto que lo totalizante no existe más que en una entidad perfecta. Nuestra existencia es humana, pero cuando esa humanidad ha sido devorada por la "representación del ser humano" me resulta preocupante. El "homo economicus" se establece como el centro del mundo; individualista, egoísta y artifice de su propio mundo y destino. ¿Qué tanta humanidad contiene esto? Habrá algo de humano en cada una de las aristas que se ven formuladas en cada capítulo. ¿Qué compone al ser? o ¿Qué lugar ocupa lo perfecto?

¿Para qué la esperanza y la fe? o ¿Qué implica hablar de la música como lenguaje universal? ¿Cuándo somos libres y cuándo "somos"? Por sobre todas estas cosas me permito decirle que detesto el eurocentrismo de la filosofía, tal como se le dice a la música clásica europea simplemente "música clásica", tal como si ninguna otra música clásica existiera. Tales sesgos y lentes de ideología existen en nuestra sociedad porque se constituyen de tal manera para subsistir y perdurar. ¿Pero a qué costo? ¿Cuánto del mundo hay que desestimar para que "la representación" o la "ecuación" que contiene al mundo funcione? Somos esclavos de las representaciones; el mundo no es la palabra mundo ni las cifras de desempleo o el PBI, la cantidad de discos vendidos o lo cuantificable de la mente economicista. Las pasiones, los deseos, la esperanza, la fe y lo irracional está contenido en el ser humano que es solo "uno". No puede volverse muchos y luego algunos y al final uno solo; siempre es una sustancia pero que se modifica a cada momento, muere a cada momento y renace a cada momento. Tales ideas son perturbadoras y buscamos conciliar ese miedo asumiendo la esencia inmutable, la sustancia perfecta o un "alma". ¿Hasta qué punto nos apalancamos aún en ideas que devienen de la filosofía

religiosa? Habrá un poco de cada representación, sobre el lenguaje, la música, lo social, la filosofía, la economía y más. Cada punto que aquí existe tiene su arista sobre la existencia real y el ser. Solo me resta confiarle que este trabajo, como cualquier otro, solo existe y tiene "vida" cuando es leído, cuando entra en contacto con la persona que lo lee; pues para mí ya es obra muerta; por ende, demos vida a las cosas muertas.

## Sobre las representaciones

*“Representación: acción o efecto de simbolizar”*

Me encuentro siempre con el dilema de la *mente del especialista*. Esto es muy propio de nuestro mundo hiperveloz y súper conectado que desarrolla *avances* en la ciencia a cada momento y la tecnología nos propone información extraída de cada rincón del mundo. En primer lugar la “mente especialista” es tecnicista, burócrata e hiper enfocada en una disciplina o únicamente entiende el mundo como elementos dentro de una disciplina. La búsqueda de *gente idónea* para las tareas del mercado, la economía, el comercio y demás, fuerza la necesidad de *crearse necesario* para el empleador; volvernó “únicos” bajo la especialización. Claramente la *educación* es la escala que se utiliza, en gran medida, para calibrar y organizar tamaña lógica. Los jóvenes de hace cien años apenas terminaban estudios secundarios y podían ingresar en un trabajo con el cual solventar, con un solo ingreso, a toda la familia. Hoy en día el joven salido de la universidad se encuentra con un sistema súper atomizado en cuanto al poder sindical/laboral y debe recurrir a “*perfeccionarse*”, “*invertir en sí mismo*”, “*desarrollar cualidades*”, “*salir de la zona de confort*”, etc. En gran medida el sistema capitalista adora a los especialistas; sobre todo a aquellos que aun cuando dominan una disciplina no tienen una actitud crítica para con lo político-social; pues “*está mal tener ideología*”.

Lo que ocurre con la mente del especialista, de la cual todos en el siglo XXI somos víctimas, es el orden o sistema de interpretación del mundo que utiliza; algo así como un sistema filosófico o sus *lentes de ideología*. El matemático verá lo metafísico y abstracto en lo material, el ingeniero verá lo productivo-material en lo abstracto, el productor agrario verá el mundo girar alrededor de la tierra y el economista les dirá a todos que el sistema capitalista es la razón por la cual todo existe y somos libres (?). Al invocar estas formas de ver el mundo me recuerda la historia de *los sabios ciegos y el elefante*; en la cual cada sabio ciego intenta describir un elefante por el contacto, por lo *empírico*, y cada uno entra en relación con una parte diferente del animal (su trompa, cola, patas, etc.). Cada uno de los sabios tendrá *su* razón desde su óptica pero eso no implica que sea *la* razón o que haya una *totalidad* de razón. “El dedo que señala la luna no es la luna”, otro claro ejemplo (esta vez del budismo) de que todo es representación; las palabras, las imágenes<sup>1</sup>, los

---

<sup>1</sup>Imagen, derivado de “imago” (retrato, copia). Una *re-presentación* de lo real; pero no lo real per se.

recuerdos, la imaginación y todo aquello que se conjuga con el ser humano es representación. No significa esto que *la luna* no exista; sino eso que llamo luna y veo su luz, su blanca figura, las singularidades sobre su terreno es un *conocimiento* de la *cosa* pero nunca *la cosa per se*. Mucho de esto existe en las tradiciones filosóficas de oriente desde hace muchísimo más tiempo pero parece que occidente siempre quiere conocer todo por la razón, y por ende, *a priori*. “Describeme la sandía” ; bajo ese imperativo habré de indicar color y forma, pero no habré de entrar en contacto con ella (de igual manera que no llego al contacto físico con la luna). Pero es diferente describir con *la razón* que *experimentar* la sandía cuando uno la toma con sus manos, percibe el aroma, muerde un poco, parte otro, la degusta, nota los sabores y termina por integrarse al organismo. Ahora sí diré “sé lo que son las sandías”; pero, ¿conozco todas las sandías? He conocido una fruta a la cual he nombrado en mis categorías y órdenes como tal y fue verdaderamente sabrosa, ¿significa que siempre será sabrosa? Pero al fin de cuentas; ¿fue aquella sandía sabrosa entre las sandías o fue sabrosa en comparación a lo que he probado hasta ahora? El dicho “cuando hay hambre no hay pan duro” tiene también su cuota de colaboración aquí. La *cosa* no es por sí misma sino cuando entra en contacto conmigo. La idea de *amor* no es el amor, la fantasía de amor parte de la razón y el deseo pero no es el *amor materializado*. Y con esto, ¿qué es el amor? Puede ser la idea, el símbolo, la representación, el gesto, la sensación, la empatía, la atención, el cuidado, el compañerismo, etc. Puede ser todo, parte, algo, pero menos de esto y más de aquello. No existe *EL* amor, solo “*amar*”. Pero respecto al lenguaje me gustaría decirle que es todo en su *totalidad una representación*. ¿Qué sucede cuando modificamos el lenguaje? He dicho recién *el* amor, para invocar una suerte de *esencia* de aquello que quiero describir. ¿Qué orden o sistema de organización de ideas puede compatibilizar tal cosa con un idioma, como el turco, que carece de artículos? Le recuerdo que nuestro idioma castellano, así como el inglés, alemán, francés, italiano y todos los que corresponden a Europa occidental tienen su influencia derivada del latín que a su vez deriva del griego antiguo. Por consiguiente están íntimamente hermanados. El idioma alemán tiene integrados artículos que pertenecen al dativo, acusativo, genitivo y nominativo (el latín y el griego tienen uno más). En castellano estos elementos no existen. Aun así cuando desarrollamos ideas utilizamos el masculino y el femenino; cuando en alemán, latín y griego antiguo y moderno existe también el artículo neutro. Estos tienen su singularidad, al compararlos con el castellano, en cuanto al uso del masculino, femenino y neutro para los objetos. Pero partiendo desde la base de artículos, reduzcamos a masculino y femenino en este caso, ¿por qué es que

existe *la* pared y no *el* pared? ¿Por qué decimos *el* auto y no *la* auto? o como en alemán “*das* auto” en el cual *das* es el artículo neutro. No me refiero aquí a la búsqueda de un conflicto de lo *masculino* sobre lo *femenino* sino al simple hecho de preguntarnos ¿por qué asociamos artículos a los objetos? Cabe la posibilidad de que alguien guste responder a mis comentarios respecto al acusativo, nominativo, etc. “El mapa” no es igual a “un mapa”, con todo fundamento. Aun así, los idiomas derivados del latín, en conjunción con otras tradiciones, han permitido el uso de artículos únicos; en inglés todo pertenece al “*the*” y al “*a*”. “A map” (un mapa) “the map” (el mapa). En alemán existen dieciséis artículos dependiendo de la función gramatical, en inglés solo “the” y “a”. Aquí no pretendo causar una discordia ni plantear una problemática del idioma, pero me es común escuchar que “el idioma es así”, “la riqueza del idioma”, “hablar bien”, etc. Cuando busco percatarme de qué es lo que significa todo esto, lo único que me queda es resignar mi cabeza a la idea de que el castellano del Río de la Plata, y si buscamos ser más específicos, el castellano de Buenos Aires, difiere del castellano de Córdoba Argentina, a su vez de aquel de Colombia y el de España; sin ir más lejos difiere de los usos del lenguaje de Montevideo.

No cabe en mi cabeza juzgar el valor del lenguaje; cada lenguaje es una herramienta. Otro cuento de oriente dice que un estudiante preguntó a su maestro qué era lo más bello del mundo, a lo que el maestro respondió “la palabra, con ella dices -te amo- y creas poesía”. Entonces el estudiante preguntó cuál era la cosa más fea del mundo y el maestro le dijo : “la palabra, con ella dices - muere - y te odio”. Todo es herramienta, la forma en que representamos, materializamos y aplicamos las *cosas* se desprende de un conjunto de sistemas filosóficos y la búsqueda de resultados. Si quisiera hablar *el castellano como corresponde*, habré de buscar aplicar el castellano antiguo, pero yendo aún más atrás iría al uso del latín y luego al griego antiguo y a las lenguas indoeuropeas primarias, *in eternum* hasta la desaparición del lenguaje. Quizás entonces podré decir, con aires de grandeza y con la autoridad de un mandato divino, “la naturaleza humana es abandonarlo todo y vivir en las cavernas, sin hablar, sin fonemas vocales y sin el yugo de la razón” (o *los inmortales* de Borges).

Pero algo es seguro y es que “toda pureza es una mezcla olvidada”. ¿Dónde nos posiciona esto? ¿Cómo construir cuando todo es tan líquido? Es en efecto ese el problema de la postmodernidad, la realidad hiperconectada, la post verdad, etc. Cuanto más rápido cambia la *representación del mundo* a nuestro alrededor más grande es la ansiedad y el deseo por retener una porción de aquél; cuanto más efímero, más buscamos categorizar; cuanto más rápido se escapa de

nuestra comprensión mayor es la *necesidad* de decir “*el mundo es...*”. La melancolía del pasado, la ansiedad por el futuro y el presente que es nítidamente caos y solo un punto que conecta el ayer con el mañana. “Siempre es hoy” pero nunca estamos en él. Es ésta la dicotomía de la *mente del especialista*, se encuentra hiper enfocada y ve una pequeña porción del universo y del mundo. Quizás de esa manera puede llegar a abarcar dentro de ese diminuto *cosmos* individual una ficticia sensación de “*el mundo es*” o “*mi mundo es*”. El reduccionismo del universo para que pueda entrar en la mente humana es un patético intento pero no por ello menos divertido de observar. El problema es que cuanto más deseo categorizar el mundo, el lenguaje, el amor, etc. parece cada vez más difícil. Se supone que no hay “*amores*” ni “*amar*” sino únicamente: *amor*. La *mente del especialista* se adecua al reduccionismo para poder contener una porción estática del universo pero por tal *razón* percibe una sola arista, tal cual los *sabios ciegos y el elefante*. La *razón* habrá de ser lo que guíe al ser humano en occidente o al menos eso nos hacemos repetir. “*La*” razón, ni siquiera *una* razón; hay que tener semejantes concepciones antropocéntricas en relación a nuestros cerebros (o cerebro individual). No quiero implicar con esto un despropósito en el esfuerzo y dedicación de las personas en cuanto a la especialización; mi interés no es, como ya he dicho, juzgar individuos; sino analizar procesos y beneficios que de aquello se desprende. Pero los ejemplos abundan, porque la búsqueda en todo occidente se basa en el entendimiento a partir de *la razón*. De manera confusa las personas, desde el uso de la disciplina que sea, parecen interpretar que sus concepciones son siempre razonamientos infalibles y el mundo puede ser conocido íntegramente *a priori*. Tal como con las matemáticas que el número cuatro siempre será unitizador de cuatro unidades de algo; sean cabras, granos de arroz, casas o manzanas. La ecuación que representa la gravedad no es la gravedad. El cálculo que representa una figura geométrica no es la figura en sí. El símbolo químico “W” de Wolframio solo será entendido puesto en contexto. Un grafiti de una “W” en una calle del barrio de Caballito no será prueba cabal que nos direcciona a decir: “Claramente, ¡Wolframio!” De igual manera que la palabra *makam* solo tendrá *sentido* para aquel que conozca algo de música de medio oriente pero la palabra no es la música y es solo representación de un orden, un estilo, una categoría, etc. Y he aquí donde el *especialista* podrá intentar darme cátedra y sentido a que la referencia que estoy haciendo es en cuanto a significado, significante, lingüística y avanzaremos con los libros de Chomsky... todo aquello me tiene sin cuidado. No es *la cosa* lo que me importa aquí ni cómo categorizar el proceso. Solo quiero hacer evidente los sesgos de los sistemas de representación y que quede sumamente claro que no

siempre disponemos de una *consciencia* respecto a estos *lentes de ideología* al ver el mundo. Aquel que tenga astigmatismo o miopía, aquel que habla un lenguaje diferente y pronuncie sonidos incomprensibles para otras lenguas, aquel que se expresa en una forma artística desconocida para algunos, etc.; cada cosa hace sentido en un contexto, utilizar nuestra mente occidental para interpretarlo bajo nuestros mismos esquemas filosóficos y sistemas de valor propio es un absurdo; somos criaturas ensimismadas y sobre todo adoradoras de nuestro enfoque eurocéntrico.

Han quedado atrás, lastimosamente, los días de los humanos que no *solo trabajan*, sino que eran también artistas, amantes, poetas, escultores, activistas, *partisanos*, aventureros, viajeros, curiosos por descubrir y vivir todas las vidas posibles. Pero no quiero decir aquí “acumular experiencias” sino de reinterpretar la realidad con diferentes ojos, exponerse y entregarse al conocimiento para que transforme sus perspectivas y las *representaciones* que poseen se vean modificadas día a día. ¿Pero no es lo mismo que sucede hoy con las *representaciones de la realidad* que se mueven a cada momento? ¡No! La búsqueda humana es en la libertad para alterar sus propias *representaciones* por su mismo acto volitivo; *ser yo mi* amo sobre mi destino para ver desde miles y millones de ángulos todos los lugares, todas las vidas, el pasado y el futuro, la búsqueda de ser *El Aleph* pero porque *yo* así lo decido. La hiper conectividad y la *postmodernidad*, junto con la *post verdad*, crean la *necesidad*, desde la fuerza exógena, de retener una porción del mundo, la expando y la universalizo; una relación *inductiva*, tomo algo, lo entiendo, lo comprendo, logro incorporarlo dentro de mí y por consiguiente conozco el mundo a partir de tales elementos que digo “comprender”.

Es algo extraño también recordar que Immanuel Kant tenía aquella noción de poder conocer el mundo, o las representaciones que hacemos del mundo y no la cosa *en sí*, a partir de su hogar; sin salir de Königsberg. Si bien no hay método absoluto; percibo que adecuamos más nuestras mentes para incorporar un mundo irreducible a fin de asumirnos *racionales* antes que afrontar el proceso mismo de interpretar todas sus aristas. Pero es la externalidad la que fuerza el desarrollo en tal dirección porque la *necesidad* humana, como sujeto imperfecto, falible y mortal, requiere de una subsistencia. Aquella que es dada por un sistema social organizativo que supone la entrega de nuestro *labour-time* u horas de trabajo a cambio de una remuneración. El camino que elegimos tiende a condicionar la forma en que pensamos y la forma en que pensamos vuelve a ejercer presión sobre el camino; hasta cierto punto se conectan, una clara función *dialéctica*. El “progreso” humano, deshaciéndose de todo lo que no es “*imprescindible*” ha dedicado los últimos siglos al avance

y al progreso del *utilitarismo* y el *capitalismo*. La *mente del especialista* surge en el siglo XX a partir de la necesidad de distribuir tareas cada vez más segregadas y compartimentadas; la aparición de nuevos *empleos* y mecánicas de *trabajo-consumo* son prueba de esto. El marketing, la publicidad, las relaciones públicas, corredores de bolsa y analistas financieros, etc., son todos elementos que se constituyen en base a una mecánica económica (es decir, el estudio de los recursos, su escasez y la forma de organización de los mismos; sean recursos naturales, minerales o *labour-time*/horas de trabajo humano). El reduccionismo del mundo para satisfacer los requerimientos del *mercado laboral* es evidente por sí mismo; el *especialista* concentra sus energías en un solo punto y quizás toda su vida radica en ese solo punto. No significa esto que *solo* trabaje, sino que la incorporación de sus conceptos, vivencias, experiencias y valores se ajustan a la dinámica principal, la cual es el trabajo, y el resto de los factores se rinden al *utilitarismo*, la practicidad, lo operacional, lo funcional, lo eficaz y eficiente que puedan ser para el individuo. La pasión, el amor, la idea, el valor, la ética, la moral, la sensualidad, la estética, el compañerismo, la fraternidad, la igualdad, la libertad, etc., son todos elementos que buscarán adecuarse a la estructura principal del *utilitarismo capitalista*. La pregunta más frecuente es “¿Para qué?” el *especialista* concentra sus fuerzas en encontrar una *razón* (económica), *utilitarista* o *materialista* que lo impulse a desarrollar tal o cual acción. Si no hay un basamento económico, material o de reconocimiento de los pares para tal o cual operación ¿cuál será la razón de realizarla?

“*La razón de esto*” y “*la razón de aquello*”; como he dicho, siempre es la razón y nunca una razón. Esto genera en mí una cierta compasión pero a la vez me perturba. El motivo de todo es *utilitario*, la razón de obrar es siempre la motivación económica-material, el sentido de valor que corresponde a la persona siempre es integrado a partir del reconocimiento del otro que convalida el grado o categoría humana, moral, mejor o peor, etc. La competencia laboral fomenta el reduccionismo del mundo, no es más una *carrera* (curioso término) de toda la vida, ni siquiera décadas o años, los meses sino las semanas o los días son determinantes, el *daily trader* que compra y vende acciones en el día para crear ganancias, o las operaciones de cambio diarias, la velocidad es agobiante. El mundo ya ha cambiado al momento de intentar describirlo; sí, el tiempo transcurre y cada segundo es un cambio, pero la *sustancialidad* del cambio es imponente. Al llamar a las cosas por tal o cual nombre buscamos contraer todos estos sucesos, la vida, la existencia, el deber, el valor, el “por qué”, etc. Aunque somos esclavos de la razón, al menos en occidente y bien hemos infectado al resto del planeta con tal enfermedad.

Hay un cuento de oriente, una vez más, que se conoce como “buena suerte, mala suerte, ¿quién sabe?”. Trata sobre un granjero al cual se le escapa un caballo. Tal suceso lleva a los vecinos a acercarse a él y decirle -“qué mala suerte”, a lo cual él les responde “buena suerte, mala suerte, ¿quién sabe?”. A los días vuelve el caballo con una tropilla de caballos salvajes. Al conocer la noticia los vecinos se acercan a felicitarlo - “¡qué buena suerte!” - dirán. A lo que el granjero responde igual que antes “buena suerte, mala suerte, ¿quién sabe?”. Al intentar domar a uno de los caballos, el hijo del granjero, cae de la montura y se rompe una pierna. Como los vecinos son de costumbre chismosa se acercan a determinar una vez más “que mala suerte”; y nuestro querido granjero responderá igualmente “buena suerte, mala suerte, ¿quién sabe?”. A la semana llega una orden militar a la aldea y se obliga a todos los jóvenes a incorporarse al ejército en una guerra lejana, absurda y alienante como todas las guerras. Debido a su pierna rota, el hijo del granjero es el único que escapa a la orden del ejército. Los aldeanos se acercan a decir una vez más “que buena suerte” y nuestro granjero responde como siempre “buena suerte, mala suerte, ¿quién sabe?”

Recuerdo que Arthur Schopenhauer en el siglo XVIII leyó las primeras ediciones/traducciones de la filosofía “oriental” que llegaron a Europa. No es descabellado recordar que la imprenta tuvo su aparición en el siglo XV en Alemania; digo esto para tomar perspectiva, solo cinco siglos después podemos acceder vía internet a cualquier dato o publicación, pero no sabemos cómo interpretarla porque carecemos de sistemas filosóficos adecuados. Por consiguiente las historias como la anterior pueden parecer *pesimistas, nihilistas, contemplativas y profundas* (?) por igual. Entendemos al mundo a través de las categorías que *creamos* para tal fin; el problema es que se vuelve una gran torre de babel, entre la cabeza que *razona*, las manos que *trabajan* (*utilitarismo*) y la falta de corazón que no permite *conciliar* el presente. Hay una *razón*, se conduce una *acción* y se carece de la energía primaria, humana, pasión, alegría, empatía, etc.

El problema del granjero nos conduce por varios caminos. Lo que absorbemos de estos sucesos, es decir, hechos relatados, es un orden que se asienta en nuestras mentes para tener una noción acabada de la *realidad* y encontrar una *lógica*, pues entrelazamos las causas-consecuencias, a fin de que pueda determinarse un *resultado*, *moraleja* o concepto final. ¿Para qué *necesitamos* este cierre o concepto *final*? Aquí una palabra de atención y cuidado; otra vez la mente *utilitarista* puede asomarse a buscar resultados prácticos, fácticos, materiales o *métodos de resolución* de problemas (presentes o futuros). Como he referido antes el “¿Para qué?” establecido por una noción

*mercantilista-capitalista*. Pero es también determinante recordar que, al finalizar la historia, estaremos haciendo un revisionismo o una interpretación *a posteriori* de los hechos. En otras palabras, una vez que “*todas*” las cartas están sobre la mesa; o así lo creemos, aun cuando lo único que ha terminado es la historia para nosotros pero no para el granjero ni significa que el concepto no vaya a continuar *ad infinitum*. La historia nunca termina; pero, como he explicado antes, la mente del especialista no se preocupa por cosas que no puede abarcar con su mente; y aún, aquellas que podría abarcar solo las condiciona al reduccionismo para que operen dentro de un sistema de categorías especializadas en relación a la eficiencia económica.

Pero los elementos a desarmar son interminables y solo podré reducir y adecuar el tiempo y esfuerzo a una determinada cantidad de páginas; con esto quiero decir que no reniego de la eficiencia, debo actuar en consecuencia pero no porque sea ésta la fórmula por la cual trabajar una vida sino porque es una *necesidad*, limita mi existencia y por ende habré de obrar como humano. Si algo de los primeros párrafos le suena familiar es por el reduccionismo del entorno para ser contraído y retener un vestigio al categorizar “el mundo es...”. Aquel “*es*” cumple una función circunstancial, porque como nuestra condición humana es mortal, nuestra interpretación es un reduccionismo de algo más. El tiempo y el espacio nos condicionan dentro de barreras, en las cuales a su vez contraemos más funciones, que rogamos sean fijas y estáticas, para poder apalancarse en ellas como cimientos para *crear la representación* de nuestro mundo. Porque he dicho algo del lenguaje ya y no se integra de un momento al otro la totalidad de sus aristas. La *creación humana* es únicamente abstracta, metafísica o en la sistematización de razonamientos, razones y lógicas. Cuando *creamos*, lo único que hacemos es constituir en nuestras mentes representaciones que son íntegramente pertenecientes a nuestra capacidad imaginativa, creativa, descriptiva, racional y demás. El verbo *crear* es tan confuso. Aquí las definiciones de la Real Academia Española: *Crear*. (Del lat. *creāre*). 1. tr. Producir algo de la nada. Dios creó cielos y tierra. 2. tr. Establecer, fundar, introducir por vez primera algo; hacerlo nacer o darle vida, en sentido figurado. Crear una industria, un género literario, un sistema filosófico, un orden político, necesidades, derechos, abusos. 3. tr. Instituir un nuevo empleo o dignidad. Crear el oficio de condestable. 4. tr. Hacer, por elección o nombramiento, a alguien lo que antes no era. U. especialmente referido a dignidades muy elevadas, por lo común eclesiásticas y vitalicias. Fue creado Papa. Será creado cardenal. 5. tr. ant. criar (|| nutrir). En primer lugar quisiera disgregar materia y metafísica (esto habrá de ahorrar mucho esfuerzo). Por un lado lo material-tangible y por otro lado lo abstracto,

teórico, matemático, los sistemas filosóficos, razonamientos, etc. Una vez que tal cosa es establecida, es decir, que ajustamos nuestras categorías a estos dos parámetros, le pido tenga a bien releer las definiciones de *crear*. Primeramente la única entidad que tiene la posibilidad de *crear* es aquello que llamamos *Dios* (sin entrar en la discusión de si es perfecto o no, solamente remitiéndonos al creador de quizás... ¿Una galaxia será suficiente para un Dios?). “Pero el ser humano crea vida, crea objetos, produce *mercancías*, cultiva, cosecha, pinta, escribe, construye casas, etc.... “ Todo aquello será más que coherente y válido, la cosa *per se* es entendida como una unidad diferenciada de otra. Es decir, una casa no son un montón de ladrillos, un lienzo en blanco y las pinturas a su lado no son una obra de arte sino las herramientas para que el ser humano las elabore. Pero hay algo en la *mente del especialista* que me agobia y es este sentido antropocéntrico con un tinte tan determinista de lo económico y lo utilitario. Interpreto que la vida es una conjunción de factores que se ajustan de una manera para buscar un resultado; pero en primera instancia ¿Creamos? Y como he dicho, separe en primer lugar materia de idea o *representación de la cosa* para no ir por carriles confusos. Quizás la idea de construir un *hogar*, para lo cual primero debe ser construida una *casa*, que requiere barras de acero, cañerías, pisos, paredes, maderas, plásticos, etc., es la mejor forma para ejemplificar esta idea. El ser humano toma los productos generales y construye la casa, que se volverá hogar por medio de la representación, afecto, amor, experiencias, calidez y compañerismo que en esa casa radique. Pero ¿qué fue de las barras de acero antes de ser barras de acero? ¿acaso aparecieron de la nada? Claro que no, y es evidente que una fábrica-acería ha necesitado combinar carbón y mineral de hierro, quizás junto con otros elementos, para fundir y producir las barras de acero. Pues entonces ¿qué fue antes de eso? ¿Qué es del mineral de hierro antes de ser parte del proceso de fundición? Fue extraído de una mina o cantera, por medio de voladuras de determinados puntos, se utilizaron probablemente maquinarias para extraerlo de la tierra. Ahora, ¿es acaso el ser humano el que puso ese mineral en la tierra? Claramente no, pero despreocúpese pues no es mi intención hacer ingresar a ninguna entidad supra terrenal en mi ayuda para fundamentar por fuera del *materialismo*<sup>2</sup>. Lo que los seres humanos realizan es *trabajo*; eso es lo que disponemos, fuerza humana que está integrada en nuestros cuerpos, cerebro, sistema nervioso, etc., junto con el tiempo. Exactamente *labour-time*, trabajo-tiempo. Cuando al *trabajo* se le determina como *crear* ya entramos en

---

<sup>2</sup> Al decir *materialismo* no intento referirme al *consumismo* sino todo aquello que es empíricamente cognoscible, tangible, del mundo sensible, perceptible por los sentidos o que tiene una fuerza (tal como la gravedad o el calor del sol).

un error conceptual garrafal; excesivamente absurdo y notablemente categorizado en base a la lógica económica. El ser humano *trabaja* y el trabajo es *transformación* pero nunca *creación*. La creación ocurre desde la nada, desde el éter, desde lo que no hay aparece algo que ahora hay. ¿Es acaso esto lo que sucede con el hogar? Hogar que antes fue casa, que antes fue caños y barras de acero, que antes fue mineral de hierro, que antes fue mineral de hierro en la tierra, etc. Si, somos una gran roca en el universo compuesta por elementos que se desprenden, hasta donde teorizamos, del Big Bang que esparció una cantidad de elementos químicos los cuales al juntarse y el *devenir* de miles de millones de años ha provisto el mineral de hierro, igual con los combustibles *fósiles*, lo mismo con la “evolución” de las especies, lo mismo con los cambios estructurales de las plataformas continentales y fallas en los continentes. “Nada puede existir a partir de la nada”. El ser humano es *transformador* de la materia cuando se dedica a cortar los árboles para construir su casa. Caza animales y luego en el uso del fuego los transforma en alimento procesable. Toma ramas y piedras para ayudar en sus funciones básicas. El ser humano *utiliza* los *recursos* de sus alrededores para *transformar* su *realidad material*. *El origen* no existe a partir del éter; nada viene de la nada, y por eso la *razón* por la cual Dios se volvía *necesario* para conciliar la existencia; curiosamente una explicación *Deus ex machina*.

Al discutir estos temas he podido encontrar aceptación de la idea pero también algo de confusión. No por la idea en sí sino por cómo la misma rearticula *la representación de la realidad* y *las categorías* que sostienen la *cosmovisión*. No hay nada en detrimento del ser humano o denigrante en el hecho de *transformar* porque como he dicho lo que podemos *crear* es enteramente abstracto y pertenece a la razón, los sistemas de interpretación filosóficos, las categorías, en definitiva todo lo que no pertenece a la *materialidad* que es únicamente *transformación*. *Dios crea, nosotros transformamos*. Evite pensar en la idea de Dios como una entidad antropomorfa, no es aquí un ser pensante al que me refiero sino al concepto mismo; el Big Bang puede ser llamado o categorizado Dios, al igual que *mi* Dios es Ra (el sol). No hay entidad más poderosa en un gran trecho de aquí a lo lejos, todo lo que Ra provee es energía y luz, es la base del calor, la temperatura y la vida en la tierra. Es cierto que no fue Ra quien permitió que existan aquí las partículas de hidrógeno, oxígeno y demás elementos, pero ha de tener (en términos generales) su buena cuota de contribución a que nuestro planeta exista, *ergo* los microorganismo, la fotosíntesis, las plantas, los reinos fungi, animal, etc. Todo funciona gracias a su *benevolencia*. Es una cuestión de dimensiones y por mucho debo decir que Ra supera mi entendimiento, quizás el de más de uno y aun hasta a los

estudiosos de aquel Dios sol o Apolo, pero en definitiva una *gran razón* de todo es Ra; un concepto enteramente materialista. Le recuerdo que “*materialismo*” implica lo material, lo transformable, el trabajo mismo (que es la operación de la transformación) y todo aquello que pueda ser conocido por la experiencia, lo empírico y el mundo sensible. Es de suma importancia disgregar el materialismo de *consumismo*. El ser humano es una criatura con *necesidades materiales orgánicas*: comida, descanso, cuidado de la salud, etc. El *consumismo* es la lógica de adquisición por la *mercancía per se* y la acumulación. Lastimosamente los términos (categorías) se utilizan como sinónimos de manera sumamente errónea y quizás adrede.

Afianzar la idea de *transformación*, y no llamar a esto *creación*, es de suma importancia, no solo para lo teórico y reduccionista sino para la contemplación de lo que implica el uso de los recursos del planeta. Al tomar *consciencia* de que somos transformadores y no creadores, nos entendemos desplazados del hipotético antropocentrismo (en verdad *capitalismo*) que radica en nuestro razonamiento para integrar una perspectiva de *causa-efecto-consecuencias* en las cuales somos un elemento conector y nunca *creador*. En definitiva, sabernos transformadores será tomar la relación de *consecuencias* que deriva de la extracción de los combustibles fósiles que *transformamos* en plásticos que son desechados (280 millones de toneladas al año<sup>3</sup>).

Hay un mayor componente de lo que llamamos *fenomenología* en la apreciación del mundo según la filosofía gestada en oriente. Hay además una gran relación con el *materialismo histórico* desde una óptica diferente por la obvia razón de que el mundo estaba constituido y *creado* bajo un uso de *razón* que difiere al moderno. En cuanto al *poder creativo* o la *capacidad creadora* del ser humano; su proximidad con la *creatividad* hace evidente de dónde surge el término. Si bien la materia es *transformada*, la *creación* es el acto *creativo* y no el *trabajo mismo*. Insisto en dejar en claro que esto no es un menoscabo de ninguna variante, sea el trabajo *creativo* o *material/transformación* no son divisibles ni hay un *mejor* o *peor*; todo en mayor o menor grado está

---

<sup>3</sup> La dimensión es infernal, el tamaño del buque más grande de carga granel al momento, el *Valemax*, es de 65 m de ancho (manga), 30 m de alto (puntal) y 360 m de largo (eslora) y tiene una capacidad de carga (aprox.) de 360.000 toneladas métricas. Por consiguiente 280.000.000 toneladas dividido 360.000 toneladas = 777 buques Valemax. Todo esto asumiendo que los plásticos están compactados lo suficiente como para no tener que utilizar más buques por un tema de volumen. Estos son los desperdicios anuales. Y como dato solo hay 68 barcos de este tipo al presente año 2021. Y para tomar noción de las proporciones desde otra óptica, las exportaciones de productos a granel de Argentina (en cuanto a cereales y derivados, tanto secos como líquidos) es de aprox. 120 millones de toneladas al año. Espero que se entienda que esto no es, bajo ninguna razón, la solución al depósito de desperdicios plásticos. Gracias.

constituido por ambos elementos porque ambas categorías residen en el ser humano. El uso de uno u otro depende del contexto, la mecánica rutinaria o la acción contemplativa, etc. El pintor *crea* o *descubre/devela* (corre el velo) de aquello que estaba *oculto a los ojos*; mismo concepto para con la escultura, la música, la poesía, etc. Toda idea, frase, melodía, armonía, pintura o escultura (y más) está en una existencia abstracta; en una suerte de *mundo de las ideas*. Allí es donde *creamos* y frente a la *materialidad* que *transformamos* recursos en *obras de arte*, cultura, expresión humana, lo que constituye realmente nuestra existencia. No implica esto que del mundo de las ideas baje lo ideal para hacer presente en su forma imperfecta en la tierra. Existe la *dialéctica*, la relación y la puja entre el *materialismo* y lo *metafísico* que *deviene* en una *síntesis*. Claro está que mi idea de escultura de cien metros de alto y veinte de ancho en puro diamante podrá encontrar sus restricciones materiales, si es que solo considero un diamante (una pieza íntegra). Al igual que la intención de realizar el segundo Taj Mahal en puro mármol negro presentaba limitantes *económicas*, la lógica *creada* para la distribución de los recursos (naturales, minerales y *labour-time*). Cabe también destacar que la *creación*, que de ahora en más tenemos en claro que pertenece a lo abstracto y metafísico del ser humano, engloba la *representación* de la *cosa material*. Cuando disponemos de un orden de sucesos que configuran la realidad, es decir, el devenir de los sucesos anteriores, usualmente tendemos a buscar una *razón*. El gran “¿Por qué?”. Es evidente la *creación* de mitos e historias para *conciliar* la realidad material y la metafísica. Sobre todo cuando el suceso es recurrente o se conoce por la experimentación en algunos casos u observación. El sol, el trueno, el eclipse y más, cada uno sucedía por alguna *razón*. La razón no es materialidad sino *creatividad/creación* humana.

Es la conjunción de estos dos factores que crean las consecuencias y el entendimiento de los resultados, se entrecruzan, se modifican entre sí, conflictúan, lo dialéctico, el amo y el esclavo, etc. Volvamos a la mente del especialista por un momento, que disfruta de ser especifista y encontrar únicamente el foco en un elemento. Siempre he dicho que “*si puedes matarlo estás en calidad de comerlo*” respecto a dar muerte a una animal para alimentarse. No estoy aquí buscando conflictuar en lo ético (por ende metafísico) con el cuidado animal sino enfocar en la manera que la sociedad atomiza las responsabilidades singulares, la especificidad de tareas, para que se pueda disociar la transformación material (la muerte del animal) para con el alimento que se consume (la *necesidad* o consecuencia deseada). El dilema *moral* recae en la abstracción de la materialidad para disfrutar de ella pero a la vez recortando o *creando* un reduccionismo del universo por el cual aquella

materia no *guarda relación con la cosa en sí*. Cuando incorporamos el resultado o consecuencia de una acción realizamos una suerte de *ceteris paribus* bajo el cual asumimos que todas las condiciones prevalecen iguales mientras yo disfruto de un corte de carne roja. La *creación* de un sistema de razonamiento vulgar y chato satisface las *necesidades* de la pulsión material (transformadora). El *resultado* de las operaciones materiales es lavado de las relaciones a las condiciones previas o sus existencias anteriores a fin de preservar la *consciencia* del individuo *consumidor*. Que quede claro que a tales efecto la *mercantilización* (tanto del animal y el ser humano, el trabajador que mata al animal pero no lo consume sino que lo transforma en *mercancía*) corresponde a un aparato integrado, un sistema, que compartimenta (tal línea de producción) a fin de disociar, no solo el/la trabajo/transformación integrado, sino también la carga ética-moral o *responsabilidad* de cualquier índole que radica en la estructura de lo abstracto-metafísico. *Quiero/deseo* los beneficios mientras busco auto-condicionar en mí la relación de la cosa a un estadio de *creación* desde la nada y me apoyo en la eficiencia capitalista que disocia el proceso para alienarse más sencillamente. También creo que, en nuestra condición humana actual centrados en las grandes zonas urbanas, hemos perdido la relación para con la naturaleza de manera acelerada y el condicionante moral se vuelve aún más insostenible por nuestra incapacidad de resistir más presiones desde lo psicológico y el estrés que se desprende de lo fútil del posmodernismo. He de decir que en cuanto al trabajo de la tierra y el campo; siempre consideré de suma importancia la relación para con la vida del animal, en tanto y en cuanto sea uno quien opera sobre el mismo. Tomar consciencia es llevar a cabo la acción y no esconder el deseo. “Deseo pero temo por lo que he hecho” ; - pues no lo hagas- ; ”pero *deseo* la satisfacción ”. Cuando entramos en contacto con el trabajo directo y que se dispone hacia lo *totalizante* de la tarea, así como trabajar de un punto al otro, del principio al fin con una tarea, implica también el goce de ser artífice de uno mismo y *transformador* (o *escultor*) de sí. Disociar el goce de la consecuencia de la causa necesaria transforma al ser humano en una criatura desagradable y débil. No guardo rencor ni con quien pueda ni contra quien no pueda en este caso, no es el alma del animal lo que aquí quiero destacar sino la esencia del humano que busca el placer pero no se atreve a tomarlo por sus propias manos. La excusa de estilo de vida es el paraguas y refugio de lo sistémico para disociar, a su vez, el *consumismo* de las consecuencias *materiales* que ocurren. “Mientras que seamos todos, no es ninguno” El humano posmoderno está únicamente interesado en *no tener culpa*.

Este último ejemplo es claro de la *materialidad*. Ahora me gustaría proponer

una diferenciación algo más delicada. Pensemos nuevamente en la luna. La palabra Luna no es la luna; ni el dedo que señala a la luna es la luna, solo una representación aceptada de común acuerdo entre los seres humanos al señalar con nuestros dedos. Cuando se le señala a un perro una dirección, a menos que esté entrenado y pueda referirse al condicionante o la representación puntual, será referirse a un código que no se comparte, un *razonamiento creado* para la interacción; y aun así suponemos que es el *otro* (el perro) quién no entiende. El animal entiende la materialidad y la existencia *in situ* y no como *proyección* ni a efectos de una *representación* de la realidad que se refiere a un *concepto* (creación). El problema que aquí se presenta es una vez más uno de representación; el *tiempo* es un concepto abstracto, por ende *creación* de la *razón* humana; no existe en la materialidad como adquirible en base a un pasado, presente y futuro (siempre es hoy y siempre es el presente). El ayer es un concepto del cual solo guardamos representaciones en forma de recuerdos; el mañana es una proyección del deseo, la esperanza, la fe y que (en algunas tradiciones) solo Dios dispondrá o sabe lo que sucede<sup>4</sup>. “¿Alguna vez has estado en el ayer?” Pues nunca, aquel que fui ayer o hace un minuto es *aquel* que ha quedado atrás; cada momento es una transformación sustancial o menor del individuo en relación con el entorno y sí mismo. Aún Ra, cuasi omnipotente, habrá de morir algún día; la vida eterna no sugiere nada placentero. De este espanto de concepto, porque tomar noción de esta idea produce siempre una sensación de “fantasma que habita un maniquí de carne”, es de donde surge (se vuelve *necesaria*) la noción de *alma*, *espíritu*, esencia o como guste llamarle para conciliar lo abstracto y lo material. Hay un elemento respecto a esto que quiero destacar. Al ingresar en la estructura de división entre el terreno material y el mundo de las ideas; debemos contemplar la dialéctica de la historia humana en base a estos dos puntos que conflictúan para ser un constante *devenir*. En relación a la idea de *yo futuro* y *yo pasado* hay algún proceso por diferenciar que puede quizás echar algo de luz y darnos un espectro más amplio en cuanto a la concepción de tiempo, vida, tierra, transformación y creación. La capacidad de recordar que tiene la criatura hoy conocida como ser humano fue adquirida en algún periodo de su evolución y fue útil para almacenar información que repercute en beneficios *materiales*, como por ejemplo no ser envenenado con la misma planta que otro, o no pasar

---

<sup>4</sup> “Inshallah” al igual que “si Dios quiere”; la construcción de la idea es en parte que no estamos en la absoluta condición de *crear* nuestro futuro; esto no significa un *detrimiento* o falta de amor propio del individuo en la búsqueda de *transformarse a sí y su futuro* sino la contemplación de que no es el *individuo* la única fuerza que opera y por ende no integra la *totalidad del universo* ni es *absoluto*.

por donde ya sabemos que un animal puede devorarnos, etc. (solo por denotar cosas simples). Esto otorga una ventaja evolutiva, claramente. Pero la información almacenada es un proceso representativo de lo experimentado, es una construcción *a posteriori* y por ende *representación creada* respecto al individuo bajo el conocimiento empírico. Lo que quiero fragmentar en pequeñas porciones es la noción de tiempo y “presente” porque el presente absoluto es la exposición directa y totalmente espontánea libre de cualquier atadura del racionalismo. Lo determinante es “¿Cuánto dura el presente?” Un segundo, dos segundos, una décima de segundo, una milésima de segundo, mil millonésimas de segundo o diez mil millonésimas de segundo o quizás una millonésima parte de un segundo. El tiempo es relativo. Digo esto en sentido filosófico sin ningún tipo de búsqueda en la física (aun cuando ésta también procura el mismo camino). Porque al saber que el segundo exacto, hipotéticamente, es “el presente” y sabiendo aún que el “segundo” es una categoría creada por la razón, implica que el futuro se desprende por fuera o a partir del exceso del “segundo del presente”. Que quede claro también que el concepto de tiempo, segundos, horas, minutos, días, años son mecánicas organizativas *creadas* por la razón en base a la “*necesidad*” de un orden común que vuelve a ser relacionado con el dios Ra y las vueltas que damos a su alrededor. Lo que se vuelve sumamente complejo, quizás imposible por el simple hecho de estar constituido por elementos relativos y *creaciones*, es la *consciencia* que se proyecta a sí misma en “el futuro”. ¿Qué tan lejos está ese futuro? Cuando el homo erectus busca evitar transitar un lugar por su peligrosidad, sea cual fuere la razón, ¿qué tanto se proyecta a sí mismo? ¿qué tanto proyecta su consciencia en función de sus recuerdos? Porque la accesibilidad de esos recuerdos o los disparadores que lo hagan relacionar aquello con su recorrido actual habrá de ser determinante. En el mismo concepto pero con otra contextualidad es el homo habilis guardando una pequeña herramienta, piedra o palito para utilizarlo más tarde porque *construye* la realidad de sí mismo en el futuro; proyecta su esencia al futuro. Aquella toma de consciencia hacia el futuro, implica que no opera estrictamente por el presente y lo espontáneo sino bajo la contemplación de la acción siguiente; el instinto de autopreservación y conservación a “futuro”. La mente *crea el futuro* porque éste es siempre metafísico; siempre se escapa y nunca se materializa, porque *siempre es hoy o siempre es el presente*.

Si mal no recuerdo, el dicho es “vivir en el pasado produce melancolía, vivir en el futuro produce ansiedad, vivir en el presente trae calma”. Este tipo de frases que robamos al lejano y cercano oriente para romantizarlas bajo nuestros cánones terminan siendo una burda copia *occidental* de las verdades filosóficas

orientales. Vivir en el presente en términos *materiales, reales o transformativos* (de ahora en más utilizaré estos términos como sinónimos) es, como ya he demostrado, un hecho sin escapatoria. La única forma de “vivir en el pasado” o “vivir en el futuro” parte de la *creación* de lo *metafísico, abstracto o figurativo* (usaré estos tres términos como sinónimos entre sí y claramente contrapuestos a los tres anteriores que se encargan de la realidad material) y por ende es un proceso que nunca reside en las manos del *creador*; es una sustancia que se escapa. Lord Byron decía que el recuerdo de una dicha pasada ya no es más tal dicha mientras que el recuerdo de un dolor pasado continúa siendo doloroso. Aquí otro punto de atención; si bien la dicha se disipa al instante y se *crea* el recuerdo de la dicha misma, siendo que claramente la causa-consecuencia material que ocasiona la dicha se ha desvanecido, aún perdura la afectación de la misma, o la *impresión*, que se crea de la materia en conjunción con lo metafísico/razón. La autopercepción se modifica, esto corresponde al sistema de elementos que *re-crean* la percepción de sí mismo. Un corazón destruido puede tomar diferentes formas correspondiendo a cada uno de estos elementos, pasado, presente y futuro, bajo una fundamentación racional o material. Aquel que ha sufrido el dolor, como dice Byron, puede haber sido modificado en sustancia por las afectaciones del entorno (transformación en la dialéctica del individuo y el entorno) para que aún el dolor se vuelva parte del individuo; es decir, no sea un objeto extraño o un virus sino parte de su *conatus* o *sustancia*. La transformación puede ser condicionada por los elementos externos materiales o puede ser una creación derivada de la razón y con ella la autopercepción bajo otros cánones (que deriva en la línea de la fenomenología y el psicoanálisis). Aun así esa interpretación es siempre *a posteriori* del hecho en sí y solo existe en la construcción como recuerdo; puede ser deformada, olvidada, sustraída, condicionada o también puede ser *utilizada* como un recurso que desde la *re-creación* del sí afecte al resto de las operaciones físicas. Es decir, aquel que ha sufrido mal de amores queda condenado a responder de allí en adelante en función de esa *construcción* realizada en el plano abstracto que utiliza como punto de partida para que todo individuo se adecúe al arquetipo estructurado de *su* cosmovisión.

Sanar las heridas del pasado es convertirse en otro individuo; a veces deformado, destruido, agotado y más. Cuando tal elemento es perceptible en lo *real, ergo* el presente, inclina la balanza a recrear el pasado para sanear el dolor o proyectarse al futuro para invocar una *necesaria esperanza* y prospecto que concilie el dolor pasado. El peso del pasado es la carga que lleva *el jugador* para con la conciliación del pasado y el futuro; no vive en el presente más que en la incertidumbre. El goce del presente existe por el sufrimiento o el goce

pasado y la reconstrucción de ese mismo sentir en el futuro pues en el momento que apuesta no existe; solo *crea* sus recuerdos y *proyecta* su esencia al futuro. Pero tan particular es el juego que el póker (Texas hold'em) tiene la misma esencia para con el jugador que *siente*. Al poner una *apuesta ciega (blind)* se establece su *pérdida*, pero en la primera ronda alguien sube las apuestas de su blind de 50 monedas, ha subido ahora uno de los contrincantes a 100 monedas (c/u); el jugador no tiene nada muy interesante en su mano, accede a continuar (*call*) y equipara la apuesta para seguir en la mano. Aparece el *flop*, las primeras tres cartas con las cuales armar juego, se impacienta, pues nada le hace más sencilla la ronda. Las apuestas vuelven a subir, ahora sube el pozo 150 monedas más; digamos por un momento que hay cinco jugadores, el pozo en un total de 500 monedas, pero ahora cada uno debe poner 150 monedas más; lo cual sería un *potencial (futuro)* pozo ganado de 1.250 monedas, mientras que el jugador habrá puesto “solo” 250 monedas. Todos van a la jugada. Llega una carta más, luego el “river”; las apuestas continúan y nuestro jugador nada tiene en juego pero ha ido tan lejos. Habrá de pagar otra subida de apuesta más con tal de no “perder” lo que ha apostado hasta ahora. He aquí el concepto, el jugador juega contra sí mismo, la proyección de sí que hace al futuro y el jugador en *ese futuro* debe actuar en función de lo que su anterior *yo* le ha provisto y la situación en la cual lo ha dejado. Las rondas dentro de la misma jugada alteran todo, la materialidad transforma lo que antes era contemplado por la *creación* de la razón en una buena opción. Una carta puede cambiar el hipotético, lo abstracto construido por el simple cálculo de variables (creación) y *transformar* toda la partida desde el presente en adelante. Con cada movimiento la partida se transforma en una partida nueva, hablando ahora de ajedrez. Aún con la memorización de aperturas y defensas que serán útiles y el análisis del estilo del *futuro* oponente, parece ser que se contempla que el *futuro oponente* es igual al *oponente* del *pasado*; aquel que el individuo fue, se asume una continuidad. Esto no es solo escepticismo sino la ejemplificación de que el grado de *transformación* material y la *creación* o *recreación* de lo abstracto moldean potencialmente las circunstancias de transformación.

El bebé que comienza a desarrollarse en base a sus pulsiones y acciones espontáneas encontrará a partir de lo físico-material una limitación externa que condiciona su *ser* material; una vez que se desarrolla la contemplación de que hay un conflicto entre el *yo* y todo lo que es externo física-materialmente a sí mismo habrá de disparar poco a poco la creación de *impresiones* que se retienen (o no) para ir *creando* la racionalización del entorno. Cuanto más pobres sean las impresiones, tanto en calidad y cantidad, las experiencias que

transita ese individuo tendrán un cierto orden para cada momento de su vida y la configuración de su estructura metafísica (razón creada) será moldeada dialécticamente entre el acceso de *afectaciones* desde la materialidad que son organizadas en la metafísica y crean la interpretación del presente. Claramente al no tener *consciencia*; en otras palabras, una percepción de sí que busca perdurar, un *conatus* o individualidad que busca proyectarse al futuro; tienden las criaturas a existir de forma libre, es decir, espontánea sin la contemplación de consecuencias. Es *Sigurd* el campeón de lo espontáneo; la libertad se encuentra en él porque no se proyecta; aquel que vive en la proyección de sí al futuro no vive, porque lo que se materializa a cada instante es el presente. La libertad misma se encuentra en el desarrollo espontáneo de la *individualidad* (no es lo mismo que individualismo) que impulsa al sujeto a obrar, materializar las acciones, de la forma más desligada posible de la razón. Éste es el bebé o el niño que carece de “razón” y obra por el simple hecho de la materialidad a cada momento en conflicto con las afectaciones que produce lo externo a sí. *Sigurd* no fue criado en el miedo, no fue condicionado por un aparato de la materialidad o el poder fáctico (que se apoya a sí mismo en una estructura abstracta de la razón), y actúa de manera espontánea; él es a cada momento *Sigurd* y otro *Sigurd* diferente. Vive bajo el presente de la espontaneidad y la pulsión sin la *creación* de deseos que lo condicionen; no se extiende por debajo de sí, él “es” ahora y en el presente estado, ¿qué importa el futuro? pues no es valentía sino libertad lo que lo impulsa. Quizás no sabe lo que la construcción de la idea del futuro significa pero entiende la transformación de lo que su condición material implica. Cuando una persona busca proyectarse en *la muerte*, desconoce en sí las causas-consecuencias que habrán de derivar en tal suceso, desconoce o busca desconocer (sea que tiene *creado* un sistema de razonamiento o viva en el puro presente-materialidad) para extender su proyección.

Lo que vemos es, puesto en otros términos, un espacio en tres dimensiones compuesto por lo metafísico (tal como si fuera un espacio o habitación) en el cual se desplaza a lo largo de ese recorrido incapaz de ser medido y el ser humano se desplaza por ese delgado camino a cada momento sin saber si el camino existe, continúa, si él es el “creador” del camino, si está asegurado, *predestinado*, si el camino es recto, sinuoso o se modifica, etc., etc., etc. Solo ve el camino una vez que lo pisa. A su vez lleva consigo un palo de equilibrista; que contiene en sus puntas a un lado el pasado y al otro el futuro, pero él solo transita el camino incierto del presente. Los extremos del palo que le ayuda a balancearse se pueden volver más pesados en un lado u otro en función del pasado y el del futuro a cada lado del camino. Un cambio en el

camino (que solo se descubre al pisar) hará necesaria la adecuación del palo de manera rápida; una transición suave será un paseo. A la vez cada extremo del palo del equilibrio puede aumentar su peso independientemente, de acuerdo a las circunstancias externas que condicionan la materialidad y la metafísica del individuo. Si el peso del lado del pasado es excesivo (a partir de la *creación* de memorias realizadas en conjunción con experiencias de su *yo* pasado) habrá de desplazar la gravedad hacia aquel lado; si por el contrario se proyecta a *crear* su *yo* del *futuro*, el peso de aquel lado se hará mayor; y el equilibrio, tanto de uno u otro lado, dificulta la existencia del hoy.

Cuando este *trapequista existencial* está cargado de un equipaje/peso en su pasado, elementos a “sanear”, tener que reconstruir ideas y desplazarse de su *yo* pasado para redescubrir por medio de la transformación y creación de su camino presente, habrá de optar por realizar movimientos sutiles o bruscos para intentar liberar aquel peso; de tal manera *transforma* por medio de su *acción* sus *ideas* o por medio de las *ideas* condiciona la *razón* que lo hace obrar para liberar el peso (transformar su conducta y materialidad). Por otra parte es posible intentar nivelar las puntas, adecuando los pesos, sumando peso en el lado opuesto a fin de balancear; de esta manera se encuentra un equilibrio pero aumentando la carga - pero sin dejar caer nada de ningún lado. El pasado tienta al trapequista a condicionarse a la melancolía y a vivir de la creación y recreación que interpreta, transmuta, deforma, hace y deshace casi a gusto la configuración de sus memorias para continuar en la senda del presente. El futuro es incierto pero desde la *creación de ideas* articula sus categorías y sistemas para interpretar dónde *está el camino* a la vez que carga de *esperanzas* aquel sector para nivelar el peso del pasado. La constitución del palo en su punta del pasado afecta a la punta del futuro y la del futuro puede ser exigida hasta el punto que recarga de responsabilidad al pasado.

El futuro que solo Dios sabe y es incierto se siente como haberse perdido cuando no se concibe. No es posible perder algo que nunca se tuvo; pero uno se proyecta en tal sustancia. El deseo de amor y de la tranquilidad que conlleva estar con la persona amada en el futuro, proyectarse a sí mismo y también a la persona amada ¡eso es un doble desafío! Deseamos ser, pero al no ser hoy, buscamos aquella *transformación* que desenvuelva o encarne el deseo. Y el solo hecho de la *esperanza* es el salto de fe que concilia la disconformidad del hoy o la ansiedad que se crea en la *transformación*. El hoy es nuestro y debe ser disfrutado; el mañana se formula y se carga de esperanza porque nada lo asegura. En términos del trapequista, la necesidad de conciliar el tiempo invertido del pasado en una pareja, en un amor, en un proyecto se enfatiza en el hoy pero también recarga al futuro, lo obliga a ser más prometedor a fin de

conciliar la *inversión* del ayer.

El concepto de *inversión*, que viene del capitalismo, es aquella constante en la cual el pasado y futuro se asocian pero pasan por encima del presente. El hoy no importa para la inversión, a menos que sea el día en que se colectan dividendos; y una vez hecho esto, otra vez a invertir. La inversión productiva proyecta el futuro, un futuro incierto, estamos en pleno siglo XXI y la constante es la crisis que concentra la riqueza; suponer otra cosa es desplazarse de lo material-fáctico al plano del desconocimiento del cómo se asignan los recursos para retener la ignorancia en los castillos de aire que *crea* la razón. Invertir es calcular a futuro qué tanto podré sacar de lo que hoy es; o sino qué tanto he sacado antes de aquello que hoy es. El “hoy” parece nunca importar.

## Sobre el tiempo

Espero que las ideas anteriores hayan encontrado, a estas alturas, su lugar o al menos un mínimo grado de consideración en usted; pasaremos ahora al siguiente problema. Sabiendo que las derivaciones se construyen a partir de la disociación de la materialidad y la metafísica; además de su juego dialéctico, es preciso enfocar en la razón del tiempo. En relación a nuestro granjero, es complejo de analizar desde las *construcciones racionales* de occidente por el simple hecho de que son, desde el principio, búsquedas *a posteriori* de la experiencia. Entonces la razón occidental, el grupo *creado* en base a categorías y sistemas, se vuelve tan simple como hacer el análisis del *otro* que no soy yo y aun así lo interpreto desde mí mismo y mis propias experiencias. La construcción de la lógica occidental está enteramente atravesada por la fe cristiana y esto aun cuando busquemos llamarnos ateos o agnósticos sigue presente en nuestra sociedad e individuos. Recuerde que aquí la disociación es entre lo fáctico y lo ideal; lo material-empírico y lo metafísico-racional; lo tangible que pertenece al mundo sensible y el *mundo perfecto de las ideas* y lo abstracto-conceptual. Lo que *transformamos* es la materia por medio de la acción y la forma en que categorizamos, racionalizamos y adecuamos ética/moral/virtud y todo aquello que no es inherente a la materia y sustancia debe segregarse.

Al decir “¿quién sabe?” el granjero no apela a una causa y una consecuencia lineal; cada acción puede desencadenar un efecto mariposa y somos incapaces de notarlo; la idea de “linealidad del tiempo” es occidental, usamos las analogías de la matemática y categorías para *crear* razonamientos que adecuen la forma en que operamos los cuerpos y la materia. Pero además el problema recae en el mismo caso de que supiera en detalle el primer factor anterior (pasado) o hasta supiera la primera consecuencia (en el futuro obviamente) de la acción presente; ¿no sigue siendo que la causa del presente se vuelve consecuencia proyectada que una vez materializada se vuelve causa presente de otra consecuencia proyectada? ¿Qué tan lejos puede ir esa proyección? Los problemas que se integran son varios; confunde en primer lugar que todo sea causa y consecuencia, de igual manera que el yo de ayer se parece al de hoy y al de mañana pero su sustancia se *verá* alterada, sea por el mundo material o por el mundo ideal, tanto del pasado o de la proyección del futuro (ambas creaciones). Esto será algo como los cuentos de los deseos que siempre tienen una trampa, nunca en la *idea* pero siempre en la práctica-aplicación; o la cosa

en sí contiene un elemento que se transforma en causa de la desgracia (consecuencia). El vicio de intentar *ver* el futuro pesa sobre nosotros y al no materializarse, el único culpable es uno que *creó* el futuro; pero quizás se considera la persona a sí mismo acreedora de un futuro brillante o como compensación al pasado. ¿Quién sabe?

Lo que se posa sobre nosotros al pensar con el racionalismo occidental es que todo existe por una razón, propósito, fundamento, un porqué o una *predestinación*. Cada uno de estos elementos aporta una concepción diferente del tiempo. Una razón indica que existe una razón primaria. Aquí el dilema claro de una deidad primera que haya constituido toda la existencia. Si el mundo material no es *creado* por los seres humanos sino únicamente *transformado* a través del *trabajo* de la tierra, la extracción de minerales, el estudio (tiempo), *labour-time* (horas de trabajo) en general, diseño, pintura, etc., entonces hay una entidad que ha proporcionado todos los elementos constitutivos de la tierra, el sistema solar y la vía láctea (y más). Lo que esto indica es una absoluta aparición de elementos, materia, átomos, partículas, quarks, etc., desde la nada; esta entidad omnipotente ha *creado* realmente materia desde la nada. Será en parte el problema que he dedicado antes al dios Ra; si aquel nos da calor, luz y favorece la vida en la tierra como un Dios, quizás pueda preguntarme ¿Quién creó a Ra? ¿Quién es el Dios de mi *dios*? Si optamos por entender este hecho con la existencia de una entidad perfecta y cognoscente que es capaz de desencadenar un momento inicial a todo y ver entonces, el principio y también el fin, podremos entender que hay una *razón* en su accionar. En caso de actuar con una razón, es decir una acción que se desarrolla con un *propósito*, esto significa que hay un deseo y por ende una necesidad; en tal caso Dios no es perfecto. Pero también existe la posibilidad de un Dios imperfecto que aun así haya creado todo y entienda el principio y el fin a la vez, pues el tiempo-espacio no es impedimento ya que excede a la materia; por ende existe en la metafísica (mundo ideal). En tal caso la *razón* primera es Dios y todo está desencadenado y ajustado a las normas de Dios. Que quede claro, esta deidad es capaz de proyectarse y ver fuera del tiempo/espacio, fuera de la materialidad en la que vivimos, por consiguiente es capaz de ver la acción primera y la última de la *totalidad* y decidir cómo es que desea iniciar esa acción<sup>5</sup>. O quizás tal Dios es solo la consecuencia de otro Dios que le ha cedido su lugar. La idea, sin ser tan extensos para ir a lo absoluto, es la categorización *a posteriori* de una consecuencia-resultado en base a una causa y *crear* la idea definitiva de beneficio sin entender que todo es

---

<sup>5</sup> Me recuerda a “La última pregunta” (1956) de Isaac Asimov

circunstancialidad. Así nuestro granjero dice “¿quién sabe?” puesto que lo que “vendrá” nunca es más que expectativa, al final de los días, quizás en su último día el granjero podrá definir, pero ¡únicamente para sí mismo!

La forma de aproximar este *momento deviene* de la misma estructura que utilizamos para aprender las fórmulas de la microeconomía, como el equilibrio de la oferta y la demanda. En tales cálculos no existe la variable tiempo ni la variable dinero; por ende no está presente el único valor humano que está por fuera de nuestra materia tangible y no incluye el instrumento que es *valor de cambio* y por consiguiente un símbolo *creado* desde un sistema de razonamientos que concluyen en asignación de *valor* (y tiene sus afectaciones sobre la materialidad). Tanto en la función de oferta-demanda como en la situación del granjero, se simplifica todo a dos términos: causa y consecuencia. Tal como si fueran lineales, una cosa afecta a una y solo una cosa y todas las demás *ceteris paribus* (permaneciendo las demás variables constantes). No es posible que todo lo demás permanezca constante, la materia se ha transformado, desplazado u operado de alguna manera y con ella la forma en que se interpreta el mundo, se *crean* recuerdos de lo sucedido y se concilian con el presente diciendo “¡qué bueno!” y “¡qué malo!”; pero siempre es hasta aquí que podemos definir; el futuro es siempre *esperanza* y proyección de nuestro *conatus* y deseos. El “final de la historia” solo existe para nosotros al contarlos, en estas páginas o en la vida humana individual; no hay un determinismo absoluto para criaturas no-absolutas. Que el hijo del granjero no haya ido a la guerra a morir porque se rompió una pierna mientras domaba a un caballo que trajo su propio caballo luego de escapar es simplemente un corte; un *impasse*, luego seguirá el tiempo; el granjero, el caballo y su hijo perecen cada vez que los olvidamos, al pensarlos (a éstos personajes) somos *el infierno* o *el cielo* para ellos. Porque cuando los pensamos los *creamos*.

Ocurre que cuando buscamos que las cosas “hagan sentido”, es decir, “tengan una razón de ser” estamos retrotrayendo la creación a las causas direccionadas para consecuencias. Esto es buscar integrar la *totalidad*, en parte, a la débil capacidad humana de conocer el todo; pero no solo eso, creamos la idea de enfoque y *ceteris paribus*, para asumir que aquella representación de la realidad que hacemos compuesta por algunas causas y algunas consecuencias *es la realidad misma*. No vemos el sesgo de la sobresimplificación de la realidad a unas pocas variables para decir “el mundo es...”. O sino recurrir a la *mente del especialista* que enfoca en un elemento (y en relación a lo dicho anteriormente) entiende la carne roja que consume únicamente con proximidad y cercanía para con el instrumento (dinero) que se constituye como valor de cambio; *ergo*, no existe un mozo, cocinero, aceite, cocina, insumos, consumo

de gas, productos de limpieza, logística y combustibles para transportar la carne hasta el restaurante, ni el frigorífico donde se faena, ni tampoco la vaca en el campo mismo que requiere alimento, quizás algunos días de *feedlot* y dos años para engorde, dependiendo de cómo venga el caso, etc., etc., etc., solo existe la consecuencia “plato de carne” que existe por *mi causa* “dinero”. Es imposible disociar de la mente occidental los sistemas de interpretación que sobreviven y conviven extraídos de la lógica. Pero es, en especial, la dicotomía o el pasaje de una lógica de individual (yo) a lo general (Dios) lo que crea un plano de argumentos y retóricas difusas y confusas para no permitir adecuarse a *un* entendimiento. El granjero sabe que *su* acción moldea pero no determina la realidad; aun la pequeña existencia individual es un elemento relativo, *yo* lo llamo así por fuera de la concepción de bueno o malo pues aquí tales elementos no vienen a jugar partido; eso es una cuestión ética y por ende *creación* de lo abstracto. En sí no importa lo pequeño, grande, bello y demás. Cuando Nietzsche se refiere a que matar una mariposa está *mal* y matar una cuchara está *bien* hace referencia a que la moral tiene preceptos estéticos; es decir, está fundada sobre algo (la utilidad que deviene del goce estético). Que las cosas *sean* no requiere de ellas de categorías de bueno o malo, mejor o peor, *son*. “¿Qué es Buda?” - pregunta el discípulo - “Las flores” responde el maestro. Otro discípulo se acerca y hace la misma pregunta “¿Qué es Buda?” “La mierda de caballo” responde esta vez el maestro. No solo es el precepto estético que en su momento Nietzsche hace notar sino su concepción *utilitarista*; lo bueno es lo útil. Tales elementos son un extracto de la concepción *utilitarista* o *capitalista* de que cada elemento tiene una función, un porqué, un lugar, etc. Cuando se le pregunta a Borges “¿Para qué sirve la poesía?” responde con más preguntas “¿Para qué sirve un amanecer? ¿Para qué sirven las caricias? ¿Para qué sirve el olor del café? [...] La poesía sirve para el placer, para la emoción, para vivir”. En definitiva, la poesía (y la capacidad humana) *es* y *no es* un burdo “*sirve para*”. En la letra de “El hombre esquizofrénico del siglo XXI” (1969) de King Crimson existen dos afirmaciones que vienen a nuestro caso: “los neurocirujanos gritan por más” - “los poetas mueren de hambre y los niños sangran”. No hay más cerebros, la capacidad humana *no vale* y aquellos que *serán* los creadores del mañana sangran en el hoy; que absurdo se vuelve preguntar las razones de “¿Cómo hemos llegado a esto?” en pleno siglo XXI cuando lo único que se ha vivido es del *utilitarismo* económico y nada centrado en el potencial humano sino el capital; claramente, hasta donde entiendo, ponemos en el centro del cosmos *al capital(ismo)* y no al potencial humano.

El “*servir para*” implica que *la cosa* no *es* por sí misma sino como

transición a algo más. Algo que “sirve” es algo que existe en una forma para otra forma; es el presente que se proyecta al futuro, por ende es la *materialidad del hoy* que está en nuestras manos que pierde *su valor* en pos de acrecentar el valor del mañana. Cuanto tales proyecciones se vuelven aún más lejanas crea aún más incertidumbre. La incertidumbre es angustia, la incapacidad de mantener la lealtad hasta el final para con elementos que se extienden por períodos de tiempo que se nos hace parecer coherentes. La sociedad moderna capitalista construye trabajadores-consumidores que desde pequeños asisten al jardín de infantes, luego a la primaria, a la secundaria, se les impone tecnicaturas o estudios universitarios y hoy en día con el “mercado competitivo” también posgrados, másteres y doctorados son elementos comunes. No hay una extrema diferenciación en cuanto a aquellas *necesidades* para avanzar, “para” lograr objetivos, “para”... ¿para qué? Evitemos confundir aquí el estudio-desarrollo con la colaboración que puede hacer cualquier persona, carrera, oficio, profesión, etc. Mi punto es el determinante “para” que expone la proyección; “soy y hago para el día de mañana.” ¿cuándo es que aquel “mañana” habrá de llegar? La proyección implica relegar el hoy en pos de un mañana, se nos instauran tales elementos a partir de los héroes, los líderes, patriotas, figuras, etc. El condicionante real es la acción de ceder el hoy (que se vuelve un ayer) siempre en pos de un mañana que nunca llega. Aquí no me refiero a la transición interpretada como “final” que se hace de un ciclo, una carrera, un estudio superior, un emprendimiento, etc. Hablo aquí de que cada elemento es solo un “para” en pos del siguiente; nunca se da un “para el ahora, para ser hoy”. Porque asumimos que el *ser* es mera existencia material; es sumamente extraño, ser no es *estar físicamente*, sino *ser* nuestra verdadera *individualidad* (le recuerdo que esto no es individualismo) pues quizás la persona solo quiere contemplar las aves, cantar, labrar la tierra, escribir, amar, cuidar y querer. El “para” es siempre utilitarista, es siempre un componente del *deber* conjugado con la razón economicista. Cuando se dice “yo soy”, se cae en el error de la categorización; esto es sumamente curioso para nuestra mente occidental, pero el error en base a las ideas de regiones de oriente implica que la autopercepción en ese “yo soy” es *razonamiento* y como he explicado antes la *razón* es *creación* y nunca lo *positivo, real y material*. Al adentrarme a afirmar “yo soy” me despersonalizo, me categorizo, me adecuo a sistemas y arquetipos. “Yo soy hombre”, “yo soy bajo”, “yo soy músico”, “yo soy hijo de...” , “soy hermano de...” , “soy..., soy..., soy...”. Cuando la gente quiere “dejar de ser”; en cuanto a la contemplación de sí mismos se produce este mismo suceso; quiero dejar de ser un espectro que solo conecta el pasado de las memorias (creaciones) y el futuro proyectado (creaciones) para *ser; ser es hoy*.

El pasado se vuelve un peso y el futuro se vuelve proyección; mis acciones pasadas repercuten en mi presente y condicionan mi futuro. En otras palabras, para adecuarnos a los términos (y siendo que sistematizo las ideas estoy incurriendo, paradójicamente, en lo que no se debe hacer para realmente *ser*) son los anteriores *presentes* ahora únicamente accesibles en forma de *creaciones abstractas* (de la razón, recuerdo) los que buscan perdurar en el hoy y proyectarse al mañana. Se vive dependiendo del ayer que intenta continuar hacia el mañana; el hoy es solo la adecuación *para* transicionar entre uno y otro. La vida se vuelve la representación abstracta que nosotros construimos con aquella materia líquida; pues es netamente nuestra. Es la idea de un *conatus*, el impulso o fuerza que lleva a la materia y a la mente a buscar su continuo; mantenerse a sí mismo como es. Pero este *conatus* es un complejo entramado que viene desde el *ayer*, *pasa transitoriamente* en el *hoy* y se intenta hacer prevalecer *in eternum*. El mismo *conatus* que es la fuerza del *yo soy* conlleva en sí las cadenas del “yo soy porque yo fui” y también “yo hago para yo ser mañana”. Mi esencia viene de un pasado y mi acción del hoy solo se establece proyectándose al futuro; el *ahora* no existe bajo nuestro control.

Una pequeña salvedad, voy y vengo entre lo abstracto y lo material, lo conceptual y lo organizativo pues intento conectar una gran red; cuando se nos insta a *vivir el ahora*, por todas las mecánicas del sistema capitalista, no se nos impulsa a *ser* sino a *trabajar-consumir*. Aquí radica el entramado de alienación que no es extraño a ningún proceso pero que no busca que el individuo *sea* sino que “*sea para...*”. En este punto se nos impulsa a actuar por proximidad. No pensar y rendirnos a los instintos, a lo natural, a los deseos, a las pulsiones, a lo que sentimos, etc., etc. Curiosamente es rendirse a los instintos condicionados en estructuras rígidas, bajo determinados estándares y con excesivos condicionantes de *trabajo-consumo*. El individuo puede *ser* en tanto y en cuando ese *ser* en el *ahora* se traduzca en ganancias o beneficios; es un *para* y no un propósito espontáneo. Por ello cuando se nos propone *vivir el momento* en determinadas experiencias se crea un corte entre los planos del ayer y el futuro para rendirnos al hedonismo pero en sus formas burdas. No he de criticar a Dionisio, no es el caso, pero sí entendernos que no somos como individuos los artífices de esos *momentos* en el *ahora* sino en base a la misma *creación* abstracta. Creamos la realidad para asumir una existencia en el hoy pero imposibilitados de conectar con el yo y la individualidad real. Porque una vez que eso sucede el ser humano siente (qué palabra curiosa) el desplazamiento entre la *creación (pasado y futuro)* y lo real (*el ahora*). Es el momento en que la persona se dice “*esto es lo que quiero*”, pero al ir al plano de lo metafísico (el mundo de las ideas) se autopercebe en falta de dejar todo un

pasado (que ahora son solo construcciones en forma de recuerdos) por un presente y a su vez proyecta a su futuro para intentar construir las opciones de uno y otro camino. Al final de cuentas se vuelve prisionero de acciones pasadas que condicionan su futuro, en el cual el presente es solo conector pero nunca *es*. Cuando la persona se entrega a instintos básicos o se desata un *día de furia*, cuando llega a un punto de quiebre en cierto momento, todos los sucesos que existen en el hoy (para la mente occidental) implican una compensación del ayer en pos de un no-futuro. En otras palabras, el peso de la moral, el deber, las acciones pasadas y compromisos, etc., se conjugan para crear una presión en el ser humano que desencadena en *algún ahora* la presión de aquello que *existió* siempre por un *para (futuro)* pero no se materializa. La persona que existe continuamente en el “*para*” está condicionada por el deseo y la necesidad; si obra en función de ese “*para*” nunca habrá de estar en el “*ahora*” que incluye la construcción de la idea del *ser* y si continúa proyectando tal *conatus* estará en el “*ahora*” acarreado “*presentes*” anteriores; siempre proyectando al *mañana-futuro* para sacarse de encima aquella carga. Esto es evidente con los conflictos humanos, con las necesidades, deseos, problemáticas que luego se vuelven inconclusas o aún más conflictivas por la expectativa, el deseo, la suposición, la inversión, la adecuación, etc., etc., todo “*para*” y por ende *proyección del futuro*, nada en nuestras manos.

El absurdo evidente y paradójico es que intentamos interpretar las tradiciones, filosofías y enseñanzas por medio de *la razón* que indican a la misma *razón* como la *construcción* que nos condiciona. Usamos la misma herramienta que condiciona nuestra acción desde lo externo e interno para limitarnos al intentar adquirir una concepción filosófica que indica “desconfía de *la razón*”. Usamos la misma razón para evitar el razonamiento (¿?). Es en este sentido que al hablar de conceptos como *el karma*, las acciones que *vuelven* o el universo que colabora si uno obra “bien” son a su vez condiciones hipócritas del mismo orden de razonamientos. Si uno obra “*para*” está proyectando al desear un resultado futuro; “hago el bien para que cosas buenas vengan a mí”, “las cosas buenas llegan para quien espera”, “humíllate y serás ensalzado”, etc. Me condiciono a operar (*causa*) a fin de encontrar un resultado (*consecuencia*)<sup>6</sup>. No estoy en control de mi *ahora* sino en la *proyección* de mi *ser* que habrá de cosechar los resultados; estos son los problemas de la sociedad moderna, tanto esfuerzo y ¿qué resultados? Tanto relegar mi humanidad por el utilitarismo, trabajando por un propósito, y al final de cuentas ¿para qué fue todo esto? Claramente estos procesos de futuros lejanos que nunca llegan siembran

---

<sup>6</sup> En gran medida el dilema de Abraham; puesto que obrar por miedo no es lo mismo que tener *fe*.

ansiedad y desesperación; sobre todo en nuestro siglo XXI en el cual hay que conciliar el “*para*” con el futuro que no podemos proyectar, no podemos ver y nos es imposible imaginar. ¿Cómo podríamos? ¿Imaginar? ¡Es imposible *imaginar* en un mundo en el cual aquel que pregunta “¿Para qué sirve la poesía?” puede caminar tranquilo por la calle! Naturalizamos el utilitarismo, la producción, el sistema económico que pone como centro de todo al *capital* y el humano es solo *trabajador-consumidor*.

¿Hemos cambiado el orden de Dios por el orden de la *obra muerta*? Pero entiéndase que el *pasado*, o las decisiones pasadas, pesan sobre cada uno y haber relegado su esencia en el “antes” (los *presentes* abandonados); implica desde la acción creadora de la *razón* (recuerdos) un peso exorbitante. Si cambio en el *ahora* o el *presente*, significa que todo lo anterior ha sido “*para nada*”; si fue así es porque nunca se vivió un *ahora* sino siempre en una *proyección* del *existir* en un “*ahora futuro*”. La misma pregunta evidencia que el ser humano integra más cadenas y condicionantes sobre sí buscando que aquel pasado sea confirmado por un futuro brillante en el cual las cuentas puedan *conciliarse*. El peso del *ojo ajeno* que lo mira con desprecio y lo supone ciudadano de segunda por no *producir, trabajar, consumir, progresar, esforzarse, etc.* en definitiva, por no condicionarse a las mismas estructuras a fin de vivir *hoy* porque nada más tiene ni nada más se *espera*.

Cuando se enseña en colegios e instituciones temas como “la pirámide de Maslow”, satisfacer las necesidades primarias, luego desarrollo, reconocimiento, bla bla, y luego hay trascendencia, etc.; se integra una pirámide de *desarrollo* que se utiliza para *cohesionar* a los individuos en todas sus formas de vida. Una “*pirámide*”, Dios santo, ¿se entiende que cada pirámide comienza con una base más amplia y se vuelve cada vez más empinada y pequeña para terminar en una punta? La cantidad de ramificaciones que hacen de esto un delirio y las pirámides mismas construidas con el sacrificio y la esclavitud de miles, tantos elementos *meritócratas*. La pirámide y sus etapas dispuestas en un orden ascendente hacia el cielo; desde la base fisiológica hasta la *trascendencia*; ¡el *sueño* de la trascendencia! El concepto mismo se encuentra en el libro “A theory of human motivation” (1943). “Una teoría de la motivación humana” ¿*para qué*? ¿Para qué fin o propósito se nos motiva? Pero no crea que quiero aferrarme a simbolismos como he referido a la pirámide, aunque sí es de interés el término de la trascendencia como el estadio final. Porque trascender significa (según la RAE) “Aquello que está más allá de los límites naturales”. Que fantástica noticia, hemos entrado en un completo estadio de la metafísica disociada de la materialidad individual. No reniego de lo metafísico sino del dualismo que encontramos en las teorías que se apalancan en uno u otro o

ambos elementos según sea de *utilidad*. Cuando el ser humano pasa, en occidente, de ser un puro elemento material a ser una *sustancia* compuesta por cuerpo (materia) y alma (metafísica) es, ni más ni menos, que en el ingreso del cristianismo como lógica y sistema filosófico. La noción de esencia, alma o como guste llamarle, lo *inefable* dentro de cada individuo se le hace llamar de tales maneras; yo suelo incluir un todo dentro del *conatus*. Pero hay mil formas de *trascender*, es decir, de *existir* sin *existir* en términos *materiales* de la naturalidad. Esto es claro por las grandes hazañas de los guerreros de la antigüedad y los conquistadores: Aquiles, Alejandro Magno, Empédocles y más. Trascender era quedar en la memoria, en las canciones, en las historias, en los cuentos, en *los otros*. Le recuerdo que la antigüedad no estaba cargada de tanta posibilidad de *consumo* a fin de *divertir* la atención a gusto en la dirección de banalidades. Aún el gran Aquiles, el equivalente a Sigurd y Baldur pero de la mitología griega, engloba conceptos que se entrelazan de manera curiosa. Tetis busca convertirlo en inmortal pero quedará aquel talón que lo mantendrá atado al mundo material-natural-mortal y por ende humano. Vive Aquiles en la espontaneidad tal como Sigurd, existe *para* el *hoy* y por su propia voluntad y libertad, pero sobre todo la honestidad para consigo mismo. Aun así, las ansias de trascendencia parecen llevarlo a la gran conquista, la batalla, el “*para*” se vuelve la búsqueda de trascendencia, la permanencia en las mentes y las historias; el “*para*” se transforma en “*ser*” en la memoria del *otro*. ¿O no? Quizás no. Quizás pertenece a su propia *individualidad* que lo moviliza a tales deseos; años de asedio en Troya *para* obtener su deseo y a costa de sus pérdidas y amores. Pero ¿no infiere esto una suerte de *predestinación*? Tal como si fuera todo *un* orden y por consiguiente hubiera un *plan* formulado por “*una*” *razón* (¿?). Son los Dioses en este caso que ordenan el mundo, desde el olimpo ven y se divierten, porque son Dioses imperfectos, ninguna deidad perfecta habría de interesarse en lo imperfecto; por ende somos “*perfectos*” y así parte de Dios o somos “*imperfectos*” en cual caso no merecemos atención de una entidad perfecta. De una forma u otra quizás solo *somos en el devenir*. Pero cabe preguntarse si Tetis (madre de Aquiles) informó al guerrero respecto de su final. En tal caso Aquiles es consciente de su *destino* y no solo es *predestinado*<sup>7</sup> sino que actúa en consecuencia; ¿supone su libertad y se despoja

---

<sup>7</sup> Recordemos que el concepto de *predestinación* no es tampoco un concepto de una religiosidad absoluta; las tragedias griegas se basan en tales elementos: los oráculos, *oedipus rex* y otros; al igual que existen en otras tradiciones de oriente tales como en el “mercader y la muerte”. Lo importante es considerar el concepto de *predestinación* con los conceptos que dan soporte al mismo, es decir, una razón (única) y la acción consciente o entidad cognoscente que entrega la justicia absoluta desde el inicio al fin de los tiempos determinando lo que debe ser.

de las construcciones de *la razón* (tanto pasado como futuro, tanto recuerdos como proyecciones) para entrar en su estadio de espontaneidad nuevamente? En nuestro cotidiano “el ignorante es feliz”. ¿O es acaso que aun sabiendo que está atado a lo inabarcable de la existencia y a la *totalidad* del universo material y metafísico se propone *ser*? “Ignorar para *ser feliz*” o “Ignorar para *ser*”.

La *tragedia* es griega y los conceptos e ideas buscan eternizarse, las *ideas* (razonamientos - lo inmaterial) se posicionan dentro de los seres humanos y se vuelven parte, como un virus; vivirás con aquel virus siempre. Cuanto más tiempo juntos, más será la naturalización del mismo; más claro será el *ser* con la constitución de todo lo que se contiene, porque *entendemos* en forma expansiva de acumulación y control. Lo que *tengo* son mis recuerdos y mis objetos; mis deseos y mis virtudes, mis, mis, mis, etc. La construcción misma de toda la lógica occidental se ve atravesada por siglos de la búsqueda de la libertad; la lucha del *amo* y el *esclavo*; la construcción de la cultura y la historia, el *teocentrismo*, he aquí la libertad ahora(¿?). No, hemos cambiado de deidad, un mismo poder ha suplantado al Dios que hemos asesinado, nuestra *ignorancia* forzada nos hace desaparecer el hecho de que aquel Dios era causa-efecto, razón, orden y justicia del todo. “Deseo saber lo correcto” pues tanto la mierda de caballo como las flores. “Imposible, no pueden dos cosas tan disímiles contener en sí la esencia de lo bueno y lo perfecto”. Cuando la *predestinación* desaparece por no haber ya más deidad que ordene y fundamente; ¿qué será de nosotros? Nos jactamos de la libertad pero vivimos en el pasado y en el futuro (ambas construcciones y nunca materia *transformable* en el *presente*); buscamos, una vez perdidos el rumbo de la moral y el amor para vivir, ese “algo” a lo cual aferrarnos. El miedo a la libertad; ¿qué hacer? Ya no existe más la verdad, son solo interpretaciones pues Dios no ordena más el mundo, quedan solo las *consecuencias del actuar*. Las consecuencias son la efectiva acción material sobre nosotros; el temor al padecer, al sufrir, al dolor, al abandono, a la soledad, a vivir como parias y la destrucción del amor propio. “¿Pues estás diciendo que el orden de las cosas radica en vivir como el perro Diógenes?” No, no digo, no condiciono, lastimosamente apenas busco interpretar; *necesito* desprenderme de estos conceptos como la copa del conocimiento que se llena y debe ser derramado su contenido; quizás es necesidad o deseo, pero no proyecto sino que obtengo una satisfacción inmediata al sacar este peso de encima; *entendiendo* cómo al *entender* dejo de *ser*. No insto a ser Diógenes sino a abandonar *las esperanzas supra terrenales*, de las cuales se compone el recuerdo y la proyección del futuro, la memoria y el deseo, entre un plano pasado y uno futuro, pero nunca

en el terrenal, nunca en el tangible *hoy*. Nuestros sistemas de categorías y la incapacidad para ver el “porqué de la poesía” nos ha llevado a condicionar nuestras capacidades humanas a la del asno; pero aun así, el asno *es* y no se proyecta a sí mismo ni vive por la *proyección*. Detenernos en la contemplación de nosotros mismos en el futuro crea deformaciones con las cuales debemos cargar.

Cuando el ciudadano de la postmodernidad y posverdad encuentra una zona de conflicto con su *razón universalizada* tiende a entablar un conflicto directo; toma una posición de “yo soy libre”. La categoría una vez más. El ejemplo que he dado de Diógenes conlleva el conflicto de “estás diciendo cómo hay que vivir, cada uno puede vivir como le plazca”. Aquel que está despojado de virtud y mutilado en sus pasiones y espontaneidad busca el conflicto de auto-afirmación. No es la “verdad” o la “libertad”, ni lo ético y absoluto lo que busca sino la capacidad de condicionar al otro; pues si cada uno es libre, yo seré libre de decirles a todos que deben vivir como Diógenes y obligarlos a vivir como tal. El problema en esencia es la incapacidad de contemplar la *totalidad*; el individuo *marchito* que vive en el ayer y el mañana solo contempla *su* libertad, porque carece de ella en términos materiales y/o metafísicos. Su inconsciente se hace presente al decir que nadie puede imponer nada, pues cada uno es libre, a una cosa la otra le contradice; todo está permitido pues no hay moral.

En “*Die fröhliche wissenschaft*” o “*Gaya Ciencia*” (1882) Nietzsche produce el siguiente aforismo (nº255):

- + ¿Qué dices? ¿Que no quieres que te imiten?
- No quiero servir de ejemplo para imitar. Quiero que cada uno se proponga algo, de la misma manera que hago yo.
- + ¿Entonces...?

El caos del siglo XIX, ¡qué producciones fantásticas que nos han dejado! Si fuéramos a volver sobre ellas, a lo *clásico*, para entender lo banal y anti-humano del hoy, ¡qué sencillo todo esto sería para el mundo! Y sobre este “*todo*”, la *totalidad* se refiere a que nos dedicamos demasiado, *hoy* en día, en el siglo XXI, a trabajar sin descanso para encontrar en el “*todo*” lo común, lo que da cohesión (y con ello “coherencia”), lo que incluya a la *totalidad*. Traídos de oriente, destrozados sin piedad, encontramos los conceptos romantizados de que todo posee *un orden* y que todas las cosas están conectadas, etc.

El problema de tales interpretaciones deriva de la conjunción o mezclas en determinadas proporciones de lo que se encuentra *útil* en oriente para la auto-afirmación que requiere occidente en relación a la creencia, esperanza y fe. La secuencia lógica nos requiere ser precisos en la crítica; porque lo que no

nos parece *extraño* y no requiere de nosotros transformarnos para entenderlo no será, en definitiva, tan *extraño*. Cuando nos referimos a *un orden* no podemos disociar tal cosa del concepto de *predestinación* de la cristiandad; si hay orden es uno solo, caso contrario *hay órdenes*. Pero si existe *un orden* de la *totalidad* implica que tal suceso es indefectiblemente el acto de una *razón*; porque solo así puede haber *un orden*. Actuar por *una razón* es tener en nuestras manos primeramente un sistema de órdenes lógicos que implican actuar en función, como causa, y lograr un efecto, consecuencia. Y de haber *un orden* y solo uno nos encontramos con el artifice inicial de todo, que habrá de verlo todo hasta el final porque el resultado no es más que lo que aquella fuerza, deidad, Dios o sustancia desea. Es incompatible con la mente arraigada en la filosofía cristiana contemplar la existencia sin razón alguna. “Si he venido al mundo, a éste, nacido en este lugar y vivo esta vida debe ser por una razón” al igual que se dice “todo pasa por una razón”. Es demasiado atributo que *la razón* sea en sí misma y sin duda alguna *necesaria* para la existencia. La razón implica razonar y el razonamiento es circunstancial en el ser humano; nuestra capacidad de expansión y contemplación no puede abarcar demasiado; somos parte de una *totalidad*. La construcción de la idea cristiana del alma, la continuidad, el más allá, la vida eterna, el individuo, etc., son todos elementos que constituyen la forma en que procesamos la realidad; son representaciones de la realidad. Cuando buscamos una *razón* estamos indagando en el pasado lo que ha sucedido para que el presente sea lo que es; cualquier cosa puede ser razón. Yo le he dado la razón de un todo bastante amplio; el dios Ra.

¿Pero al suponer usted que el sol no tiene consciencia no puede ser la *causa* de la existencia del planeta y toda la vida en él? ¿Es necesaria la consciencia? Los seres humanos que vinieron antes que nosotros “*no son más consciencia*” *ni conscientes* pero sus efectos son visibles; estamos en este mundo en base a los sucesos pasados. Aquellos que fueron alguna vez son para nosotros el pasado, nosotros el presente y el futuro es siempre incierto. Pero negamos la existencia de aquellos que vinieron antes de nosotros para centrar el mundo en nuestra concepción individual tal como si aquellos fueran solo un mero proceso previo para llegar a nosotros, a mí y mi *yo* como el centro. La existencia es *devenir*; y esto es sumamente claro pero inaceptable porque tal cosa no contiene un orden absoluto, carece de categorías y no contiene lo *bueno*. Pero de suma importancia es notar que concebimos aún al *individuo* como una sustancia *inmutable*. Aquel de ayer es hoy y será mañana; tal cosa solo ocurre en tanto y en cuanto nos basemos en la consideración de un alma que radica en él. Caso contrario es un continuo morir y renacer; una transformación constante y esto da la noción clara que *mi “yo”* de ayer no será igual al del hoy por una mínima

o mayor transformación; por ende mi alma no existe o se ve alterada por la continuidad. El primer elemento es imposible de darse en nuestra condición humana puesto que no puedo volver a mi condición anterior (despojado de lo que “es” físicamente y en cuanto a las ideas) pero mucha gente desea esto. El segundo elemento implica que no existe el *yo* sino una continuidad desplazada por la circunstancia. En este caso la razón de todas las cosas sería la primera mega explosión del universo la cual da movimiento a todas las partículas. A partir de allí todo es una constante *transformación de elementos* en diferentes formas. La conjunción de partículas, átomos, moléculas, la erosión y transformación de la materia por las propias relaciones entre las sustancias; a partir del trabajo del hombre todo es consumo de alimentos para abastecerse de energía y las sustancias que le rodean que le hacen consumirlas. La gravedad, el frío (o ausencia de calor), el sol, la arena, el desgaste natural de los órganos, la acción que desgasta los músculos, las heridas, etc. Todo aquello que se encuentra en el planeta contiene espacios ocupados por alguna sustancia; es un “equilibrio” físico-químico lo que siempre se busca cuando se habla de *razón*. Porque la representación matemática junto con la física y química permiten tener representaciones que indican el movimiento, desplazamiento y transformación pero generalmente se asume que hay un “*para*” (razón) pero esto solo ocurre en los seres humanos que no existen en el presente sino en función constante del futuro.

## Sobre la razón

En la noción de “*tener el tiempo*” se percibe la alteración de nuestras construcciones porque inferimos un sentido de propiedad, hasta el último momento, cuando el siguiente paso nunca existe, cuando el adiós es inminente, cuando solo queda lamentarse por “lo que no fue” y porque alguna vez aquello ha sabido *ser* un *hoy*. Se engaña a sí mismo quien *cree* “el pasado me pertenece” porque es solo construcción, los recuerdos que derivan de aquello que llamamos memoria, cosa tan frágil y moldeable es lo que “tenemos”. ¿Dónde lo tenemos? En lo abstracto, metafísico o en el *mundo de las ideas*; pues nada de eso es más que algo *creado* y no es proclive de ser *transformado*. Lo primero es lo que “yo necesite” que sea para ser en el hoy material, mientras que lo segundo me da la *oportunidad* de *ser* a cada momento. El término esencial es no dejarnos engañar por las *esperanzas supra terrenales* en cuanto esto es una contradicción doble; la *esperanza* es la construcción de una proyección en base a un deseo que se busca efectivizar y que quizás haya sido creado/construido mucho “antes” que el *hoy*. La construcción de las ideas condiciona la acción; el deseo de carrera, familia, lujos, excesos, construcciones o *creaciones* que se establecen en nuestra mente (lo inmaterial) para producir una adecuación de nuestra materialidad, nuestro accionar, nuestro orden, nuestra utilidad, nuestra *razón*, nuestro “*para que*”, nuestro proyecto, nuestro *valor*, etc. Por eso hermanos no se dejen llevar por el *tiempo*, no es materia sobre la cual construir, no pertenece a nosotros disponer de él; es ésta la enseñanza de los que más han vivido, aún *sin comprender*, pues usan la *razón* o sistema de entendimiento que los ha guiado hasta las puertas de su *hoy* adulto. El *tener* y *crear* son únicamente condiciones divinas. El *tener* en forma humana es disponer circunstancialmente; *tengo* necesidades y *tengo* pasiones; las *privatizo* (tal propiedad privada), de igual manera que la sierra que contiene minerales es *privatizada* para su explotación por tal o cual sujeto, individuo, compañía, organismo, etc. Es *mío* y no es *mi* creación, porque como he demostrado aquel que *crea* materia es Dios, a nosotros solo nos queda la facultad de transformar o adecuarnos. De la capacidad de conquista o sumisión. Pero entendamos bien que la conquista implica diversas formas, no es en términos absolutos. Miguel Unamuno se refiere a esto en “*El sentimiento trágico de la vida*” (1912) diciendo que domina la liebre huyendo, domina el zorro con su astucia, la víbora con su veneno, el mosquito con su pequeñez y el calamar con su tinta. Cuando Unamuno dice que la liebre huye y conquista,

porque no es necesario conquistar por la fuerza como el tigre, llega a un punto excelente de la interpretación de la *individualidad* por cual el mundo mecánico y *positivista* no puede cruzar la barrera de lo informativo. La liebre se conquista a sí misma; vive para sí misma, existe para sí y para su *ser* en el *hoy*. Se preserva pero no solo en términos materiales sino en términos metafísicos; en su *psiquis* o mundo de ideas. Al igual que el zorro es un *zorro*, su naturaleza impera sobre la razón, respeta su esencia antes que su construcción condicionada. *El yugo de la razón* impone la carga de estructurar pasados, presentes acordes a aquel y presentes en función del futuro, sobre un futuro incierto pero construido por la conjunción de ideas que abarcamos. La tortura es auto-infligida. “*Yo soy la construcción de mí mismo*”; tal afirmación es la deidad que *crea* el universo pero vive dentro de su *creación*. Lo creado es netamente una concepción de lo inmaterial; aquel que vive *creando* su presente, *creando* su futuro y *creando* su mundo solo “*cree*” y construye razonamientos o delirios; porque en la tierra solo *transformamos* lo que se nos ha permitido encontrar. ¡Encontrar! El lenguaje está lleno de engaños; pero no es la lengua castellana a la que aquí me refiero, sino a lenguas hermanadas y posiblemente sirvan a la comprensión de las fantásticas obras de otros autores. La palabra en alemán para *inventor* es “*erfinder*” y la palabra *encontrar* es “*finden*” (al igual que “*find*” del inglés). Por ende véase el poder de lo *creado*, la *razón*, el lenguaje, la *creación* humana para darnos a entender, para decir “*te amo*” y “*muere*” nos condiciona en la interpretación del mundo que *entendemos real*. El *erfinder* solo encuentra, al igual que quien trabaja “*solo*” transforma. Y el que *trabaja* está atado al *tripalium*<sup>8</sup> para ser azotado y sufrir; está obligado y en nuestra modernidad la obligación no solo es la necesidad física sino la moral.

El que inventa entonces solo inventa sistemas para representar la realidad; solo *crea* en su mente y nunca es lo que en *sí* contiene la realidad, porque la idea de realidad no es la realidad. Cuando John Locke en el siglo XVII afirma que “no hay ideas innatas” desplaza toda idea de Dios como artífice de las ideas iniciales y la naturaleza de una *razón pura*. Si no hay idea innata las mismas son construcciones, de ser así, estoy constituido como una autopercepción de individuo que se ha adecuado a interpretar el mundo por un lenguaje, formas, símbolos, señales que a su vez condicionan mi forma de interpretar la materialidad para autoafirmarse. El principio de la fenomenología y de lo que

---

<sup>8</sup> El *tripalium* es un yugo de tres palos en donde se encadenaba a los esclavos para azotarlos; de aquí deriva la palabra *trabajar*.

más tarde sería la psicología se dictamina en este punto. Parece quizás menos impactante al ser humano del siglo XXI pero aquello que Locke ha determinado es la separación del individuo, la sociedad y el control teocéntrico. Aquel que vive en el *mundo que ha creado por sí mismo* es aquel que vive en un mundo de fantasías, en un mundo abstracto y metafísico; pierde contacto con la materialidad y lo único que es *real*, el *ahora*. Razonar que el poder individual es el creador de la realidad conlleva a decir que la *totalidad de la materia* se adecua a mis deseos. ¡Qué horror! Soy *yo*, el individuo entonces responsable de la totalidad de miedos, torturas, horrores, castigos, maldades, crueldades, odios, muerte, sacrificios, padeceres, hambrunas, caos y maldiciones. La realidad, en caso de ser creada por mí significa que soy a su vez el actor y artífice de mi realidad; soy la materia absoluta y sabiéndolo me transformo al transformar mi obra y transformo mi obra al transformar mi esencia, que es mi obra también. Pero ¿cómo es que “*he creado*”? ¿Cómo he pasado de la nada al *algo*? Crear es constituir algo que no estaba antes; yo transformo, inhalo aire, cocino para tener un plato de comida que me provea de energía, la mujer gestante ingiere alimentos que contienen vitaminas y nutrientes para ella y para la criatura por venir. Pero el *crear* implica la *totalidad* y no la parte, pues de ser parte se ve afectada por la otra parte; al *crear* se lleva a cabo en el todo o la nada; al transformar se juega uno en el centro, entre el todo y la nada, pero que quede claro, somos ese *juego* porque, como humanos, nuestro lugar está entre el todo y la nada.

Intentar abarcar la *libertad* y la *felicidad* es buscar la expansión de uno y contener aquello que no está integrado en nosotros. Es ir en búsqueda de la cosa en forma material y con un tinte de la lógica de consumo. Voy en busca de la libertad al conquistar como el tigre; ¿*para* qué? Tal como se le pregunta a Borges sobre la poesía. Porque el individuo que no puede encontrar en sí el *ahora* y por ende para ser libre necesita proyectarse a sí mismo, expandirse de todas formas. Aquí me declaro culpable, el deseo de conocer, aprender, hablar, admirar, escuchar, disfrutar, expandir mi consciencia a partir de los relatos de los otros, sus historias, sus ideas, sus miedos, la forma en la cual *necesito reconstruir* a cada momento *mi* mundo de las ideas; quiero hacerlo a partir de lo *real*, aquello que el otro me provee, pero aun así nunca he de abarcar la *totalidad del otro* sino una arista (tal como con el elefante y los sabios) porque el *ahora* ya ha pasado y se conforma de otra *totalidad*; aquella que lo contiene a aquel dentro de mí, a mi pasión para con aquel, la dialéctica que nos transforma en el ahora por el simple hecho del contacto con el otro. Por este mismo sentido es que Erich Fromm hace hincapié en la *espontaneidad* como el artífice o centro de la libertad. Por la misma razón las relaciones humanas son

mercantilizadas y banales; es todo *para* y nunca el *ahora*. No se construye la libertad entre dos cuando el motivo que subyace es un *actuar así hoy para que un mañana sea tal*. La verdadera pasión humana, el respeto, la libertad y el amor está constituido por el respeto a la propia esencia porque solo así se respeta al otro. Tener un deseo imperioso y por ende necesidad sexual para con el otro implica rebajarse a ser menos *ahora* para conseguir tales objetivos en un futuro; sea tan cercano como lejano. El patetismo de la conducta mercantilista. Se rebaja aquel por la necesidad y dirá que actúa porque así lo desea y porque puede, de tal manera el personaje simplón trata de escudarse en *razones* (meras *creaciones* que pueden ser lo que él quiera que sean) para decir que tal tedio es una *inversión* coherente en base a *las potenciales ganancias o beneficios*. El hoy se entrega al placer del futuro pero cuando se materializa dicho futuro es solo por la condición previa (ya carente del mismo impulso) y no es espontaneidad. El verdadero Sigurd toma posesión de sí mismo y busca la satisfacción por lo que es espontáneo en el *ahora*. No deja al *futuro* que controle su accionar, no se ve encadenado al obrar por *razón*, sino al obrar por su *esencia*. El mismo héroe espontáneo es quien existe hoy y allí porque lo desea y nunca por una potencialidad futura. Veo la dinámica del sexo y no el amor o la sensualidad como un ejemplo de suma *utilidad* para que se destaque la contradicción de *libertad* que se propone en el individuo moderno. El hombre que busca hacer uso de los beneficios femeninos intenta destacar una conducta, una faceta, una arista de su totalidad; falsea su *totalidad* al condicionarla en base a *rendimientos futuros*. No gusta ni disfruta lo más mínimo de la otra persona pero tampoco expresa su descontento o su aburrimiento porque “el *sacrificio* habrá de *pagarse luego*”. Se rinde a ser esclavo para luego obtener beneficios que asume le confieren cualidades de amo. *Crea* la dualidad de costo-beneficio asumiendo que tiene ambos a mano, el *ahora* y el *después*. ¿Qué importa el *después*? Qué horror decir tales cosas, “habrá consecuencias” me podrá decir, y por eso mismo, siempre las hay; pero son tanto materiales como inmateriales, de lo físico y lo psíquico, de la *transformación* como de la *recreación* de nosotros mismo para adaptar la idea de lo que somos para poder vivir con nosotros. Buscamos moldear la escultura de nosotros mismos para auto-apreciarnos y de tal manera nos alienamos, nos despersonalizan y existimos en la *construcción* inmaterial. Es la deformada concepción del egoísmo capitalista, el del *homo economicus*, que se supone busca actuar por el beneficio propio y maximizar ganancias. Interpreta este sujeto el dinero y el tiempo o *labour-time* para obtener su cometido pero no contempla el costo que aquello produce en su psiquis, en sus pasiones, en la degradación de sus sentimientos, en su auto-percepción de libertad y amor

propio. “Aquel *costo* que no sea materializable no existe”. ¿No es esto la base de la economía capitalista? La base que insiste en preguntarse “¿Para qué sirve la poesía?” La pregunta del *¿para qué?* que implica un “¿qué propósitos utilitarios, positivistas y economicistas te guían para tomar la decisión de tal acción *en detrimento de las otras?*” y además “¿Por qué crees que es la más monetizable?” La mente hiper conectada del modernismo se centra en el *trabajo-consumo*, en los cálculos, en el positivismo, en la mecanización, la tecnologización, las categorías absolutas y la monetización para luego preguntarse “¿Por qué me siento así?” No se encuentran las emociones en aquellas pizarras y manuales llenos de fórmulas, cálculos y teorías; tales elementos son construcciones, son “el dedo que señala a la luna” para contraerla y poder interpretarla. Pero aquel individuo que se asume cínico o estoico dirá “es así” y por ende en el mismo acto se auto-inflige el daño a su propia libertad y espontaneidad; la libertad no se deja dañar ni adecuar, solo *es*. La *libertad* es totalizante y nosotros solo humanos, es la circunstancialidad lo que nos compone, el *ahora* que tenemos. Pero son los *términos relativos* que acostumbramos incorporar por la relación de *costo-beneficio*, no se puede “*todo*”, solo un poco. Pero aún sigo escuchando que “cada individuo es creador de su realidad y por consiguiente libre”. No hay libertad siendo que no hay creación. Que hayamos buscado desintegrar la religión cristiana del planeta tierra y aquellos que se llenan la boca de las críticas a la fe no entienden la extensión del problema; no ven en sí mismo que la estructura se transforma pero seguimos utilizando mecánicas añejas pero para peor las hemos reducido aún más. El acto de *crear* es lo que constituye la *libertad*. Uno es libre cuando crea y no cuando transforma. Por ello la *creación* (material) es un acto divino e imposible para el ser humano. La libertad es sinónimo de la creación; la *síntesis* de la *nada* y el *todo* confluye en la *creación*. La libertad nace al instante que la creación *es*; y por ende en su momento *presente*. El Dios antropomorfo que habla con sus seguidores no es de interés alguno pero la *idea* de Dios es mínimamente *conciliadora* de la existencia.

El sujeto moderno (aquel que está sujeto a su forma de contemplar el tiempo), hace gala de haberse “*liberado de las cadenas de la fe*”. Se hace llamar a sí mismo “libre” y “creador”, no solo de sí (en su forma abstracta como elemento absoluto) sino también de *la realidad*; *la totalidad* de la existencia dice contener, que a su vez *es* y *es dentro de sí* de manera infinitamente cambiante. El esquizofrénico del siglo XXI *crea* por medio de la *creencia* y por el mismo acto supone la transformación material-fáctica del universo. “Según como se mire” y “todo es relativo”; pues ¿qué condición se afirma de libertad entonces cuando todo es una cuestión relativa (a lo

material-fáctico) y a como “*se mire*” *ergo* una *creación* de la realidad en la metafísica del mundo de las ideas? Todo se vuelve *baladí*.

Recuerdo el cuento de los inmortales de Borges en el cual se rendían a la existencia del ahora luego de haber atravesado conquistas y grandes logros, obras de arquitectura, escritos trascendentales, etc. ¿Qué razón puede ser contenida en aquello que es *inmortal*? La razón de cada momento existe por el deseo espontáneo pero a su vez por lo que fue y lo que se desea que vaya a ser. Cuando el tiempo *se tiene* en uno; ¿qué hace al hecho de desear o no desear? (En tal caso somos sustancia infinita e inalterable) El goce del aire que se respira y el calor del sol existen hoy, no necesito desearlo proyectando en el mañana. Los inmortales de Borges se vuelven a su *proto-naturaleza* aquella que no se ha ensamblado con la *razón* para autopercebirse y constituirse en una síntesis de lo material y lo inmaterial. Lo único que existe es el ahora y el pasaje de un estado a otro; de una forma a otra en la materia. El ser humano ha internalizado la naturaleza de observarse y asombrarse de que existe. Se posiciona el individuo a sí mismo como una escultura que debe ser tallada para sacar *lo mejor de sí*; y al hacerlo se aliena, se disocia. La conjunción de la razón y la materia son los dos elementos que combaten dentro del ser humano; la materialidad y la inmaterialidad, una busca condicionar a la otra y la batalla no termina. La razón y lo empírico, tal Dr. Jekyll y Mr. Hyde, *amo* y esclavo; no hay bueno y malo aquí solo *el ser*. La historia humana se construye a partir de tal hecho, de la separación de un elemento y otro; de la manera en la cual la mente y la materia, el cuerpo y el espíritu, se han dado por operar en diferentes planos. Los condicionantes no son apariciones desde el vacío sino la cultura e historia; el proceso transgeneracional que implica la existencia de “el *hoy*” como un *devenir* de la acción pasada. Y aquella acción pasada busca perdurar, tiene un *conatus* propio, no hablo aquí del individuo sino la esencia que implica cohesión sobre el conjunto. Se nos enseñan las palabras y se nos indican que representan: la luna, el amor, el dolor, el bien y el mal. Adecuamos esas construcciones *pre-creadas* a partir de una *resiliencia* que deja de lado nuestra espontaneidad y con ello nos transformamos; poco a poco degeneramos en individuos nítidamente constituidos para ocupar nuestro lugar en el mundo como *ciudadanos útiles de la sociedad*; la misma sociedad que nos crea para auto-prevalecer. No dé lugar a mis dichos, prefiero que seamos testigos de lo que opina un economista; esas criaturas que solo ven el mundo por los arquetipos y representaciones de la materia y la materia como fin último. En una de las conferencias<sup>9</sup> que da John Kenneth Galbraith en 1966 dice lo

---

<sup>9</sup> The Reith Lectures (BBC) "The role of State" 1966 - John Kenneth Galbraith

siguiente respecto a la educación: "There is danger that it (education) will be excessively locational. We should have a race of men who are strong in telemetry and space communications but who cannot read anything but a blueprint or write anything but a computer program. When we realize that our new concern for education is the result not of a new enlightenment but a response to the needs of industrial planning, we will begin to worry, I think, quite a good deal, about the future of liberal and humane education<sup>10</sup>."

Adoro todo lo que esta reflexión contiene. Galbraith es, antes que *un economista*, un ser humano. Porque ve más allá de lo que *su función* dentro de la sociedad le *impone ver*. No solo es economista sino humano, dos *sujetos* dentro de la misma sustancia. El ser humano busca la expansión de *sí* para ser *todos los sujetos*; vivir todas las vidas y de todas las formas. La *mente del especialista* es la sesión de la libertad para adecuar su *creación* del mundo inmaterial a lo conveniente y así transitar sin pena ni gloria el mundo material. Rendir nuestra espontaneidad a la *razón* preconcebida y que solo se instaura en nosotros para replicar el ayer es la pura condena, solo nos volvemos transitorios envases que acarrean los conceptos del ayer para el mañana; se nos arrebató lo único que de valor disponemos. Cuando nos referimos al "mañana" la relativización evidente nos dice que mucho más habrá por delante, en el universo de sus aproximadamente 13.500 millones de años el simple pestañeo de una mosca es todo lo que somos. El niño que desea el caramelo o la satisfacción la quiere ahora ¡Niño poco razonable! Pero es fiel para con su deseo, combate, pelea, discute, fuerza la transformación de su entorno para que el entorno *no lo contenga*. "*Tendremos tiempo para eso*" "¿Tener?" No tengo el dominio sobre mi propio destino porque yo solo transformo lo que hay a mi alrededor; no hay *tener* sino a partir del *crear* y de esto tampoco soy artífice. Tiene aquel que puede actuar en consecuencia, desplazarse en su obra, en su *tiempo*; yo no controlo y solo me veo condicionado por el tiempo. Proponer la utilización de X cantidad de horas para una tarea no implica que estén en mis manos esas horas, son solo proyecciones de una potencial *transformación* de un tiempo invertido en un elemento intangible construido en el imaginario en el momento cero (presente). Cuando se nos posicionan los gráficos de la

---

<sup>10</sup> Traducción "Hay un peligro de que sea (la educación) excesivamente enfocada. Tendremos una raza de hombres que son *fuertes* en telemetría y en comunicaciones espaciales pero que no puedan leer nada que no sea un plano o escribir excepto programas de computación. Cuando notemos que nuestra preocupación por la educación no ha sido un resultado de un nuevo *iluminismo* sino una respuesta a las necesidades del planeamiento industrial, empezaremos a preocuparnos, creo yo, en gran medida al respecto de la educación liberal y humanista".

economía se nos insta a suponer que es una ciencia; tal como si fuera exacta. Lo único exacto y con capacidad de ser conocido *a priori* es la matemática; porque ésta es una ciencia pura *creada* desde la *razón*. No existe en forma de materia por sí misma. Todo cuanto se hace es representación; el número 2 o la palabra *dos* son representaciones del *mundo de las ideas* del *dos en su condición perfecta*. La representación de la cosa no es la cosa sino un común acuerdo de lo que aquello significa; el lenguaje y las señas son prueba de esto. Un fonema u otro para describir una misma *cosa* no será igual. La palabra “*mesa*” y la palabra “*tisch*” son las representaciones del mismo elemento pero no son lo mismo entre ellas. Al igual que las variantes del lejano oriente de lenguas y dialectos que nombran de manera diferente a ciertos objetos, es decir las representaciones de las cosas por medio de los fonemas varían; pero aun así la representación por la escritura es idéntica en ambos idiomas. El símbolo en el papel permite el entendimiento entre dos individuos pero el lenguaje hablado no acompaña; aun así ambos se refieren a la misma mesa.

Pero es el problema de la mente especialista y en particular la mente economicista que en todos nosotros radica en el querido occidente, donde cada uno es libre, al constituir la realidad en base a la representación. La *cosa* no es por sí misma sino por las representaciones de ella; y no crea que estas *representaciones* de las que hablo son las diferentes miradas artísticas que pueden tenerse de un suceso. No es aquí el debate del ojo humano y cómo transforma la gracia de un paisaje por los diferentes estilos de representación; sea un impresionismo o un cubismo; o como con los *rasas* y *ragas* en la música India que evocan momentos, paisajes y sensaciones. El camino a vivir en el plano de la *razón* nos hace proclives a conducir un *quid pro quo* de “*la cosa*” por “*lo que nos parece ser la cosa*”. La *felicidad* está constituida por los *arquetipos racionalizados de la felicidad*. Mostrarse jovial, divertido, siempre brillante, encantador, siempre comprensivo y tolerante, etc., etc., es la actitud de una persona *feliz*. “Vístete según el puesto que quieras ocupar” “*Fake it until you make it*” Pero en definitiva es la misma transición de desmerecerse a uno mismo en el *presente* para suponer que el futuro habrá de compensar el sacrificio humano que se hace. Es por esto que cuando me refiero a la *razón*, el futuro, la proyección y demás el dolor generalmente viene inoculado por asumir el conocimiento *a priori*, es decir, a la concreción misma del acto futuro que suponemos habrá de satisfacer mis necesidades (¿cuándo se originan esas necesidades?). El caminante hace camino al andar; “*we will cross that bridge when we get there*”; la transformación humana es constante y solo un loco busca *incorporar* en sí el futuro, aquello que solo Dios sabe y en aquel solo ocupa *la esperanza que espera*. Mostrarse feliz retribuye en la

materialidad; vender, relacionarse, “*venderse*” para fines monetaristas y por ende *auto-mercantilizar* nuestro *ser* (del hoy) en pos de la *proyección* de lo que *seremos*. ¿Es esto lo que llamamos “*éxito*”? ¿Buscar la necesidad material a toda costa bajo la degradación de nuestras capacidades humanas? “¿Para qué sirve el arte?” Aquel que aparenta ser *cínico* y dice obrar por *egoísmo* “porque así es el mundo”; solo conoce la representación que se le ha introducido del mundo. Aquel que dice obrar por *egoísmo* contiene *necesidades* y recurre al otro para satisfacerlas; no es el *líder* quién domina sino la adecuación del plano metafísico (el sistema de ideas) que enfoca en lo común del líder y lo vuelve estandarte. La *creación/construcción* de la idea de la *persona* no es la *persona*. El líder es objeto de necesidad porque encarna una *razón* y esta última está construida a partir de una proyección del futuro en base a una *necesidad*. Lo mismo sucede con la idea de egoísmo; aquel que se conduce bajo la idea de *egoísmo* supone en primer lugar el juego de aquello en la base económica; de suma cero y por ende de la materialidad. Cuando se habla de la economía como *suma cero* se hace referencia a la noción implícita de que todo lo que hay por hacer es *transformación* y no *creación*. El egoísmo economicista es aquel que se busca imponer a partir de la competencia; bajo un sistema articulado de competencia que indica que *yo gano y tu pierdes* por una noción de superioridad. Que quede claro que el ser humano no *crea* y solo *transforma*; por ende la *riqueza* y el *capital* no se crean sino como concepto; el trabajo es transformación que luego se *crea* (*categoriza*) bajo el paraguas de los conceptos anteriores. El egoísmo no radica en lo material, en el *tener* porque solo *tenemos* bajo la noción de propiedad privada; si nos enfocamos en la prehistoria a los *gens* y los *gentes*<sup>11</sup> podremos encontrar diferentes tipos de organizaciones, matriarcados, cooperativismo, colectivismo, pueblos nómades y pueblos sedentarios. Aún en la escuela hablamos del pasaje de nómadas a sedentarios en el *Tigris* y *Éufrates*, etc., pero suponemos que tal tipo de organización es solo un hipotético pues no tiene capacidad de existir en la “globalización” del mundo moderno; siendo que los pasaportes fueron inventados hace menos de cien años para restringir la movilidad de ciertos colectivos. La construcción social no es “*out of the blue*” o “de la nada”, la nada es claramente nada. La construcción social materialmente hablando existió antes de la llegada de cada uno y la construcción ideológica de cada uno de los factores, sucesos, explicaciones y sistemas de representación también;

---

<sup>11</sup> “El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado” (1884) de Friedrich Engels en relación a los escritos de Morgan Lewis.

nosotros como individuos somos quienes nos vemos *transformados* por un poder abstracto que es la construcción de *la razón* y a su vez carece de sustento material; es el yugo de la razón apalancado en la fe y la expectativa de la acción humana, la acción humana misma de aquel *otro* que contiene tales ideas. Porque el egoísmo del cual la economía habla y en la cual el *homo economicus* es su soldado predilecto se apalanca en *la libertad* pero nunca en la contemplación de *la necesidad* que le antecede. El egoísta no ve su necesidad sino el potencial de satisfacerla en base al otro. Aun así *juzga por su auto-razonada condición* pues asume que el otro es egoísta y por ende la cuestión es percepción de la percepción (es decir percepción al cuadrado). Implica esto adecuarse al egoísmo por la expectativa del daño que el otro habrá de ocasionar. Entonces el *egoísta* es reactivo y no activo; su acción viene derivada de la percepción del otro y no por su propia voluntad. No es acto volitivo sino forzado en contraste con el otro. Pero en algún momento quizás fue un niño al cual le enseñaron que el mundo no puede ser como quiere y le restringen y condicionan su libertad y ¿de qué maneras? Para el adulto que busca ser *expeditivo* el conflicto entre dos niños carece de importancia y habrá de castigar a ambos por igual por no cortar con sus pleitos de niños. Pero no es lo mismo para los niños; sobre todo si uno de ellos no busca problemas y solo es víctima de la voluntad del otro. Para el adulto es un asunto menor aquello de impartir *justicia* pues no busca tal cosa sino ser *expeditivo* para poder continuar con sus asuntos; las criaturas son un elemento más que le pertenecen y objetos que deben ser transformados para que se adecuen a los procesos sociales. Pero desde tal momento se enseña que la justicia no existe en sus formas sino la justicia externa (o el claro poder) que incide sobre el pequeño. No hay justicia para aquel que no hizo nada; solo la imposición externa que formula castigo y penitencia materializada. La noción de culpa y la responsabilidad que se *crea* en el niño es la de relación disociada entre su libertad y la restricción externa. En otras palabras que su libertad depende de la capacidad de exceder las imposiciones materiales externas a fin de *ser*. Porque lo *justo* es solo el *poder materializado* o de manera fáctica o por medio de los sistemas ideológicos que estructuran *el mundo de las ideas* (o sistemas de representación) del resto de los seres humanos. Al llevar adelante la relación por medio del conocimiento empírico se vuelve recurrente el hecho de actuar por la desconfianza en el otro antes que actuar por la voluntad misma de ser *egoísta en forma inherente al ser*. Sobre todo en el hecho de poseer que es únicamente una construcción siendo que uno solo *posee* lo que *crea* y ya he dejado en claro que si bien la *madre* contiene *al bebé* por nacer no significa que lo *haya creado* sino que transforma la materia circundante en una nueva unidad que se constituye en el

*ser*. Lo macabro es que lo que *sí puede ser creado* es el sistema de representaciones e ideas para que lleve una vida sana; pero a su vez no es absolutamente dependiente de sí mismo porque trabaja con materia previamente estructurada y las afectaciones del entorno.

Cuando nos suponemos *creadores* no solo erramos en cuanto a la materia sino que el margen de trabajo en cuanto a lo que a *ideas* se refiere está siempre encadenado a un proceso contextual. El arte del cubismo no es una continuación directa de la pintura rupestre. El margen de acción como individuo se sitúa en una instancia excesivamente baja en comparación con lo colectivo; y aún esto es ínfimo frente a la *totalidad* y el *infinito*. El poder individual es circunstancial en lo material y atomizable pero lo que hay de común a todos los individuos es el poder cohesivo que implica el sistema de razonamiento. Mil veces se me ha llamado al orden por estar en el acto contemplativo de una flor, el aire o un suceso *inútil* para el *razonamiento* humano; una y mil veces me he visto rodeado de caras extrañas ante mi condición de “*ser*” en el momento sin *razonarlo*. “Deja de volar y pon los pies sobre la tierra” Razonar es lo que impide poner los pies sobre la tierra, es la antítesis de la materialidad, solo podemos vivir en la espontaneidad del *ser*. El *ser* se concibe en la acción *zen* porque aun cuando se traduce a veces como “*no ser*” tal forma de representarlo en occidente vuelve al acto una categoría de *opuestos*. La misma muerte es un “*no ser*” al igual que el dormir para quién sufre a cada momento de los pensamientos que le impiden estar en el *presente* y circula hacia atrás y adelante, pasado y presente. Curioso es que contemplamos al *pasado* como atrás y futuro como lo que vendrá; si la predestinación existe todo *es* al igual que una pintura.<sup>12</sup>

Volviendo un poco atrás, cuando reniego de la noción de *científico* que implica el decir “ciencias económicas” es por el simple hecho que nada científico puede contener al ser humano; porque la ciencia es representación (por ende creación abstracta, racionalización) de sucesos y no puede contenerse a sí mismo. La ciencia debe mantener un método científico y una comprobación empírica de los sucesos. La *ciencia económica* contiene al mismo artífice de ella; el ser humano y las sociedades. Si el ser humano contiene deseos, sesgos, miedos, necesidades y percepciones disímiles del *tiempo*; tal como la extensión o determinación de que prevalece sobre que, su pasado que se hace presente, su presente o su deseo del futuro; entonces estamos articulando ecuaciones en

---

<sup>12</sup> Piénsese quizás *el tiempo* circulando de forma aleatoria, en diagonales, como un punto en el cual vamos rodeando o quizás ingresando en él.

base a diferentes pretensiones de tiempo y consideraciones humanas. El joven que es acarreado por un futuro glorioso, estudia, se le llena de medallas, obtiene diplomas y reconocimiento atiende a lo que vendrá en el futuro y antes de que el futuro se haga presente se da cuenta que todo lo que contiene *reside en el pasado*. Se interpreta al niño por lo que será, el adulto por lo que es y el viejo por lo que fue. La contemplación del ser humano bajo tales cánones sobre-simplifica la individualidad de cada integrante del colectivo social. Es en gran parte éste el mecanismo de incentivo que prevalece para mantener cohesionada a la sociedad; el pequeño recibe su incentivo al futuro, el adulto su compensación momentánea y el viejo la capacidad de contar sus historias en tanto y en cuanto sepa su lugar. Aunque ni tanto, solo estoy dando los ejemplos con mayores aires de esperanza. Es en la *incapacidad* del niño y del viejo que se nota nuestro sesgo con claridad; ninguno de ellos está en condiciones de *trabajar* y quizás solo consumir; no producen y por ende *no son útiles*. Así he encontrado más de una vez personas que con muchos años encima en la vejez que se dicen a ellos mismo que “*valen*” pero no saben qué hacer con ello; solo se constituyen inútiles por no poder trabajar. No pasa por su interpretación o construcción del sistema de racionalizaciones que puedan hacer algo más porque tal hecho habría de ser desencadenante de un revisionismo de su pasado; los recuerdos se harán presente y ante el contraste se dirá “¿Acaso siempre pude haber hecho esto? No, seguramente antes no pude y debí cumplir con mi deber.” El deber, que se constituye de la moral. ¿Dónde está tal elemento cuando vivimos en un sistema económico que se basa no en el ser humano sino en el capital? El poder económico es fáctico y no ético, ni tampoco moral. La moral que dice contener es solo aquella que asocia la productividad y el utilitarismo, el sacrificio del individuo en pos de las ganancias, a fin de reeditar con gestos y símbolos. El trabajo no es valor ni *mérito* sino necesidad; aquel que trabaja “*para*”, es decir con una razón y un propósito, está en clara instancia de necesidad. Es la coacción de un sistema de ideas y estructurado por fuerzas de control lo que provoca la respuesta al trabajo. Al igual que la alienación para con los otros seres humanos que implica desconfianza y así uno *se vuelve egoísta*.

A esto se recurre en el *espíritu del capitalismo*, la *meritocracia* fundada a partir del “*Beruf*” o “*Calling*” (*llamado*) que en castellano usamos como “vocación”, que se desprende de la reforma protestante por la cual cada uno llega a Dios por su propio “esfuerzo”. Si ya he dado suficiente crédito a cómo la transición del lenguaje deforma la comprensión del mundo déjeme solo decir que “el esfuerzo” se transformará, a partir del siglo XVII en adelante, en “el trabajo”. Es la *proto-meritocracia* lo que descubre Max Weber cuando se

refiere al “*espíritu del capitalismo*” y con ello encadenada toda la *creación* de la realidad (en cuanto a la representación de *la realidad*) en base a un conjunto de sistema del cristianismo que transmutan en el capitalismo.

El meritócrata, aquel que habla de cultura del trabajo o el mérito laboral y demás está solo apelando a la condición de *justicia individual* que busca imponer en el otro en base a los sacrificios pasados, contiene al trabajador orgulloso de su sacrificio y demás es la esencia de un pasado restringido en pos de un futuro que no ha conciliado su sufrimiento. Aquel que en el pasado se condiciona en pos del mañana debe ver el reflejo de aquello en esto; del pasado en el *presente*, pero nada compensa haberse desecho de parte de su humanidad en pos de seguir viviendo. ¿Seguir viviendo cómo? Esa es la verdadera pregunta o cierta *unanswered question*. Cuando se apela al sacrificio como mérito se transmuta la necesidad de trabajar con el sacrificio y el sufrimiento como valores; tal como sucede en los preceptos fundamentales del cristianismo “humíllate y serás ensalzado”. Claramente dice “actúa de tal forma y el resultado será tal otro”; ¿acaso llega? No concilia el trabajador-consumidor su lógica con su percepción porque uno es el plano de las ideas y el otro en el plano real. Para aquel que lucra con el continuo establecimiento de la idea se vuelve esto productivo; para el capitalista/empresario; la idea la sostiene porque la concilia en lo material. Pero lo que sucede con el trabajador adoctrinado por el sufrimiento es que requiere que cada otro actúe igual porque el orden, la moral y el bien es el sacrificio del hoy por el goce del mañana. ¿No es lo mismo sufrir hoy y entrar mañana en el reino de los cielos? o quizás sin tanta distancia ¿Cual mañana? ¿Hay garantías de que fuera a despertar mañana? Mañana las condiciones son otras, en términos materiales-fácticos, y el joven no obtiene el aumento, no consigue el cambio de puesto, no funciona lo que planeo y entonces comienza a buscar *la responsabilidad* en sí (en caso que esté carcomido por la lógica mercantilista) o en un suceso externo (los otros, los vagos, etc.) porque no puede ser el problema él mismo siendo que *hizo todo bien*. Aquí también se evidencia la falta de *creación* del destino individual; y cuando las cosas fallan volvemos a ser simples esclavos del destino, pero cuando funcionan somos los amos. En realidad no es ni lo uno ni lo otro. Lo que en este proceso se evidencia es que hay una absoluta imposibilidad de llamar “*ciencia*” económica a la *representación* que existe del sistema organizativo de los recursos por el simple hecho de que los humanos creamos esas representaciones para organizarnos y somos los mismos seres humanos que estamos contenidos en ella. Es pintar la pintura con el pintor adentro mientras pinta la pintura, una pintura dinámica y que contiene la materia y la *representación de esa materia*. Una vez que se entienda esto

podremos dejar en claro que el *control*, la uniformidad y la cohesión sobre la “*expectativa*” (expectante) es el commodity más importante a controlar en el capitalismo; y por ende, el uso de la lógica dominante que imparten los medios. Sobre todo esto quiero destacar que la condición de libertad, aun cuando no en forma absoluta, puede ser un proceso a trabajar en diferentes instancias. Si bien esto no es un tratado de economía quiero si dejar la noción de que la concentración de una lógica en lo *metafísico/inmaterial*, y su condición material/ real dispersa por todo el globo, crea en sí mismo la noción de absoluto que presiona sobre la individualidad. Puesto en otro términos, el hecho de la unitización de un solo sistema organizativo, sumado a la limitación de desplazamiento y vida de los seres humanos (en relación a las barreras de Estados/nación) conlleva un desfase, un *imbalance* en cuanto a la concentración de los recursos; que a su vez, por el mismo miedo que han sido acumulados buscan perdurar en el tiempo. La concentración de la riqueza, creo yo, no difiere en la noción de *desconfianza* por el otro siendo homogeneizado como “el ser humano es *egoísta*”. Porque a quién nada le importa es a un reptil, que no contiene ninguna porción mamífera del cerebro, pero en especial porque un reptil no contiene en sí la capacidad creativa en lo ideal y abstracto, en la música, el arte y la representación del mundo como lo hace una criatura humana.

Todo lo que aquí se contiene es representación y cada expresión de arte es *la representación de una porción de la totalidad en cuanto lo real*. Imagine la cantidad de apreciaciones de la realidad que existen, formas, colores, matices, percepciones, sensaciones y más para buscar contener la *totalidad* en una pseudo-ciencia que pone a la maquinaria, el dinero y la privatización de los recursos y medios de producción por sobre lo maravillosa espontaneidad del *ser*.

En la condición de libertad uno encuentra la responsabilidad; el *mareo* que esto trae y la *angustia* que se hace presente no es la cosa en el hoy sino en la potencialidad, el futuro y la *necesidad* de la *decisión* correcta. “En economía se puede hacer cualquier cosa menos evitar las consecuencias” (John M. Keynes). El trabajo sobre los planos de la percepción también marea en cuanto al desorden de unos y la incapacidad de *conciliación* que se encuentra en la relación de poder. El *tiempo*, elemento *creado* que no existe en el ser humano por fuera de la acción del *evento presente*, modifica la “esencia” de las personas a partir de las alteraciones que sufre la autopercepción en relación a sus condiciones anteriores, presentes y las proyecciones hacia un futuro deseado. La condición esencial es que al menos el objeto de estudio no tenga modificaciones; el *individuo* no debe alterarse a sí mismo. Curiosamente en el caso de nuestras filosofías más profundas lo que se ve apreciado es lo externo al individuo mientras a éste se le aplica el *ceteris paribus*<sup>13</sup>. Caso contrario no sería posible hacer una interpretación que relacione los diferentes tiempos; sino sería individuo, individuo’, individuo”, individuo””, individuo””, *ad infinitum*. Claro que la condición de operar por una razón a la cual se nos ata exige la *respuesta correcta*, tal como si la contemplación del futuro fuera abarcable por el individuo. Pero además de esto trabajando en base a sus experiencias individuales (lo empírico) y en aquello que es capaz de almacenar y procesar en su racionalismo pero que, a su vez, no entre en conflicto con sus bases empíricas. La tradición filosófica de oriente tiene un componente mucho más fenoménico<sup>14</sup> en sus apreciaciones. Por tal *razón* es que veo una suerte de conjunción de nuestro momento actual como el pasaje o desmembramiento de una raíz filosófica de la teología e ingreso a un camino de una filosofía de transición; tal como fue con en los momentos<sup>15</sup> de Spinoza, Locke, Hume, Kant, Marx, etc. En parte porque en aquel momento la estructura *ideal* no soportó el asedio de los procesos materiales que la condicionaron; Galileo con sus descubrimientos, el “descubrimiento” de América, Lutero con su reforma desprendiéndose de la iglesia católica, etc. Hasta cierto punto el condicionante se expresó desde lo externo en pruebas que contradicen a los sistemas

---

<sup>13</sup> “*Todo lo demás constante*”, es decir, asumir que todas las variables que se desarrollan alrededor y en relación al elemento o variable de estudio se consideran constantes y así, claramente, se asume un escenario *ideal* o *perfecto* pero, por ende, nunca *real*.

<sup>14</sup> De la fenomenología.

<sup>15</sup> Un vacío de poder o cohesión que busca ser ocupado.

ordenados de la iglesia y por otro lado lo dificultoso de mantener el sistema moral. Esto es lo difícil de mantener: la *cohesión* (el verdadero poder) sobre la *representación del universo*.

La angustia es muy amiga de la culpa y ésta demasiado hipócrita o ignorante en algunos casos. “¿Temes a Dios?” se le pregunta a Kant para que su “arrogancia” lo descarte en la selección de profesores. Filipenses 2:12. Es en parte ese temor el cual reside en cada individuo y no parecen notar la sustancia. El futuro es incierto a cada momento, porque todo lo que *no es* no existe; la proyección nos condiciona bajo la base de la acción correcta. Es decir, no solo proyectarse en sí mismo sino todas las consciencias que me rodean para entender que la conjunción de ellas en mí y de sí mismas, y las afectaciones entrelazadas darán determinado resultado. “Cásate y te arrepentirás. No te cases y también te arrepentirás... tanto si te ahorcas como si no lo haces, lo lamentarás de todos modos ...” El arrepentimiento tiene lugar únicamente bajo la certeza de que la sustancia individual es inmutable y esto pertenece al sistema de la filosofía cristiana; el alma o esencia perfecta que incorpora el ser humano dentro de su materialidad. “*In Vino Veritas*” porque tanto los niños y los borrachos son inconscientes y la verdad no se encuentra en la consciencia sino en el *ser*. Cuando Constantín se aproxima a la angustia trabaja sobre el intento de contener dentro de sí las sustancias acumuladas de aquel *ser* que solo de transición se compone. El pasado se vuelve una carga y la melancolía le agobia, le pesa; el recuerdo de la amada a la cual quizás podría haber desposado o quizás no, quizás sí y no a la vez, tal gato de Schrödinger. Cuando se enfoca en tales ideas asume la existencia de aquella mujer en su condición pasada y de sí mismo con ella también; una falacia y un absurdo. Le invade la *culpa* de lo que su sustancia anterior decidió y él solo esclavo se ha vuelto de las decisiones pasadas relativas a la interpretación de los otros que a su *categorización* corresponden; nombre, físico, materia, etc. La carga de la categoría impuesta por el entorno es un elemento que solo a la debilidad o la incompatibilidad entre la voluntad y el deseo se manifiesta. Es esa materia de la culpa que el sujeto ve reflejada en el *ojo ajeno* y se le replica su condición. Pero eso no es sustancia de la persona sino una construcción de *los otros*; el verdadero *übermensch* no se detendrá en aquello, es decir, no dejará de *ser* en el hoy y siempre en el hoy. Pero es difícil considerarse un *paria*. La búsqueda común radica en encontrar la comunión con algo más; un sentido, una voluntad divina, un propósito, la trascendencia en forma de hijos o ideas, etc. Se busca uno en las cosas pues no se encuentra en otro lado. La búsqueda no es por contener lo externo tal como hace el verdadero ser humano que vive en el presente sino porque lo externo lo contenga; ese encuentro se da por la

percepción de empatía de lo que le rodea. Nuestro nuevo siglo está en el punto más álgido de este proceso (hasta ahora); la necesidad de encontrarse en el *ojo ajeno*, en el deseo ajeno, en el sueño ajeno, en la necesidad del otro por uno, en el sentido de superioridad y una necesidad de ser contenido en un estado frío. Un estado netamente metálico que carece del calor que abarcan otros materiales; queremos ser poderosos siendo alcanzables y queremos superarnos sin someternos a exponer nuestras esencias. El miedo de perder lo poco que se ha construido en el individuo lo lleva a contemplar el encierro en sí mismo.

Concebir el plano pasado nos lleva a la carga de la melancolía; el ayer que se manifiesta en el hoy y nos hace decirnos “déjeme volver y haré las cosas diferentes”. Para el futuro es diferente porque la ansiedad se constituye con la cantidad de posibilidades y variables a calcular; en especial con el mundo cambiante. Pero no solo los cálculos sino su continuidad; no es posible sentarse a pensar una hora en forma detenida; los pensamientos menores nos asedian como si fueran a volverse bolas de nieve montaña abajo. Se inmiscuyen las ideas blandas y sin sentido; se incorporan a buscar un protagonismo, con fundamento quizás, porque hasta el más mínimo detalle encadenado (o de retroalimentación sistémica) puede crear un efecto mariposa o un cisne negro. De cualquier forma Constantin no puede dejar de viajar en el tiempo, pero eso es solo creación de su imaginación; se pregunta si hubiera correspondido con el amor de aquella chica y a la vez se hace imaginar lo que sería el hoy y el futuro en la vejez. La construcción continua tiende a reforzar la idea de lo que “*debió ser*”. ¿Un deber? El único deber es para cada momento todo lo demás es *necesidad* a la cual nos rendimos y tiene un costo en el desplazamiento de lo racional y lo material; desplaza la mente del cuerpo.

Cuando Johannes de Silentio hace su análisis de Abraham presenta el factor tiempo de una manera fantástica. Hace la representación de aquel que en el púlpito habrá de contar la historia y entrelaza los sucesos y ornamenta lo sucedido con una fantástica retórica pero despersonaliza a Abraham hasta cierto punto, puesto que Abraham viaja por tres días para llegar al lugar del holocausto; donde habrá de sacrificar a Isaac. Tres días de tránsito sobre los cuales debe ir al punto indicado en compañía de su hijo, sin decirle que habrá de ser sacrificado porque esa es la orden de Dios. Tres días sabiendo el acto que debe cometer. ¿Se proyecta a sí mismo Abraham cometiendo tal acto? De ser así sufre en la proyección y aun así continúa; caso contrario al no verse a sí mismo deja a su Abraham’ (su futuro ser) que tome el control. “We will cross that bridge when we get there” o “Dios se proveerá de un cordero”. Es el pedido humano de que todo termine; pero no la vida, sino la vida en la transición a través del plano que *es ahora* pero solo existe para aquel plano

futuro que nunca llega y como si fuera poco cargar con tales elementos que se acumulan desde el pasado. Si Abraham obra por miedo es un cobarde que intercambia a su hijo por salvarse; si no ama a Isaac entonces no es un verdadero sacrificio; el absurdo es asumir una potencialidad en una existencia que no es existencia. La *conciliación por el salto de fe* no es solución sino paliativo; el salto concilia el absurdo pero no representa la *esencia* del *ser* sino la decisión frente a la imposición de la externalidad. Si Abraham está frente a Dios y siente que lo que se le pide es imposible, desafiará a su creador por la esencia misma que su creador le ha dado; la esencia que contiene le fue dada por Dios y Abraham debe ser ante todo *sí mismo*. Obrar por miedo es deformar nuestra naturaleza y conducirnos hacia la *resiliencia*. “No son los más fuertes ni los más inteligentes los que sobreviven sino los más resilientes”; una atrocidad. La resiliencia no es más que aceptar cualquier deformación a mi estado presente, a mi esencia y al *conatus* en pos de sobrevivir en un estado alterado que no se condice con mi forma real. Pero a su vez es modificación y cada paso me modifica; el punto real es saber cuánto puede ser extraído del individuo para que abandone la noción sobre sí mismo y caiga en la despersonalización; en última instancia se aliene de lo que es y lo que siente. “Cásate o no te cases” pero aun así todo contrato es un orden y una cohesión; la moral, las buenas prácticas, costumbres y demás dan forma al sujeto que se adecua a una moral social. Mi *yo* pasado deseaba y mi *yo* presente detesta; lo único que me detiene es lo maleable del contrato o las *consecuencias*.

## El control sobre sí

“Hay que imaginar a Sísifo<sup>16</sup> feliz”. He intentado procesar tamaña afirmación y adecuar la imagen mental a tal suceso pero resulta necesario retocar demasiado la construcción o quizás establecer variedad de axiomas para acomodar ese resultado. Si bien el *infinito* no es un momento particular sino la conjunción de los momentos cabe preguntarnos entonces si en alguno de esos momentos Sísifo habrá de sentirse en plenitud.

La primera opción será que Sísifo vive siempre en el futuro de la acción realizada; su consciencia le hace proyectarse siempre en el momento cúlmine: la cumbre. Sísifo no sufre en la búsqueda de *la respuesta correcta* o *decisión correcta*, pues está contenido dentro de su anti-libertad y todo lo que *es real* le excede. No podrá sufrir *mareos*; entonces tampoco *angustias*.

Segunda opción. Tanto Sísifo como la realidad se encuentran como una sustancia única; Sísifo no existe en su forma individual sino en la acción por la razón de la acción anterior, es decir, empuja la roca a la cima porque antes lo ha hecho. Se ha vuelto dependiente de *su roca*; al igual que aquellos que solo *sus cadenas* para perder tienen pero se regocijan en exhibirlas, con orgullo y fervor.

Tercera opción. La razón y la acción de Sísifo están en completa conciliación; su mundo *ideal* no se enfoca en lo que fue ni se proyecta hacia el futuro. Lo único que vive es la absoluta sustancia del momento y por ende el *ser presente*.

Cuarta opción. Todas las opciones anteriores se entrelazan por el simple hecho de que si Sísifo tiene una sustancia y es cambiante habrá de encontrar equilibrio de su condición material y su metafísica como también el absoluto desequilibrio. La transición por todos los estadios se vuelve *necesaria* en cuanto en el infinito se concibe la recurrencia.

En el caso de no modificarse la sustancia de Sísifo ni la de su mundo material estaríamos condicionados a pensar que puede ser feliz, bajo el hipotético de que al ser condicionado radica en su sustancia *ser* en el momento y contenía en ese *ser* el impulso hacia mover la roca.

Desde otro aspecto, escapar a la *predestinación* o la duda frente al *cogito ergo sum* lleva una cantidad importante de suposiciones. Especialmente la del control sobre la vida misma. Si bien hay formas en que uno puede hacerse de

---

<sup>16</sup> Figura de la antigüedad del relato homérico, rey de Éfira que fue castigado por los dioses debido a sus engaños. Su castigo consiste en empujar una roca cuesta arriba por una montaña. Antes de que pueda arribar a la cima, la roca se desliza hasta la base de la montaña para que Sísifo repita la tarea cada día durante la eternidad: una tarea absurda y eterna.

su vida, es el sentido del *ser* lo que importa. No es tomar o no tomar de su propia vida el control *real*; sino *ser* o no *ser* bajo el deseo propio. Pero esa esencia, una vez más, se ve desvirtuada por la razón que crea las realidades futuras y nos “retrotrae” a las creaciones de memorias, elementos pasados. Es la decisión por sobre su propio ser lo que invita al suicida a entregarse pero también le beneficia en su existencia en el *presente*. La *alegría* y la *calma antes de la tormenta* es el placentero proceso del existir bajo la noción de finitud. En la *decisión per se* de tomar su vida logra encontrar la conciliación. El futuro no produce más ansiedad pues no habrá necesidad de proyectarse y el pasado no puede hacer más daño pues al no existir un futuro se cortará la continuidad. Los últimos momentos son de vida en el presente y la verdadera entrega al *ser*. La *conciliación* en el *ser presente* no requiere ningún acto de fe ni la construcción de una esperanza. “*Esperanza*” o *esperar* que algo ocurra se convierte en un ejercicio fútil; es esto lo que el ser humano siempre ha sido pero necesita la entrega al *ser presente* para darse cuenta de cómo vivir. El absurdo es la *esperanza* que se crea como justificación para vivir en el mañana; buscar una esperanza, crearla, “debe haber alguna razón” (causa dada en el pasado), “algo debe valer la pena”(confirmación que se busca en el futuro), pero todo esto es proyección a futuro (o recuento del pasado) que solo el *salto de fe* se puede proponer “*conciliar*”. El hoy *necesita esperanza* y el *salto de fe* para producir una consideración de un *futuro* que valga la pena ser vivido; la *esperanza* y la *fe* se vuelven un tónico recurrente. Porque se vuelve al igual que un opioide, un paliativo o un instrumento que permita la continuidad entre el razonamiento-*creación* de cada momento en la mente del individuo. La persona *crea* al *necesitar creer* todo un sistema de organización del ayer, hoy y mañana que nunca se entrecortan; y la *razón* siempre está en el mañana. Para aquellos con esperanza y fe siempre será mañana.

Aquel que no busca encontrarse en el futuro vive el *presente* y aquel que no ha vivido nunca en el *presente* tenderá a lamentar el pasado y condiciona su *presente* al tener que conciliar sus decisiones pasadas junto con el futuro. La desaparición del plano “futuro” solo deja lugar al presente que se contiene solo a sí mismo porque nunca habrá de transformarse en “pasado”. La implicancia de la proyección de sí hacia el futuro es la sensación de proximidad en cuanto *es* y *no es* a la vez. El individuo atrapado en el *presente* siempre busca *ser* aquel que desde el presente proyecta por medio de la razón su idea y arquetipo perfecto de lo que deberá ser. Todo este proceso es parte del ideal y *creación* a partir del deseo y necesidad. El *hoy* o *presente* se vuelve imposible de apresar para vivir en él; la persona pierde entonces la chance de *ser* por el yugo de la razón que lo desplaza a formas y planos en el cual no *es* sino la *creación de lo*

*que fue* (una memoria) y la proyección de un deseo de *sí mismo* (la proyección del futuro).

## Lo justo

La *justicia* de Dios es *justicia* por el simple hecho de que conoce tanto el principio como el final. Eso es *justicia divina*. Lo que los seres humanos aplicamos es *justicia humana* y por ende limitada y *expeditiva*. El individuo moderno *juzga* porque no tiene la capacidad de ver el antes y el devenir de los hechos para volverse el presente. Cuando vemos un hecho lo contemplamos en los parámetros determinados por las representaciones de orden y justicia humana; los contratos, las multas, las sanciones, las condenas, etc. Pero a su vez muchos han sufrido por *lo justo* y por *el bien*. Muchos han sido torturados y condenados por desobedecer *la justicia*; aun cuando es en nombre de *la divinidad*, es únicamente humana. Que sea reiterativo sobre esto se debe simplemente a que contemplamos los “*por qué*” y “*en nombre de qué*” para desplazarnos del foco de lo *real*/presente. Las condenas en nombre de una Divinidad no son la Divinidad, somos nosotros. El odio en “*nombre de*” solo desplaza al actor y humano activo para irse al mundo de las ideas a conciliar el “*por qué*”. Lo que llamamos *justicia* es solamente una representación humana de *una forma ideal* de justicia; pero otra vez es esto un *quid pro quo*.

Es por esta *razón* que se busca amoldar al individuo más joven para que vea con los ojos de “*la razón*” de los viejos; pero tanto el viejo como el joven viven momentos diferentes, el primero con sus construcciones del pasado y presente mientras que el segundo con sus construcciones del presente y del futuro. *Proyectamos* nuestras vivencias en el mundo a la vez que sufrimos su embate. Es en parte el fundamento operativo de cómo se hace pesar el ayer en el hoy; “dejar todo” es una decisión *difícil* porque es *condenar al olvido* a aquel que uno alguna vez “*fue*” pero tal ser humano no existe, aquella forma de ayer es una creación de la memoria; entonces “¿*Para quién y por quién vivo? ¿Para quién fui? ¿”Soy” para aquel que “seré”?*” Cuando se impone la *educación*, y no el conocimiento para liberar la individualidad, se propone un peso sobre el sujeto en el cual el pasado se le hace continuamente presente y condiciona las respuestas del *hoy* que habrán de moldear a su vez el futuro. Es el jugador de póker que no querrá perder lo que ya ha apostado y por ende sigue apostando hasta que el juego acaba; todo se apostó y todo lo perdió pero únicamente al final total de la partida, la muerte.

No hay *justicia* porque no hay nada *perfecto*, pero algo hay. Querer lo *perfecto* es una condición burda y patética de los humanos que no pueden vivir con lo que son y lo que el mundo *es*; es cierto que no es una maravilla pero *es* y si hemos de hacer un ajuste en cuanto a qué interpretamos sobre todo esto,

cambiar la mentalidad es cambiar la representación de la materia y cambiar la materia transforma la representación en la mente. Quizás aún estamos a tiempo de ir en busca de una mejor justicia que tienda al menos a aquella de Dios. Creo que hay en todo esto un centro muy fuerte de cómo los libros llenos de *orientalismos* y deformaciones generales de filosofías que no son occidentales procesan la muerte. “Cuando la muerte está, yo no estoy y cuando yo estoy, la muerte no está” decía Epicuro y en la misma línea nacemos pensando en la muerte. Nacemos y vivimos pensando en la muerte y en el descanso eterno. Se nos inculca la culpa que se relaciona con los hechos pasados y se nos dice que el mañana está en los cielos o en el infierno; un mundo mejor, un nirvana o como guste; pero siempre en el *más allá*; nunca en el presente o aquí. Nunca llegamos al *más allá*; ese es el punto principal que se refleja en no poder conciliar nuestro *ser* con el horizonte; nunca se deja atrapar. Es tan naïve pensar que tenemos el poder de hacer tal cosa y aun así proyectamos vidas enteras, sueños, trascendencia, logros, reconocimiento, etc. Cuando algo no funciona en el medio de todos esos planes se dice que la vida es *injusta* y terrible, que esto y aquello. La vida *es*; y nada más. Pero el daño que nos auto-infligimos está en incorporar los preceptos que nos han dado a *naturalizar* como *nuestros*. El deber, la moral, el esfuerzo, la justicia, el orden y demás. ¿De dónde proceden todos estos elementos? Queremos desentendernos de una transición de la filosofía griega al cristianismo que se consolidó en todo occidente y forzó sus territorios por casi quince siglos y aún continúa. Suponemos que una idea no tiene sus ramificaciones ni tampoco su descendencia, pero es porque vemos todo en forma *individual*, el *yo*. Tampoco contemplamos en occidente cómo las leyes se estructuran alrededor del derecho romano en varias regiones; del “derecho romano”, de aquel imperio que alguna vez fue. Su caída en su región occidental, de Roma fue en 476 DC y la caída de Constantinopla en 1453 DC pero aun así sus ideas perduran en alguna forma o en alguna *síntesis*. No es una crítica a *la cosa* o *cosas* en sí mismas sino a la relación de *totalización* de un concepto sobre la realidad. *La teoría del delito* trabaja sobre la misma noción de extensión; aun cuando se relaciona a hechos y actos humanos, estos mismos elementos están contenidos dentro del poderoso *cronos*. No hay hechos sin lo que llamamos *tiempo* porque los actos que derivan en *hechos* son lo dinámico-intencionado y la imagen congelada respectivamente. El hecho *es* y la persona se transforma; en qué medida el salto cualitativo es modificador del individuo nunca lo sabremos o quizás habremos de tomar las representaciones del mundo material. Jesús murió en la cruz y nada supo respecto a la inquisición, de las cruzadas, de la persecución religiosa y del genocidio de poblaciones enteras en América;

asumimos que “*es la idea*” el problema y la base sobre la cual todo gira; y hacemos tal cosa para desintegrar la culpa o ubicarla en algo que asumimos “inmutable”; somos nosotros quienes actuamos por la *razón* que sea, por la *razón* de *representar* algo más.

Condenar al criminal siendo justo es ir en busca de sus cómplices, pero también aquellos que dieron forma a su condición criminal, aquellos que no obraron y dejaron ser, aquellos que se aprovecharon de la persona y los otros que moldearon su psiquis, los padres que lo cuidaron y educaron, los maestros del colegio que no vieron en “lo que se convertía”, etc., etc., etc. Lo que llamamos justo es únicamente expeditivo; para juzgar hay que vivir la vida del otro y aun así ya desde el comienzo seguirá siendo *el otro*. Para realizar lo *justo* nos forzamos a pasar por encima de los relieves de las individualidades y el contexto. La justicia del derecho romano no es igual al derecho anglo-sajón y tampoco al *derecho islámico*; la construcción de la ley es una representación de un momento en un modo de vida. Pero pensar en el tiempo de forma lineal nos hace suponer que todo *es* y todo *es* visible ¡y “*obvio*”! Si el derecho comercial se ve afectado por el ingreso de máquinas que todo lo hacen, cyborgs que producen y tecnologías que se encargan de mantener al máximo el confort de los seres humanos, ¿habrá las leyes comerciales de mantenerse como vienen haciéndolo hace siglos? Es decir, aquel que pueda reemplazar a todos los *trabajadores* por *cyborgs* podrá demandar a los humanos que “se esfuercen y trabajen” pero no habrá necesidad *real*-material. La *necesidad* física-material es lo que debe conseguirse para poder construir sobre aquella una sociedad justa en base al desarrollo de las capacidades y permitir la individualidad de cada uno. La *no necesidad* de lucha de fuerzas y conflicto, lo innecesario de la competencia y el *individualismo* es lo que hace proliferar la verdadera *individualidad* y *libertad*. Competir es encontrarnos en el plano futuro frente al otro, ganando o perdiendo. Por otro lado, *crear* arte y desarrollos humanos “*es*” *per se* y nunca “*es*” competencia. Pero si en esto último llegara a basarse el arte, estaríamos frente a una *mercancía*, porque contiene el deseo futuro del individuo en saciar una necesidad material o reconocimiento de sí por parte de los otros; es encontrarse en los otros “*siendo*”, pero en una forma representativa y nunca una *real*. El *ser* no se encuentra en el ojo ajeno; buscarse en lo externo es ahondar en las categorías, lo común y el resguardo de la visión de los otros; tales elementos no son el camino a la *individualidad* y por ende, no encontraremos justicia en tales procesos; al menos no una justicia para *el presente* y *el ser*.

## Sobre el deseo

El *deseo* es el movilizador del consumo; el consumo es el movilizador del empleo y éste es el *transformador* de la realidad. Cómo se distribuyen los *recursos* a partir de aquí, pertenece a un sistema de *razonamientos*; como he dicho antes, *mérito* y castigo son relativos a la raíz filosófica sobre la cual se constituye una sociedad.

Al intentar encaminar el deseo, se crea una necesidad; y al ser los seres humanos imperfectos, tenemos necesidades que se adecuan a los deseos que nos rodean. El deseo es claramente un elemento que existe en el futuro, no busco el *ser* sino el *para* en el *presente* y así la obtención de la satisfacción futura. La publicidad y el marketing proveen un gran condicionante en estos términos para que el trabajador-consumidor se encuentre siempre en la situación del deseo, “una zanahoria cerca pero no tanto” a fin de moldear las conductas. La satisfacción futura se busca materializar en el presente por medio del deseo; es la imaginación de aquella satisfacción lo que se busca materializar por la razón, pero es imposible. “Desear algo con mucha intensidad” no hace que suceda; obrar para que algo suceda posiblemente no habrá de dar resultados y solo podemos *ser*. Si el mundo es imperfecto hay imperfecciones que habrán de destruir o deformar nuestras voluntades; y nuestras esencias no son inmutables ni resistentes en términos absolutos a la erosión. Pero la proyección de la satisfacción futura *no es la satisfacción futura* sino una proyección del deseo actual que intenta hacerse materia. Cuando lo logremos quizás no nos interese más; el ser humano vive en el presente por consiguiente el humano de ayer deseaba *la cosa* pero el humano de hoy ya no.

Recuerdo que Alejandro Dolina contaba en un programa que hay quienes “desean haber leído” pero no desean leer. El deseo es también la pulsión que busca reconfigurar el pasado desde el presente; “si hubiera hecho o dicho”; “si hubiera”. El pasado nos pesa pero con nueva información, en el caso de una apuesta de vida, ¿quién no diría eso? “¡Ojalá hubiera sabido los números de la lotería antes, por Dios, he fallado!” Claramente no decimos esto porque entendemos la aleatoriedad y la incapacidad de predecir números puntuales; ¿pero qué tan capaces somos de predecir el mañana? El mañana de lo humano que transforma lo humano y la materialidad y junto con todo esto su concepción de sí y del conjunto que a su vez transforma... etc. a cada “segundo”.

La voluntad natural e individual se mueve en el presente o es movida por

fantasmas o ilusiones. El ayer es el “haber leído” como si pudiéramos ir a aquel “tiempo pasado” y decirle a nuestro yo anterior “léé bruto”. Pero también le reclamamos a nuestro “yo futuro” al decir “imbécil, ¿por qué no vienes a contarme que caballo saldrá ganador en la carrera de mañana?”

La cosa se vuelve más compleja cuando entrelazamos lo que parece *absurdo* entre el pasado y el futuro, el presente y el ayer, lo que creíamos y las decepciones de vernos en el *ser* que nos dice “fue todo *una ilusión*” ¡Error! no hay ilusión sino la *creación* misma de nuestras mentes para atravesar los procesos; es la necesidad de una salida que resuelva todo esto, una aparición, un *Deus ex machina* o *salto de fe* para que todo *haga sentido*. “Hacer sentido” Que hermoso concepto, el *ser* simplemente *es*; el sentido es una función del deber y el “*para*”/“*por qué*” que se construye desde el *Beruf* y el deber moral para actuar como el poder fáctico dictamina; el orden general es solo un orden que prevalece por fuerza y adecuación de la mente individual al rendirse a poderes que le sobrepasan. Lo que *sucede* es únicamente *sucesión* y no necesita razón. La *razón* “*para*” la cual existir conforta al humano; busca “*ser*” en la razón. Pero busca “la” razón para conciliar el sufrimiento. En tanto y en cuanto una *razón* haya para vivir, vivirá. En tanto una *razón* haya para sufrir, sufrirá. El yugo de la razón se da en lo moral: el bien, las buenas obras, el sacrificio y en las acciones “por las cuales venimos a este mundo” (Predestinación una vez más). Los hijos, la felicidad (que ya desde la antigüedad se consideraba como “*la búsqueda*”), la familia, las experiencias, etc. Todo está contenido dentro del parámetro de *la razón*. Aquel que siente y existe por sí mismo poco puede conciliar los actos con la razón. Se le pregunta el porqué de su accionar y lamentablemente se entrega a la reflexión para justificarse con el exterior, con los otros y en lo general-cohesivo con *la razón* común instaurada. No hay un “*para*” y por ende no hay “*razón*” válida para guardarse para después.

Cuando el individuo se entrega a los placeres que se ofrecen pierde generalmente el foco y no vive el presente. Es una extraña forma de intentar condensar el deseo y la satisfacción pero siempre vive en el *después* o en el *para* (que son en definitiva planos del futuro *ergo* “construcción del deseo”). Al entregarse a las emociones intensas se busca contraer el pasado y el futuro para obtener una satisfacción en el hoy que abarque el padecer del ayer y lo que proyecta que padecerá. El ciudadano moderno proyecta, sabe que deberá volver a trabajar el *lunes* y por eso sufre; por ende “hagamos todo hoy que no hay mañana”, pues sí lo habrá (aun cuando no existe uno mismo en el mañana), pero los excesos son reactivos a la proyección del futuro que poco ayuda. En otras palabras aquella proyección del futuro es certera en el padecer y por ende

se materializan en el hoy el sufrimiento, la angustia y los excesos; porque ve o interpreta el futuro en otro rango. No vive en el hoy más que como contraparte al existir del mañana. “Comamos y tomemos hoy como si no hubiera mañana” Quizás no lo haya para el individuo pero lo habrá; es nuestra debilidad hiper personalizada la que hace asumir que obramos “desde nuestro deseo” cuando en verdad la presión del mañana condiciona el presente. Como he dicho antes respecto de las relaciones humanas, se considera al otro objeto; nos alienamos y mercantilizamos a fin de *invertir el tiempo para después obtener algo más*. El otro es solo instrumento para los fines del deseo y por ende lo percibimos como *objeto* y así deriva la interpretación del otro como propiedad privada; es así como la sociedad funciona en relación a los objetos, el capitalismo está basado en la concepción de la propiedad privada.

Pero al buscar la satisfacción es la persona (que racionalizamos como objeto) lo que se interpone entre el “yo” y la consolidación del deseo. “No *amo al otro* sino que busco explotar sus atributos físicos y obtener placer o sexo; el deseo no es por el otro sino por el placer carnal, el orgasmo, la conciliación del deseo inmediato para con el acto cúltime”. “No me entrego al *amor*, porque el *amor es el presente*, el amor está en *ser* en la acción de amar, la conciliación del momento material y racional en el mismo lugar se aplacan para entregarse a lo devocional del *ser* en el *ahora*”. La esencia del “*ser*” no se encuentra en la satisfacción del *deseo*, *no se busca la petite mort* sino el “*ser*” en ese instante sin “*después*”; *puramente en el presente conciliando lo material y la razón en el presente absoluto*. Si no buscamos el “*ser*” en cada momento el otro se transforma en un estorbo entre nosotros y el placer; y una vez concluido el acto sexual se vuelve un estorbo de nuevo. Queremos (erróneamente) *ser* pero siempre en el *después*. Y una vez que el pequeño *ser* del clímax desaparece no queremos nada más y la angustia prevalece; todo por un instante y ningún otro *instante-presente* fue más que esfuerzo para esto; la pesadez invade nuevamente. Nunca se quiso el *presente* sino el *después*.

Lo que llamamos evasión por medio del alcohol y las drogas no difiere en demasía de lo anterior. No es *evasión* sino presencia. *Ser* en el momento actual y no proyectar al futuro de obligaciones y cargas ni al pasado de desamores y culpas. Aquel que ha pasado por estos estadios de sufrimiento puede haber encontrado el estado *contemplativo*, una suerte de calma, una existencia de saborear el *ser* sabiendo que ambos planos del pasado y el futuro no son moldeables. Y de la misma manera el camino que conduce a la *fe* y la *esperanza* (a efectos de saberse uno humano, imperfecto, mortal y en manos de algo que es grandeza) es el *devenir* y nunca razón-acción absolutamente encadenada y calculada. La mentalidad especialista de calcular todo y

comprimir la existencia a números y cifras busca apoderarse de nosotros, porque esa esencia es la de la inversión y la ganancia, la del capital y el retorno, la de ganar o perder. Saberse en la imposibilidad de *transformar* el propio mundo crea algo similar a una *humildad*; saberse humano es saberse imperfecto. No es esto una excusa, porque la excusa sirve “*para...*”, sino por el simple hecho de “*ser*” y estar en conciliación: la idea con el ser, la mente con lo físico, los sucesos con los sentimientos, etc.

Cuando se presenta el *deseo*, se construye un imaginario dejando todos los demás factores constante, *ceteris paribus*, una y mil veces. El “desear haber leído” es transformarse a uno mismo, porque si el ayer cambia yo no sería yo sino *otro yo*. Aquel evento implica disconformidad con uno mismo. Y el deseo hacia el futuro busca *ser* sin el *ser presente*. Deseo aquello pero sin el proceso que conlleva. Pero es el proceso, como ejemplo, de leer un libro el que transforma y no el título de “yo he leído”. Es el proceso de escribir un libro lo que transforma y nada más. Una vez que el libro se termina pasa a ser obra muerta; no tiene más vida porque la vida se la damos nosotros; los humanos tenemos vida y las máquinas no. Lo que puedo hacer es tomar el libro nuevamente y leerlo, al leerlo entra en contacto conmigo y le doy vida a las palabras de aquel escritor que alguna vez fue un *otro* (tanto en sentido de otro ser individual que considero como una estructura independiente o el *otro yo* de mi pasado). Nos comunicamos en el acto de comunicarnos. El libro no existe sin el ser humano que entra en contacto con él. Por esta razón es que el deseo es falaz siempre, porque desea tanto en pasado y futuro pero sin entender lo que implica: desestimar el propio *ser/presente*. Porque si deseo la transformación del ayer me condiciono a desestimar el hoy y si busco la transformación del futuro solo tengo el *ser/presente* sobre el cual operar. No hay magia en esto pero sí un desprecio implícito sobre el *ser* actual.

La persona desea virtud sin el acto que la transforma en “*virtuosa*”; desea hacer música y pintura pero no desea la expresión, desea *el poder*. Los individuos en la modernidad estamos atados al *devenir* de una estructura de agotamiento sistémico, nos vacían, nos despojan de lo humano y la estructura está configurada por nuestras mentes; pero somos nosotros los que le damos vida a estas lógicas y decimos “es así”. Pero que siempre haya sido así no significa que deba continuar. Al perder el poder día a día se condiciona el deseo, buscamos la magia que nos transforme; no quiero alimentarme bien y ejercitar pero quiero la salud, no tengo tiempo para leer pero deseo saber, no puedo tal cosa pero quiero lo que de ella se desprende; por eso vemos al *objeto* como escape. Tener el libro, la máquina de ejercicio, el objeto *especial* para tal o cual virtud, poseemos en lo externo pero no contenemos un ápice de virtud; pues la

virtud es humana y no se desprende de las cosas. Hemos contraído el mundo para abarcarlo en la inmediatez y así contraemos todo a suponer una directa causa y consecuencia de todo; yo acciono y por ende el resultado es expeditivo y directo. Eso sería de tal forma si obráramos bajo la consciencia real o razón real en cuanto a la interpretación de nuestra humanidad pero operamos sobre planos siempre futuros que no retribuyen en el día a día el sacrificio y siempre es “*para después*”.

## La perfección

Una vida perfecta y un mundo perfecto es lo que se busca; lo perfecto y lo idílico. Pues es todo más que un deseo y de tal manera es compensatorio de carencias. El mundo está lleno de vida y experiencia sin que el deseo de algo por encima de lo imperfecto haga que todo tenga sentido. Nótese que lo perfecto se acerca una vez más a Dios; buscar aquello es buscar una entidad que no existe en forma antropomorfa con barba y túnica, no es Zeus ni Odín tampoco, sino la esencia de la *totalidad*. Pero si esa esencia *es*, entonces nos contiene a nosotros en ella porque es, claramente, la *totalidad*; por ende, digamos por un momento que existe tal perfección. En tal caso cada uno es una porción de esa totalidad perfecta, pero únicamente una arista. ¿Con qué propósito buscamos ser la *totalidad*? De serlo no habría vida ni muerte, no hay ayer ni hoy ni mañana, y en tal caso no hay razón porque no hay motivo *para* tal o cual cosa. La mecánica que utilizamos para entender la *totalidad* está contenida en ella; usamos un sistema filosófico que supone representar al tiempo cuando es el tiempo el cual nos contiene y moldea a nosotros y no nosotros a él. ¡Qué absurdo querer ir más allá de la causa-consecuencia directa de lo que somos!... demasiado *poco* humanos. Aquello de buscar lo *inefable* o el contacto divino es perder el contacto con el *ser*. No hay estructura de búsqueda sin el establecimiento de uno mismo en un punto; yo *soy* porque mi materia y mi voluntad (razón) están conjugadas en el *presente* que “está en mis manos” y de tal forma nace la pasión, el amor, el corazón. La cabeza y las manos necesitan a su corazón mediador. Pero me lleva a pensar que quizás sea eso mismo el corazón, la representación de la cualidad humana, que todo es amor, que el alma no *es* sino la circunstancia de la *síntesis* de la cabeza y las manos, que al estar en el *presente* nos transforma en el *ser* y del *ser* se crea el amor.

La actividad *zen* conlleva el hábito y de aquí se desprende la tranquilidad del pensamiento para *estar en el presente*. La emoción más fuerte o el *ser* real la he encontrado en la plena y fluida improvisación musical. No concibo un hecho más impresionante. Se nos dice o traduce de oriente que al quitar la razón uno entra en el estado de *no-ser*; pero tal *afirmación* que *niega* es incorrecta, el verdadero ser es la no razón. Pues la razón es construcción humana y todo lo humano es imperfecto; el *presente es* y contiene en sí al humano y su patética razón. Soy el “*ser*” cuando mi razón no se entromete. Soy cuando soy un loco, un niño o un borracho. Soy cuando *estoy aquí*. Tan poco soy pero en esa aceptación soy al menos ese poco.

La búsqueda de lo perfecto no nos compete a los seres humanos. Ir en aquella dirección es siempre una búsqueda de concreción en la asíntota; suponer perfección es traer el concepto de *alma perfecta* sobre la mesa para decir que de ella se desprende lo que he creado. No lo sé; pero al pensarlo ya he dejado el foco sobre el *ser* y me enfoco en el *representar*.

Todo lo que es *obra muerta* nos condena. Aquello que llamamos *capital* nos persigue. No me refiero aquí a la avaricia y la acumulación sino a la cosa material con su representación. El *capital* u *obra muerta* es la pieza grabada en un disco; no *es* más que el vestigio de un momento que no *es*. El momento ya ocurrió y nos queda la sombra de aquello que fue tan brillante y aún continúa destellando levemente; nos conformamos con aquello porque el presente constringe y el futuro que “vemos” nos condena. Las *fotografías* son prueba de tal cosa; como hemos recurrido a la asociación. Lo que en ellas aparece decimos que “*es*”; ¡porque allí está *la prueba*! Pero alguna vez *fue*. Y vivimos por ello por lo que alguna vez fue pasión, por lo que alguna vez llamamos amor y quizás era o no, posiblemente sí o tal vez nos equivocamos, ¿quién podría saber? El pasado es un misterio para el cual *creamos* memoria; es la necesidad de auto-preservación, el miedo, el temor, la debilidad, etc. Los valientes y los héroes mueren porque existen para sí mismos y su voluntad y no para los demás; no habrá de padecer el yugo de lo vulgar y la debilidad. Sigfrido no podrá contener su deseo de ser *él mismo*. El humano se ha vuelto competencia de resiliencia a la cucaracha que más de trescientos millones de años tienen sobre la tierra. Se transforma para sobrevivir; pero sobrevivir no es *ser*. He aquí la crueldad que representa uno como otro y el individuo se entrega a la representación que se le impone “sobrevivir es vivir, sobrevivir es vivir” se dice mil veces. ¿No es acaso hipocresía preguntarnos respecto de los valores hoy en día? “¿Qué ha pasado con las viejas épocas del respeto y la moral?” Sin juicio de valor al antes ni al ahora, ¿en qué cabeza cabe que en la no-ética de la economía, que es poder fáctico, y en la subsistencia hay un lugar para el desarrollo de la ética y la humanidad? Toleramos las guerras, las muertes, los genocidios, las torturas, los secuestros, las crueldades organizadas, la codicia y todo en nombre de la subsistencia.

El valor humano no está en el ayer ni en el mañana, se encuentra en el acto del ahora; el valor y la determinación del *ser* que existe en sustancia *presente* y ninguna otra. La fotografía es algo representativo de lo que fue, es obra muerta, es materia de goce pero no es la realidad pues lo *real es presente*. Cuando escribimos y pintamos, cuando cantamos y bailamos, al amar y al cuidar, al gozar y al hacer todo es en ese momento en el que *transformamos* la realidad al vivirla. Por tal *hecho*, y no por *la razón*, es que nosotros, los seres vivos,

integrarnos nuestra vida en *la materia*. Pero esa vida se da mientras la materia se ve transformada por los seres vivos. No existe la *creación* del trabajo sino que solo existe la acción de *trabajar*; la *cosa que se crea en la razón* no existe, es más que ficción, por ello me aterra cuando escucho “crear empleo”, “crear trabajo”; siendo que existe el trabajo cuando existe la acción de trabajar, todo lo demás es condicionante del acto y busca reforzar las cadenas sobre el individuo. El amor no existe sino el *amar*; pues nada puede *contener el amor* sino restringirlo. El tiempo *no es* sino en conjunción a la acción; no contenemos el tiempo en nosotros, no nos pertenece y el reloj solo lo representa en forma “racional”; el calendario cambia de forma y nos decimos que “ese es tal día” pero solo es como lo llamamos. Sea el calendario maya, azteca, los años para las diferentes culturas, todo está en la búsqueda de encontrar una *forma perfecta* pero de *representación*. Tal cosa nunca será y allí el placer de vivir en el *ser* y no en el potencial que se supone perfecto. Al buscar ser el *yo perfecto* entramos en directa contradicción con nuestra humanidad. Ser los más hermosos, los más fuertes, los más talentosos; todo es un simple *deseo* y el que tiene *deseo* es porque no contiene dentro de sí la *totalidad ergo*; la búsqueda es la prueba de la imperfección. Aún peor es la búsqueda de la belleza humana, lo *mejor* en la categorización y la competencia. La pasión y el verdadero potencial humano, la expresión, el amor y el arte no pueden ser categorizados. Maldigo la banalización del *amor* con frases y analogías burdas y masivas que apelan a ideas y no a la cosa misma. Dejemos de explicar la pasión y vivamos a tal efecto; pero no en su construcción de la *razón* sino en el *fenómeno* que contiene la emoción. El amor es amar y no la letra de amor que acompaña unos cuantos acordes.

¿Qué es vivir? La pregunta misma lleva a la confirmación de que no hay satisfacción real en el *ser*. No viene esto a un pesimismo o un nihilismo sino a notar evidentemente que “*el*” *vivir* no existe sin, como dije antes, la acción de vivir. La perfección no existe, sino en la integración de nosotros a la acción que da vida a nuestro todo. Pero solemos externalizar todo o intentar materializarlo desde la razón. “Tengo tiempo”, “tengo amor para dar”, “tengo...” , soy el tiempo, soy el amor, soy el cansancio y el dolor de espalda de estar sentado escribiendo, soy una sustancia compuesta por ese todo. El dolor es mío y no una cosa ajena que me daña; la pasión es mía, no existe materializada sin mí, todo aquello que vivo y siento ha de *necesitarme* para existir. Cuando me refiero a la música sostengo que ella no acarrea en sí *la emoción* de la pieza sino que hace reverberar las emociones que en el oyente se encuentran. La emoción es la sustancia del oyente que se re-configura ante el contacto con las melodías pero no es en sí la música *la emoción*; porque la emoción no se

contiene y solamente “*es*” en el *ser*. El sentido de pequeñez que deriva de las fuerzas ajenas a lo humano, estos sistemas cohesivos que imparten la lógica de lo material sobre lo creativo y la expresión, es la causa de aquella búsqueda de lo perfecto. Porque la búsqueda de contener más en uno es la imposibilidad de producir o crear desde uno. Aquel que “*crea*” crea arte y aquel que *transforma* trabaja la materia. Cuando ambos elementos suceden, el *crear* y *transformar* deviene el *ser*. No significa que *transformar* sea una operación manual; la danza, la poesía, la música transforman el espacio y nuestra percepción del entorno, modifican el aire y producen vibraciones, nos conectan con las personas, ¡integramos la empatía al ver al otro como humano y no como un *trabajador-consumidor*! Porque aun cuando lo perfecto no existe nos rodeamos de *personas* y no de herramientas de las cuales emanan la plusvalía, la ganancia, el interés y el “*para*” de algún propósito.

Cuando un individuo está fuera del *ser* puede condicionar a otro, y a otro, y a otro. Es el encadenamiento de esa lógica de efecto dominó lo que termina retroalimentando la incapacidad de ver humanos y todos nos volvemos enemigos; esto es el “egoísmo”, fundado en la desconfianza junto con el dolor del tiempo pasado que impone ser áspero y cruel en el presente. Por esta razón odio la exacerbación de arquetipos de humanos duros, que están hechos de piedra y no tienen sentimientos. Hacemos una oda a la deshumanización y acabamos con todo lo que vale la pena para luego buscar ... ¿lo mejor? ¿lo perfecto? ¿la vida feliz? Hacer gala de no tener emociones es lo más vomitivo y deshumanizante que puede haber. El ser humano siente porque vive; quien no ha de sentir lo que le sucede es una máquina y las máquinas son los mejores aliados de un sistema que nos esquematiza y busca acumulación material.

Relegamos el *ser* para buscar lo perfecto. El humano estúpido se ocupa de subsistir relegando el vivir. Miedo y angustia le provoca, y se encadenan con el miedo y angustia de los otros. Nadie es sincero con esto. Nadie quiere ver la tristeza y el horror porque eso los entristece; por ende la *realidad* en su *totalidad* los entristece; por lo tanto buscan una *totalidad* que no incluya aquello que les entristece. La hambruna y el dolor, la guerra y el padecer les llenan de angustia por su inacción; sea por miedo o por continuar sus mismos procesos de autoafirmación : “yo he hecho, hago y haré todo *bien, siempre*”. Si la realidad se compartimenta para ver lo más beneficioso, entonces es el patetismo de la imperfección y el autoengaño. La realidad *es transformación y creación* humana constante. El “*optimista*” dirá que todo es bello y que la vida vale la pena vivirla. El “*pesimista*” dirá que todos estamos condenados no importa qué hagamos. El verdadero *humano* poco interés tiene sobre si el vaso está medio lleno o medio vacío; el *ser humano* buscará lo dinámico y el

cambio, habrá de llenar el vaso. La condición estática es categoría de lo abstracto y solo se contiene en imágenes, fórmulas, grabaciones y videos. Lo estático es obra muerta, lo que puede ser repetido una y mil veces es algo que no *es*; no tiene *esencia*. Por eso el *arte* nos diferencia aun cuando no sea la perfección; es el estadio superior de nuestra esencia. Y no puede ser abarcado por el vaso medio vacío o medio lleno sino por la acción dinámica. Porque lo dinámico lo contiene a él. Lo dinámico es el tiempo y el tiempo *es* “*ser*”. No existe lo abstracto del maldito vaso. Existe el “*yo*” viéndolo y no haciendo algo al respecto. Igual que la injusticia se ve y se dice “no puedo hacer nada”. Nos deshumanizamos y despersonalizamos; “sí pude y no lo hice por miedo, por necesidad, etc.”. Aceptemos los condicionantes, no nos digamos que somos libres. Porque lo único que es libre es perfecto; nosotros somos humanos.

## El lenguaje universal

¿Cómo es que asumimos que el universo es estático? Algo puede ser universal porque pertenece al universo pero no puede ser universal porque no contiene a éste dentro de sí. Cuando escucho las referencias respecto a la música como lenguaje universal siento una verdadera preocupación. Lo artístico no puede ser universalizado; lo que se universaliza son las *ideas* y las normas que se constituyen en base a tratados, lógicas, formas de escritura y representación. El lenguaje *humano* es el de la superestructura lingüística y la *creación*. Pero no hay una sola forma de representarlo. Cuando se habla de amor y se *muestra* el amor veo tanta simbología, tanta representación chabacana. Para las circunstancias favorables todo es amor; yo quiero las circunstancias de batalla, aquellas en las que se comprueba quiénes están *para* uno y quienes le siguen hablando de sus propios problemas. Con la música no es diferente. Contraemos todo a lo que parece que abarca todo. Hay un punto de suma importancia que he dicho anteriormente y repetido en varias instancias de cómo los símbolos han fagocitado al *objeto representado*. La partitura, la grabación, el lenguaje musical (notaciones) y la representación en general no son “la música”. La música, al igual que el *trabajo*, no *es* en ninguna forma abstraída del ser humano. Nosotros *somos*; es la transformación que hacemos nosotros del poder *creador* y lo plasmamos por representaciones. El aire para el canto, los colores que se combinan en la pintura, el tallando de la madera, la escritura de una poesía, etc. Una vez que los sonidos son puestos en una grabación se vuelven *capital*; son obra muerta. Es por esta razón que la música y artes en general se han degradado al mercantilismo. Confundimos lo vivo del artista y nuestro *ser* en el acto humano de vivenciar, con los sonidos que produce un objeto y refleja una arista de lo que es *la música*. La tecnificación y la digitalización nos han unitizado para escuchar en soledad; al igual que las películas, los servicios de video y demás. No es esto un mandato a quemar nada ni a nadie; no profeso la destrucción de las máquinas y los potenciales. Solo *recategorizo*, o busco descategorizar, utilizando los términos correspondientes a cada cosa de la realidad. Por eso amo la pasión de ver al niño tomar un instrumento; el intento de cantar y errar, las emociones que emana la criatura cuando disfruta de bailar, canta con pasión y desafinado pero *es verdadero* canto, baila de forma graciosa e intenta hacer tal o cual cosa. Lo mismo con los estudiantes de cualquier estilo de música; no quiero una grabación de un gran artista que haya vivido hace décadas. No significa que no pueda disfrutarlo pero quiero escuchar lo vivo; aquello que es presente, aquello que *es* humano. Quiero escuchar las pasiones

de los otros seres humanos por medio de lo más elevado que tenemos: la representación artística. No quiero *lo perfecto*, quiero lo que *es*, nuestra *humanidad* no es la crueldad; eso está solo en la falta de corazones y en las máquinas. Deseo lo que es irregular y a destiempo; quiero el error no por condenar al músico sino para que podamos todos entre sonrisas otorgar la mirada cómplice que dice “*somos humanos*”. ¿Por qué las apologías a lo perfecto? El proceso técnico es definitivamente una necesidad; pero cuidado, el estudio de la técnica y la teoría solo sirven para que tanto uno como otro no se interponga con la capacidad de expresión que nace del individuo; y solo sirve para eso. Si vuestro pensamiento viene apoyado en “ser bueno *para...*” es por la simple *razón* de que estamos impuestos a un sistema que mercantiliza todo y no hay expresión, especialmente para aquel que vive de la expresión. ¿Cómo se espera conservar el valor humano y la capacidad de leer e interpretar si no dedicamos el *tiempo* a algo más que a la productividad? No quiero lo excelso, quiero lo *real*. No quiero imágenes de tiempos que existen sin mí; quiero contener la vivencia en mí y que sea solo mía, la verdadera nota, sonido, fonema, cadencia y tesitura que se proyecta en un espacio que comparto con otras personas. Nadie tendrá eso; será mío en aquel momento y en aquel momento muere. Es la muerte lo que nos preocupa, deseamos retener el todo, abarcarlo, un simple reflejo al consumismo y la lógica de acumulación, “mío, tuyo, propiedad, etc.”. Nos buscamos contemplar dentro de los *finés*, los *para* y los *por qué*, suponiendo que hubiera un fin; no hay fin. Nosotros contenemos el fin porque somos finitos pero no lo es el universo. Pero el común de las personas no habrá de permitirse comenzar un viaje si sabe que no va a terminarlo. ¿Para qué? Si no puedo llegar de un punto a otro es un *despropósito*. Pues siéntate y espera la muerte amigo mío o ríndete a *ser*. Somos transición y esto nos acecha a cada momento, por ello la necesidad de retener un momento que al intentar retenerlo se escapa. No sucedía esto en antaño por obvias razones en las que solo había reproducción humana; sin imprenta, sin grabaciones y sin videos, etc. No se mal entienda, una vez más, no es *la cosa* lo que me preocupa sino la representación que hacemos de ella. “Escuchar música” puede ser tanto sentarse a escuchar una grabación<sup>17</sup> o dejar sonidos de fondo, pero claramente no son lo mismo. Pero *ser* en la música es estar en el momento de su vida y no importa si se está ejecutando el instrumento o si se es oyente; está uno “siendo para” la expresión. No busca el

---

<sup>17</sup> Más allá de la expresión de “escuchar música” quiero dejar diferenciado que no considero “música” a las grabaciones sino que son eso mismo: grabaciones de sonidos que se ven reproducidas por una máquina de manera analógica o digital. La música *es* siempre presente y por ende humana.

verdadero artista escucharse y volverse a escuchar y escuchar su voz nuevamente. Me parece absurdo y patético. Quiero más, mi *egoísmo* me lleva a escuchar al niño, al otro y a cualquiera que desee contarme. No es la *perfección técnica* sino el verdadero relato del otro por una estructura *no-informativa*. Quiero expandir mi consciencia por medio del entendimiento del otro. ¡No quiero su razón sino su pasión! Nos encadenamos a la velocidad, la intensidad y las muestras pomposas de imagen para dar el relleno a construcciones, productos y en definitiva *mercancías*. No entiendo por qué habría de querer escuchar mi propia voz a menos que pueda colaborar a beneficio de todos; quizás cambiar el entorno para beneficio personal. Pero desde un *egoísmo* real, es decir, que en verdad me intereso en mí, yo solo quiero conocer más. Si ya conozco mi voz y mi expresión ¿Por qué habré de expresarme? A menos que haya una motivación económica claro está, a menos que alguien más quiera escuchar lo que tengo para decir, claro está. Por fuera de esto no encuentro la necesidad de buscar “quién es el mejor” o lo que sea. Quiero ver como el niño comienza a caminar para poder disfrutar de lo que *soy* al contemplar lo que *es él*. Ver al mundo de manera universal es terrible, quiero ver las diferentes aristas y ser siempre ignorante. El placer de la ignorancia no es ignorar *per se*, sino *saber* que habrá algo más cada día para *ser* aprendido, siempre algo más por lo que levantarse a mejorar y pelear. Tal como con el vaso de agua, no veamos lo estático, veamos lo dinámico pero siempre en una acción que concilie la satisfacción del hoy y la lucha por un mañana cercano. Sigamos con la música, de la cual siempre se parte de lo particular y se generaliza. Decimos que la música es un lenguaje universal cuando todos los lenguajes, si existen, son vivos y si son vivos se modifican/transforman. Pero “es una forma de decir” pues está mal y terriblemente mal. Cuando hacemos esto homogeneizamos la realidad y la reducimos a una pequeña porción del todo. Nos volvemos una cosa pequeña que intenta contraer lo inabarcable. Pero permítame algunos ejemplos y quizás sea todo más sencillo. Lo que llamamos música clásica generalmente proviene de Europa, aun cuando existen otras músicas clásicas que corresponden a otras culturas. La música clásica de la India existe, como también la música clásica de Irán o de Turquía. Al igual que las músicas folclóricas de cada territorio que difieren entre sí, en la mayoría de casos están no solo conectadas sino que se extienden por fuera de los límites de los Estados-nación. Acondicionar la idea de Estados-nación como un paraguas que *contiene* a las diferentes músicas es otro error. Los formatos organizativos de la modernidad nada tienen que ver con la tradición y la cultura; los seres humanos no somos *el nacimiento bajo un sol* sino lo que nos constituye en conjunto de la sociedad, el territorio, las pasiones, los dolores, la felicidad y un

conjunto que no es absolutamente heterogéneo con las banderas. Utilizar símbolos como éstos (las banderas) son la misma cuestión. El símbolo se ha devorado al objeto en cuestión. ¿Acaso la bandera representa un pasaporte? ¿Representa acaso un límite político? ¿Una cultura o un idioma entran en una bandera? No somos categorizables los seres humanos; no somos una nacionalidad y quizás *si habitamos un lenguaje* pero cada uno lo desarrolla de manera diferente. Cada uno expresa *sus* penas y sentimientos aún de manera diversa a sus coterráneos. “Habitamos un lenguaje” decía Cioran, en parte; pero si es lenguaje vive y si vive se transforma; en tal caso no es más que continuidad y nunca estático. Ya he dado ejemplos de cómo un inventor es casi un “*encontrador*” en otro idioma; ¿no transforman aquellos fonemas la manera en que entendemos la realidad? En cuanto a la música misma no sé a qué universal nos referimos. No logro comprender o quizás me limito a degustar las diferencias y no atiendo a notar lo universal; a menos claro, como ya he dicho, que nos enfoquemos en que todo “*es*” cuando “*es*” humano. Por ende lo que lo hace universal es la *humanidad del arte*.

Quizás sea propio destacar que el sistema de la organización musical armónica europea no es el único que existe en la tierra. Las doce notas de la escala cromática solo comprenden doce notas de la totalidad de los sonidos que pueden ser producidos. El ser humano puede captar frecuencias entre 20 Hz a 20.000 Hz ; pero no significa que esto sea todo lo que existe, hay otras frecuencias. De la misma manera hay otras formas de *ver* el mundo según el rango de ondas que podamos percibir. Al dedicarle un momento de pensamiento nos basta con decir que todo puede ser una nota y quizás, para la representación, podemos tomar cada hercio y hacer una nota. “¡Qué burdo!” dirá; posiblemente nada demasiado perceptible suceda. Pero solo quiero marcar el punto de que hercio es representación de la *cosa* pero no ella en sí misma. Cuando nos interesamos por un estilo de música de alguna región que escape al mundo mercantilizado encontramos diferencias y aproximaciones con otra poesía tanto en lo técnico como en lo estilístico. La música de Anatolia y los países árabes se compone de *makamlar/maqamat* (*makam/maqam* en singular) que son inabarcables bajo los conceptos occidentales. Pero como simple referencia le diré que están compuestos por microtonos, entre 24 y 53 “notas” teóricas y que también se puede entender tomando órdenes de las *komas* pitagóricas.

¿Cuánto potencial se abre frente a la capacidad de tocar no solo 12 sino 24 o 36 notas? Claramente hay mayores recursos; esto no implica un juicio de valor sino el contraste, la diferencia y ahí es donde se encuentra el placer de ser humano, volvernos *incategorizables* y así ingobernables.

Cuando se intenta hablar un nuevo idioma sucede lo mismo, los sonidos del idioma árabe contienen fonemas guturales que parecen tener diferencias sutiles para aquel que no está acostumbrado pero para el nativo siempre serán obvias. Al decir “che”, aun aquellas personas de habla hispana, suelen darle un énfasis diferente al que le corresponde en el modismo del Río de la Plata. No significa que esté mal sino que es otra forma. Si la manera de representar el mundo es comprimiendo para que nos engañemos al decir que algo es “universal” y que por ende “contiene el todo” dejemos de representar y categorizar cosas y dispongamos nuestras vidas a crear lo incategorizable.

Con la música de la india sucede lo mismo, tanto indostánica como carnática, que reflejan momentos, estados de ánimo y están compuestas por analogías con pasiones y dioses. ¿Cómo expreso el sabor de algo? “¿Qué gusto tiene la sal?” (pregunta Carlitos Balá) “Salada” es la respuesta y no habrá más que decir. Encuentro tanto en común entre la música y la cocina. ¿Cómo se explica el uso de las especias a quien nunca las ha probado? Se le hace probar; simple y claro. No hay razón sino experimentación o fenómeno del conocimiento.

En esto unas palabras clave porque lo que es *informativo* no es arte; lo supra-lingüístico lo es y nada más. Con esto quiero decir que la representación no es arte *per se*. El detalle de un objeto no es arte sino la mirada que reinterpreta lo que *es* por lo que *es* también pero no se ha *dejado evidenciar*. En otras palabras, *descubrir el velo* de lo que *es* arte contenido en otra forma anterior. El ser humano transforma *la materia* y la vuelve *arte*, *crea la representación* para expresarla; no hay otra función real que nos contenga a nosotros y a nadie más.

Las máquinas avanzan y la tecnología mejora, se dice cada uno “pero siempre habrán de *necesitar...*” porque sabe que lo que dirige el mercantilismo es la necesidad y no lo *real*. Todo puede ser una acción de máquinas y dejar a los humanos hacer lo que mejor hacemos: arte. No la guerra, no la crueldad organizada y no a las armas. Esos son negocios que requieren la *razón belicista* y que nos sigamos diciendo “el ser humano siempre vivió en guerra”. No, la codicia y la manipulación organizada a base del miedo dieron frutos siempre y en especial en la era de la manipulación de la información. Por esta razón, al menos, debemos dedicarnos a ser humanos porque lo demás es aceptar que somos máquinas.

Lo que hoy en día vemos como *arte* es una representación estética de lo que alguna vez fue expresión humana. No es expresión sino la *mercancía* debidamente constituida para apelar a la emoción del consumidor. Se da lo que se quiere escuchar; así como el niño pregunta ¿va a estar todo bien? Y se le miente al decir “Sí, yo estoy aquí y todo va a estar bien”. Se consume para

buscar una falsa empatía en el conjunto y en lo común; encontrar un apelativo pseudo-cultural que parece contener las emociones que en mí radican y puesto que yo soy en un momento y espacio, estoy condicionado a percibir aquello como mío (proyectando para encontrarme en las expresiones pseudo-culturales de lo general). Se constituyen impulsos, deseos y se condicionan a escuchar aquello que se bombardea con anterioridad; se prepara la perceptiva para que solo se puedan entender los niveles más básicos de “expresión”. Es poco diferente al mensaje del *líder* que profesa la salvación frente al miedo y la perdición que trae el *otro*, el *extranjero* o “aquel que viene a acabar con nuestra forma de vida”. Los mensajes más básicos se diseminan y prenden rápidamente como pólvora. “Ellos o nosotros”, “los buenos y los malos”, “vida o muerte”; bajo toda condición es terrible que una cosa deba ser tesis y otra antítesis. El mensaje más básico apela a lo común y a la muchedumbre; pero es el *miedo*, pues no hay nada más *universal* que esto. De la misma manera se producen *mercancías* musicales que intentan acaparar la mayor cantidad de consumidores; no se busca el avance y desarrollo del arte, la expresión y las pasiones sino el consumo masivo. Esto no es esnobismo ni un ataque a lo popular sino al reduccionismo. Contemplar la música con fin *mercantilista* no es hacer arte sino *mercancías*; tal es el caso que se pierde el valor humano, se *deshumaniza el arte* y de tal manera nos preguntamos: “¿cómo puede ser que los chicos no lean y no entiendan?” Hay quienes han visto al arte terriblemente herido, que vieron el acto de agresión y degradación y aun así tienen el tupé de emitir comentarios al aire como si fuera que alguna vez se molestaron en, mínimamente, *agarrar los libros*.

En definitiva no hay lenguaje universal; y es más tampoco hay lenguaje estático. Todo lo que *es* pertenece a la categorización que nosotros creamos de ello y si *es* está vivo, es cambiante y finito. “Esto *es*...” y así líquido y cambiante las cosas fueron, son y luego serán. El intento de abarcarlo todo en una categoría es negarlo todo, porque cuando *creamos la idea* de la *totalidad* nos vemos a nosotros mismos diciéndonos “contengo el todo”. No veo a la gente escuchando todas las músicas del mundo, desde el canto polifónico o la curiosa afinación del gamelán hasta los ney de los países árabes o la lyra de Creta. Universalizar es ignorar y en eso somos expertos; sea en gráficos, conceptos, ecuaciones, partituras o tratados filosóficos. Dejamos fuera el mundo que no nos sirve para decirnos “todo está bien porque toda la realidad está contenida aquí”. De allí el problema de aferrarnos a cosas que no tienen vida, desde objetos hasta grabaciones, la vida del arte *es* en cada *ser* humano.

## Sobre la libertad y la necesidad

La acción humana oscila entre estos dos elementos (libertad y necesidad), tal como una línea que conecta dos puntos absolutos y el ser humano se sitúa dentro de aquella línea. No existe la libertad absoluta ni la necesidad absoluta. Si bien esto podría pasar por lógico, y del *sentido común*, no es la representación más valedera de la realidad. Volvamos sobre el empirismo y por ende a enfocarnos en materia y en la acción, lo fáctico; conocemos por la recopilación de los hechos, causas y consecuencias que aparecen en *conjunción*. Como he mencionado antes, “comer la sandía” o saborear la sal, estas ideas se condicen en gran parte con las que existen en la vieja filosofía de oriente. La libertad es un potencial mientras que la necesidad es un elemento que opera en los planos de transformación y de creación; es decir, de lo físico y lo metafísico. Considerar la libertad como factor por el cual el ser humano obra es un absurdo. “Hago porque puedo”. Que exista el potencial, es decir, la libertad de hacer tal o cual cosa no implica la acción. El suicidio siempre está en la capacidad de cada ser humano pero no se obra por la libertad que existe para tales efectos. Poner la vida en riesgo sin propósito alguno también se encuentra entre las posibilidades, pero hacerlo por el hecho de *poder* hacerlo se supone una tarea absurda. Entonces el ser humano no obra direccionado por la libertad que es únicamente la extensión de la capacidad. La libertad se representa en términos *positivos* con una carga de *lo bueno* porque es extensiva. Pero en su misma forma implica una limitación. Una vez más, hablando en términos de los grandes números o extensiones, la libertad existe como factor deseado en función de una contraposición con las restricciones. Cuando la libertad es llamada a actuar es por la necesidad de extenderse, aun cuando sea únicamente la autopercepción de una necesidad y no haya nada más que la individualidad de la persona que desea la libertad. Pero es en sí un deseo. La libertad existe en términos relativos a lo imperfecto; es decir, al ser humano. La libertad de crear el mundo no existe, sino transformarlo, la libertad de *crear* arte estará limitada por el *tiempo* y no por la aparición, la epifanía o las musas que tocan al *ser* humano para dotarlo de un momento de creatividad (*crear*). Si nos declaramos libres nos estamos desprendiendo de nuestro cuerpo humano y sus condiciones. No es lo bueno o lo malo aquí; nunca lo fue. Solo el *ser*. Pero el foco no es la libertad y su contraposición no es la necesidad sino algo más de la conexión misma de los elementos. Cuando se considera la necesidad se apela a lo malo o similar en base a los elementos de interpretación de occidente; en parte en la forma económica, la mente racional, positivista y

utilitarista que dice “necesitar algo es malo”. Hasta cierto punto, carecer de alimento y abrigo no será agradable; y en su totalidad tampoco. En definitiva no me refiero a la desgracia humana en esos términos materiales porque son un absurdo creado por la economía. La producción agrícola abarca la capacidad de alimentar a 10.500 millones de personas, ésta es la producción actual de alimentos en el mundo; aun cuando somos alrededor de 7.600 millones de personas hay hambrunas y una de cada siete personas sufre desnutrición. No hay un problema de producción sino de distribución. El desperdicio y la concentración son parte de la lógica *creada* para distribuir los recursos. Como he dicho anteriormente: aquello que transforma la realidad es lo que produce y es únicamente *el trabajo*. La *creación de la riqueza* es el concepto abstracto que es la representación de la *transformación*; que es únicamente por medio del *trabajo*. Dejando esto en claro, el trabajo transforma/produce y la economía *crea* la idea de cómo se debe distribuir. Son dos cosas absolutamente diferentes. Espero que con esto dejemos de lado el eco-fascismo.

La necesidad no es un absoluto “malo” o perjudicial para el ser humano. Y de nuevo, no enfoque en carencias materiales. Porque si bien existe la *necesidad* de transformar la tierra para mejorar la calidad de vida también la necesidad de otras formas puede ser un impulso fantástico. La necesidad de afecto y cariño existirá y no es un detrimento *per se*; lo terrible será no encontrar tales atributos que correspondan para saciar la necesidad. La *necesidad* de expresarse a través de un poema no va en detrimento de la salud ni el pasar de nadie. La necesidad de cantar, bailar, leer y discutir al respecto de la filosofía de vida no son por sí mismos componentes que dañen a otros ni al individuo que degusta de aquello. La necesidad, entendida por fuera de los términos economicistas (y es éste el problema, salir de aquella cabeza) es lo que impulsa a *crear cultura*. Que quede claro; no hago aquí oda a la *necesidad* y carencia material, sino al impulso individual de la expresión. Que haya algo que *necesite* salir del individuo implica que hay algo para contribuir en la expresión, emoción y *re-presentación* del mundo. “La necesidad es madre de la invención” en tanto y en cuanto no sea un carencia material; podemos decir que la necesidad de *ser*, en el humano, por medio del impulso hacia la *creación*, es siempre un proceso benéfico. Encuentro dentro de estos elementos un dualismo, que se hace obvio y me causa algo de intriga. “Todo lo bueno tiene algo de malo y todo lo malo tiene algo de bueno” Esas zonceras que intentan asemejarse a filosofía, que pueden encontrarse en clichés y modernismo mercantilistas, me causan desesperación. Los conceptos de bueno y malo son órdenes morales de nuestra región y en especial se concentran en los dualismos. “Ellos o nosotros”, “el bien y el mal”. No existe uno ni otro en

términos absolutos sino que son únicamente la medición utilitarista de cada momento. “Buena suerte, mala suerte, ¿quién sabe?” En cada *presente* la rueda cambia. La confusión a esto no se refiere a un *nihilismo*, tal como si se dijera que “nada importa”. Al contrario, no es una afirmación sino un llamado de atención hacia los determinismos y el absolutismo. En nuestra porción del mundo y con la filosofía europea adoramos los absolutismos a su vez relacionados con la romantización del idealismo.

Si la necesidad no es lo opuesto a la libertad es por el simple hecho de que ella radica en el ser humano y la libertad es solo una medida de extensión. El artista que posee todas las capacidades de desarrollar majestuosas obras no las realiza por *la libertad o potencial* de realizarlas sino por la *necesidad* que aquello le conlleva. En parte desde su deseo individual y en parte desde la *necesidad* material. El primero radica indefectiblemente en el *ser* mientras que lo segundo es la relación con las externalidades que lo condicionan a obrar. Si obramos por una razón, esa razón está compuesta por la búsqueda de un resultado (o consecuencia) de ser así esa acción es un “*para*” y dependiendo de la proyección nos condiciona en el hoy, por ende es una necesidad.

Ahora bien, he mencionado la historia del estudiante que pregunta “¿Qué es Buda?” y recibe las respuestas de “las flores” y “la mierda de caballo”. Cuando tales cosas aparecen la mente racional de occidente dice “todo es lindo, el mundo es maravilloso” y demás sandeces. Lo que no se percibe, generalmente, es una *necesidad y causalidad* en la *dialéctica* de todos estos elementos. Quizás sea por nuestro período del oscurantismo en el cual no se desarrolló la filosofía o quizás por el desarrollo de las sociedades en oriente; no haré aquí un tratado histórico. Pero es preciso entender que la *cosa* por sí misma no *es* sino en función de un contexto. Las flores serán “lo bueno y lo bello” mientras que “la mierda de caballo” será lo malo y desagradable. No se ve la relación de uno y otro en cuanto a la *necesidad* de uno y el otro entrelazada. Nos enfocamos en los *resultados positivos* (utilidad) y disociamos la *necesidad* que aquello conlleva. Lo mismo sucede en nuestra realidad positivista; nos enfocamos en lo bueno y descartamos lo malo; lo hacemos prescindible u ocultamos. He dicho esto sobre la forma en que consumimos; el animal debe morir para que yo coma carne, quiero la carne y no la muerte de aquel. Quiero todos los beneficios de los plásticos y no *ser responsable* de lo que sucede en el mundo. Quiero ver los beneficios del sistema económico que profesa libertad pero me niego a ver los condicionantes sistémicos que lo regulan y crean condiciones cada vez más perversas. Quiero ver lo *lindo* y *consumir* pero quiero disociar tal hecho de aquel que está en las calles mendigando. Pero sobre todo busco conciliar tales hechos a efectos de “él se lo buscó”. “Ver lo lindo” es caer en la

pasividad del “vaso medio lleno”, hay que tomar postura, ser *partisano* y no *indiferente* para llenar el maldito vaso.

Pero volviendo a la necesidad en su forma general; la función de los ciclos es lo importante. Nuestra forma pasajera de medir los tiempos, “la buena o mala suerte”, no contempla los espacios que dejan entidades superiores como la existencia de la naturaleza, en su conjunto, o la tierra misma. Lo *malo* que existe en la mierda de caballo será lo necesario para lo *bueno* y bello de las hermosas flores. Lo bueno y lo malo son netamente estéticos<sup>18</sup> en este caso. No ver lo *necesario* de uno para con el otro es exclusivo del sesgo del tiempo y la *causalidad*. Necesito alimentos para vivir y la flor necesita de los nutrientes de la tierra para crecer, para ser luego alimento, para volverse nutriente. La *necesidad* entonces es “*condición anterior para*” un resultado. Porque nada, absolutamente nada, excepto Dios es autosuficiente. Cambiar el circuito de la libertad por el de la visión de nuestra propia necesidad no es enfocarse en lo malo; es enfocarse en el *ser* y en la *totalidad*. No son *dos* elementos que componen al *ser* sino que estamos apalancados en un pensamiento dual que transpolamos para entender la mecánica del mundo. Interpretamos en opuestos y ese mismo componente, esa herramienta y arquetipo que está arraigado en nosotros, busca perpetuarse. Por ende hace todo una contraposición. “El bien y el mal”, “el cielo y el infierno”, “ellos o nosotros”, “la guerra y la paz”; la lógica dual impera sobre la filosofía de occidente porque se busca la categorización y la homogeneización. Es algo que impera sobre algo. Es en parte la forma en la cual obramos por nuestro egoísmo; “actúo de manera egoísta porque si no alguien lo hará antes que yo y acumulará los beneficios” Es decir, soy egoísta en contraposición al entorno (como un todo) que busca operar sobre mí. “Soy por la contraposición al entorno”, de igual manera que en algunas regiones se utiliza el término de “oposición” para la mayoría disidente de los gobiernos en función. “Ser opuesto” implica ser en contraposición al otro; es decir, que no tiene existencia por sí mismo, no *es* sino en absoluta *necesidad* de aquel que está al mando. Una vez, y mil veces más, hemos adecuado la realidad a la *creación/construcción* de la *representación* de la realidad e intentamos hacerla encajar. Es por tal razón que vemos ganadores y perdedores, buenos y malos, mejor y peor; y todo aquello que no sea categorizable bajo nuestros estándares se ve borrado del *universo*. Recurrimos a la acción directa para las categorías, es esto parte del condicionante temporal

---

<sup>18</sup>Quiero destacar la sustancia del *goce estético* que existe en aquello que llamamos “estético” y que termina siendo en definitiva un acto de beneficio o utilidad personal.

(la reducción del espectro de entendimiento) que se ve fomentado por la condición de *trabajador-consumidor*. El reduccionismo no es *consecuencia* de un solo factor, es una gran cantidad de fuerzas que operan de manera resiliente para mantenerse; al final del día siempre recae en la materialidad, en lo fáctico y en lo transformador. Por ello viene el dicho de que antes de suceder la revolución parece imposible y luego de ella se dice que fue inevitable. No podemos conciliar los tiempos porque no son más que una proyección: es la visión del futuro donde se instaura el deseo y el deseo que necesitamos ver materializado “*es*” para que el ayer y el hoy tengan sentido. Lo único que tenemos al final del día es la transformación de la materia y la *creación* de lo artístico. ¿De dónde sale el sistema económico? No *es* más que un reflejo de una percepción humana. Al igual que el *amor* o el *trabajo* no existe sin la incidencia del ser humano; sin la voluntad o la pasión, lo absurdo, lo certero, lo incompetente o lo gracioso que puede ser el ser humano. No existe en el *éter* ni puede darse desde la *nada*. Todo aquello que está en condiciones de existir *sin el ser humano es materia real* mientras que todo lo demás es *creación* abstracta. En otras palabras, la materialidad es el compendio de elementos materiales, tangibles y *transformaciones* (artificios humanos) que existen en el mundo. Todo lo que es *capital* (máquinas, dinero y demás) se concibe por la naturaleza misma (como la tierra y las canteras) o por la *transformación* del humano (el trabajo de la tierra, la extracción de piedra y minerales, la fabricación de máquinas, etc.); *necesita* del humano. Todo lo que es *organizativo*, como la economía, no *es* sino dentro del común acuerdo de cada individuo; no puede existir sin el huésped que lo alberga. El amor no tiene lugar sino en la persona que lo siente, el trabajo no tiene lugar sino en el trabajador que al *trabajar crea* el trabajo y *transforma* la realidad. La *creación* es abstracta; al igual que con el diseño de un plano, un software o un poema. La materialización de la cosa es *transformación* de un elemento; aquella creación abstracta requiere de la acción humana; su creatividad viene determinada por su condición y el *tiempo* que emplea.

Cuando buscamos categorizar desentendemos la importancia de los elementos por tamaño o estética. Desatender lo natural nos lleva a replicar acciones que producen desastres. Tal como con el ingreso de especies no-nativas en ecosistemas extraños; lo mismo ocurre con el ser humano y su colonialismo. Pero todo esto es parte del mismo sistema filosófico por el cual interpretamos la realidad; el *marco de opinión* (si mal no recuerdo es como Noam Chomsky lo llama) en el cual se permite que el trabajador-consumidor opine a gusto y *piacere* siendo que cualquier margen de opinión sobre ello tiene nula incidencia sobre la materialidad. Pero es aquel sistema filosófico dualista que nos insta a

categorizar la realidad y dejar fuera a aquello que no se encuentra dentro de la categoría; aquello que muestra lo falible del método, que demuestra que es únicamente *expeditivo* y no justo, que es utilitario y positivista; no remarca que el universo debe ser contraído para entenderse por la causa-consecuencia simple. “Esto es bueno y aquello es malo y ninguna de las dos cosas guarda relación entre ellas”. Absurdos y reduccionismos pero *necesarios* para convivir en la contradicción diaria. Y preguntan “¿para qué sirve la poesía?” y “para nada” dirán porque no hay cómo cuantificar su valor a menos que sea en cantidad de libros vendidos, en cantidad de seguidores en redes sociales, en cantidad de entradas para un show, etc. La *representación* se ha comido al objeto que debiera representar, al igual que los *tecnócratas* se han comido todo. La gravedad de las representaciones tiene, creo yo, una curiosidad en el contacto de algunas ideas entre oriente y occidente. Como he ejemplificado, las flores y la mierda de caballo guardan alguna relación, comparten un espacio, un ambiente, un mundo, son transiciones y nunca estados o *sustancias finales* y por ende no son perfectos. El tiempo y las acciones los erosionan y transforman para luego ser otra cosa. Pero no como individuos. Siempre tenemos aquello de “transformarse”, tales analogías de la oruga y la mariposa; el patito feo que es un hermoso cisne y demás. Pero buscamos desplazar el componente que nos aterra en la visión individual; la transición no nos establece de una *esencia* o *alma* a transicionar hacia otro estado manteniendo la *sustancia original*. La transformación se da, y la sustancia se modifica. Lo que llamamos transformación son cambios de estados pero mantenemos la idea (o la *necesitamos*) de *un alma* que retiene la esencia del individuo. Pero únicamente nos referimos a la razón y a los recuerdos, a la *creación* en el abstracto. Es por ello que si se modificaran nuestros recuerdos no seríamos nosotros puesto que estamos conformados por experiencias y recuerdos. Moldear la interpretación de esos recuerdos y memorias es lo que hace el individuo, *crea* las representaciones y retiene *impresiones* de aquellas *afectaciones*. El sistema de interpretación en occidente aún retiene el concepto de *alma* sin llamarla alma. Tal como si la rosa sin llamarla como tal, sino llamándola *gül*, fuera a cambiar su color y aroma. El fonema o palabra que la representa se modifica y nuestra percepción de la cosa toma otra *forma* pero solo la representación y no la cosa *per se*. Llamar a esto *alma*, esencia o individualidad, sustancia o como guste, son solo *representaciones* y debemos considerar cuales son los atributos que aquello acarrea. La diferenciación es cruel y puede tener demasiadas aristas pero generalmente se vuelve sobre la consideración de una *esencia individual* y no se contemplan las afectaciones sobre ella, las modificaciones y la transitoriedad.

Hay otro cuento que recuerdo y trata de un maestro que pide a sus alumnos que le digan que es lo que hay sobre la mesa (un vaso con agua), pero a la vez no decir que aquello es un vaso con agua. Un alumno dice “definitivamente esto no es un vaso vacío”. Otro alumno simplemente da vuelta el vaso sobre la mesa y vuelca el agua. La acción es evidencia, la *representación* es solo una arista. ¿No decimos “las palabras se las lleva el viento”? La acción transforma la realidad y pone a ésta en evidencia; la forma de representarla se *recrea* para interpretarla como buena o mala. Es la forma de conocer una tradición y cultura; viviendo en ella, caminando sus lugares, comiendo sus comidas, siendo siempre curioso de adentrarse en lo desconocido, se interpreta desde el interior y desde el exterior solo puede uno *crear* la *idea*; y toda idea es siempre y únicamente representación de la cosa misma.

El concepto de *relatividad* indica a su vez *relación*. Es terrible desarmar cada palabra pero a veces es bueno recordar su etimología o hasta el mal uso o deformación. Cuando nos vemos frente a la historia del alumno que vuelca el vaso de agua nos posicionamos en una idea de cierta relativización de las cosas y sucesos. El primer alumno dice “definitivamente no es un vaso vacío”; quiero destacar el concepto de *dualidad* aquí, hasta cierto punto sería una respuesta propia de nuestra mentalidad de contrapuestos. Decir que es aquello al decir “que no *es*”. Pero ese “que *no es*” requiere un absoluto, es decir, ser un absoluto contrapuesto contra el vaso con agua sobre la mesa. La dualidad requiere de extremos y a tales efectos se crean relaciones de *reacción* y nunca *acción*. Como he mencionado antes, la acción en reflejo a su contrario y nunca por sí mismo.

El trabajador-consumidor no trabaja por su placer sino por su contraposición a un sistema que lo fuerza a tal cosa; consume asumiendo su condición libre pero es el escape para confrontar circunstancialmente el día a día. Somos egoístas por el hecho de que previamente desconfiamos del otro. Gritamos y exigimos a quién está *por debajo* nuestro en un determinado contexto de poder porque alguien más actúa de esa manera. Esto no es excusa, excusas son *ideas* y de lo que hablo es de procesos, operaciones y mecánicas de la realidad; si es “bueno o malo”, es otro tema que fuerza la razón sobre la cosa misma. Pero nótese que rápido saltamos a la moral cuando aún no conocemos el proceso mecánico, fáctico y sus repercusiones en la realidad.

Por más ínfimo que parezca aquel vaso con agua derramado contiene un relativo a un contexto, a su entorno y a la materialidad en su conjunto. Porque al “decir” lo que es operando sobre ello, se entiende su sustancia y no las representaciones; todo quedará fuera de las palabras, se evidencia que aquello contiene agua, que era un recipiente que al girarlo existe una fuerza que lo hace

ir en una dirección y no se comporta al igual que los demás elementos. Que el envase es estable sobre una superficie y al girarlo pierde lo que contiene hace evidente que una persona pueda girarlo; se nota la mano que lo toma y lo gira. Se hace evidente de que hay un requisito de una fuerza para desplazar al objeto, en este caso el alumno. Hay una acción que transforma la realidad y hace esto evidente una nueva forma que no se condice con la anterior. Hay una voluntad del alumno en girarlo y no hay una voluntad en la cosa a pesar de la fuerza que debe realizar aquel, etc., etc. Esta transición pone las cosas sobre los hechos y no lo *representativo* de un lenguaje, vocabulario, categoría, sistema, etc. Es la pura y fáctica operación sobre la realidad para evidenciar la realidad, que al evidenciarse también se transforma.

Es en parte escéptico pero a su vez lo más cercano a la *no-injerencia de la razón humana*. Las reacciones físicas y químicas se utilizan para descubrir sucesos que han quedado atrás en el tiempo y necesitamos comprobar o probar esto y aquello. Es verdad que los hechos pueden relatarse de diferentes formas, que pueden ser alterados pero solo sus *representaciones* o *recuerdos* porque son *creaciones* y nunca el hecho en sí. Porque esto nunca puede ser conocido en forma *totalizante*. Si extendemos el análisis de las fuerzas y reacciones que se establecen con este vaso de agua podremos llegar de lo individual a lo general para crear perspectivas del mundo. Un sinfín de relaciones de las cosas en las cuales una *cosa* no es *per se* sino *in situ* parte de un contexto. “Nunca se baña uno dos veces en el mismo río” porque el río cambia y porque el ser humano también. Lo mismo sucede con los procesos y las cosas. Nunca es la misma *cosa* ni el mismo *proceso*.

Cuando ahondamos en esta mecánica nos acercamos a la interpretación filosófica de un conocimiento de la realidad a partir de las relaciones de los elementos que la componen. Cultivar la idea de relación en este sentido deja por el suelo la idea de absolutos contrapuestos. Solo existe aquel análisis en términos relativos. Es el vaso porque no es la mesa, porque tampoco es el agua, porque tampoco es aire, porque tampoco “es” la persona, porque tampoco es la mano, porque tampoco es la fuerza, porque tampoco es la fuerza de la mano, porque tampoco es la gravedad y porque tampoco es un montón de cosas más. Solo quiero sí hacer notar que son ideas excesivamente nuevas para nuestros métodos filosóficos y de representación de la realidad. Nuestra *razón* se ha devorado a la *realidad* y la moldea a su gusto. Porque además de entender por estos contrapuestos, se obliga a la *sustancia* a *ser* en relación. Pero la relación no es la *sustancia* sino uno de sus atributos. Moldea pero no determina; ejerce presión pero no es la sustancia en sí.

El problema con esta óptica es que hemos buscado comprimir la *individualidad*

o la *sustancia* o la *esencia* a esta relación dentro de un contexto. La persona busca categorizarse en relación a su entorno, familia, trabajo, gustos, deseos, pensamientos, etc. Se auto-categoriza para mayor facilidad de organización dentro de un contexto. Pero no porque quiera el individuo esto sino porque se ve incentivado y presionado por los entornos a responder en función de tal o cual *necesidad* contextual. La búsqueda de aquella individualidad no solo tipifica al individuo que se auto-condiciona al categorizarse, sino que también encuentra sus antítesis con las cuales conflictuar. Es en parte el problema de cómo el símbolo se ha comido a su origen o la representación se ha comido a la *cosa misma*. Por ello he dado referencia a los líderes y a las banderas, que son símbolos y nada más, pues lo importante es lo que *es* representado. Generalmente son tan amplios estos símbolos que puede el individuo proyectar su propio deseo sobre ellos; “la bandera es la libertad”, “la patria es...”, “el honor es...” y todo es algo diferente. Al final de cuentas se vacía de contenido y se reprocesa para moldear las conductas. Lo mismo sucede con las corrientes que desafían el *status quo*, donde generalmente se toman componentes estéticos y hay un vacío de la sustancia real. Con la música sucede lo mismo; con las artes en general y obviamente con los *servicios informativos*.

## El lenguaje universal (segunda parte)

Vuelvo aquí sobre el *ser* y la *representación* del tiempo para diferenciar lo que en la música existe. He mencionado anteriormente a Schopenhauer, de los filósofos más *dulces* que podemos encontrar en occidente, y su concepción respecto de la música era lo único que le podía liberar de las cadenas de *la razón*. El único gusto que Arthur encontraba para liberarse del padecer y el sufrimiento de *existir* era a través de la música; disfrutaba tocar la flauta y aun viviendo una vida suntuosa, no podría desprenderse del yugo de la razón y el deseo. Cuando nos referimos al *existir* y al *ser* o *vivir* en occidente tendemos a representarlo como el mero acto de *estar*, *respirar* o *materialmente existir*, y hasta el hecho de ser *conscientes* lo terminamos ubicando como un elemento del *ser/vivir*. Quizás sea lo más inapropiado para interpretar los hechos. La contradicción recae en lo que una vez *representamos* como ser; el sufrir por la *no presencia*, la falta de arraigo al *ahora* y por ende la insoportable levedad del *no-ser*. Cuando la música es el único hecho que cautiva a un escritor como Schopenhauer, uno debe preguntarse qué *es* la música y *cuándo es* la música. Si bien las representaciones de que *es* tienden a ser banalizadas y patéticas representaciones y romantizaciones para abarcar lo general, nunca nos preguntamos el *cuándo*. ¿Cuándo *es* la música? La música *es* cuando ella se hace *presente*. Habiendo dado mi descripción de qué es música y qué es *capital musical*, he dado una diferenciación de “qué es” y “cuándo es” pero aun así la pregunta radica en la *esencia real* de ese *ser*. No hay música cuando el *ojo ajeno* invade al músico, no hay música cuando debe uno leer las partituras y luego accionar en función, no hay música generalmente y solo se da en su estado más puro cuando la misma es “*learned by heart*” (*aprendida con el corazón*) o “de memoria” (tenga a bien notar la diferencia de los términos que conllevan el mismo acto; la *representación* de la interiorización de una música, en uno, como si ésta se arraigara en el corazón o en la memoria según el lenguaje que corresponda). Sin lugar a dudas la expresión en inglés afirma la idea; todo aquello que sea aprendido de corazón ha de reproducirse desde el corazón y el corazón solo existe en el *ahora* y en el *presente*, por ende en el *ser*. No hay corazón para mañana, escatimar la expresión del corazón y su exteriorización es reflejo de débiles e ignorantes. En este sentido creo que la relación con la música es algo más permisiva. El *súmmum* de la música es la improvisación, que es el proceso de haber *aprendido con el corazón* y “*ser*” o exponer *lo real* de manera espontánea y por ende *libre* (esta libertad es lo que

crea el “*ser*”). No hay mente que vacila entre el ayer y el mañana y posiblemente, lo mejor será, que tampoco esté en el *presente*. La *razón* recuerda y proyecta, no tiene lugar para la espontaneidad; el segundo que se toma en buscar lógica y resultado ya es suficiente para desconectar lo más profundo y sensible de nuestro *ser* para darle lugar al estado *consciente*. Será en parte porque el elemento *supra-lingüístico* de la música no deja lugar, o no debería, a la contradicción lógica de la razón y el lenguaje informativo. La música no señala a la luna ni tampoco trata de describir elefantes. La música excede la información; cosa que nos es imposible concebir en nuestras mentes modernas. El error queda claro al ordenar el foco de *atención* sobre elementos racionales y cuantificables. La música *es* y no se basa en elementos informativos; no requiere de una letra que relata los sucesos ni tampoco exige tener un elemento determinante en funciones técnicas. Lo técnico como central y lo parametrizable como *cualitativo* son los elementos *positivistas* y *economicistas* (la eficiencia, velocidad, etc.) haciéndose presente. No hay razón para verse obligado a degustar más una pieza de un compositor famoso que la pequeña canción que entona un niño. El placer *es* en el *ser* y todo lo demás obstruye esa instancia por tratarse de sesgos cognitivos.

Borges escribió un poema, Caja de música, que dice - “En esa música. Yo soy. Yo quiero ser. Yo me desangro”- y la representación del fenómeno del *ser* en la realidad no podría ser más bella. Todo es tiempo *presente* porque *es en la música*. El *individuo* tal como lo concebimos en nuestra modernidad *es en la música*; encuentra allí una *esencia* porque se encuentra en *el presente* y no en construcciones del ayer (memoria) o en proyecciones del mañana (futuro). Aun con la mente tranquila, la razón nos desplaza del absoluto cero del presente.

La contradicción que noto, de forma regular, es la búsqueda del placer de proyectarse al futuro en la música presente y acumular *memorias*; en otras palabras, vivir para el día de mañana, relatar el “haber *oído*”, y por ende *crear recuerdos*. Estos sucesos son cotidianos en la modernidad donde todos podemos grabar, regrabar, tomar fotografías, videos y demás. En el momento en que intentamos almacenar una porción del *ser presente* salimos de tal condición. No hay forma de *ser* y *razonar* al mismo tiempo; la forma más perfecta que el ser humano puede alcanzar es el *ser* en la *espontaneidad* porque esto le hace *ser libre*, fuera de las miradas, prejuicios, condicionantes, en definitiva, todos los artilugios de las construcciones de la razón implantadas a partir de los estímulos y fuerzas externas. Cuando intentamos captar una imagen de las estrellas, el cielo, la luna, un paisaje y todo elemento impresionante será vuelto a una condición de *representación* por medio de una

*arista* de su forma *real*. Adoro la fotografía, adoro las grabaciones de música, considero todo una belleza, pero solo el ojo de aquel que vio y el oído de aquel que escuchó dieron suficiente a su corazón para que *sea* en aquel momento y de manera *irreproducible*. Cada nota nace y muere en aquel momento; una nota Fa no será igual a otra, el tiempo de aquella nota ya pasó y la siguiente, aún cuando sea “igual” en frecuencia y entonación, no es aquella misma que fue, al igual que cada *ser humano*, a cada momento *es* “*un ser*” y nunca “*el ser*”. Las personas buscan salvaguardar algo en su forma reproducible para compartirlo; ¿compartir qué? Nos hemos acostumbrado a compartir recuerdos filmados y fotografiados, pero ¿qué importa? El *presente* es *inefable* de por sí; no hay que buscar más. Es y desaparece al *ser*. Nuestra humanidad no es para nada diferente. Cuando intentamos obrar *para* o *por* alguna razón futura nos desplazamos de nuestra esencia *real*. Pero las herramientas (que graban video, fotografía, sonido, etc.) son tan accesibles y sencillas de usar. ¿Cuál es la diferencia? Preguntarnos tal cosa no dista demasiado de preguntarnos para qué sirve la poesía. No es lo mismo *estar* que *reflejar*; no es lo mismo *ser* que *proyectarse* en un futuro en el cual podamos contar las historias. Hay que vivir en el presente para que luego el relato de la historia sea *real* y espontáneo para que el recuerdo sea un momento en el *ser* y no una construcción para *los otros*. Nos arrebatamos la oportunidad para entregarnos al *ojo ajeno*, que dirá ¿qué bueno!, ¡qué bello!, ¡qué lindo! y ¡qué suerte! que se haya podido presenciar tal o cual evento! Pero la *presencia* es únicamente del *sujeto*; *sujetarnos* quizás a la realidad y, por ende, al presente, es lo mejor que podemos tener.

La improvisación desarticula los mecanismos que restringen la expresión pero no son únicos de la música; me refiero a *hacer* música. Sino que también existen en la contemplación y el goce de todo elemento existente; es perderse en las gotas que caen de la clepsidra, en las hojas muertas del otoño o la textura de la arena frente al mar. Nada nos impide *ser* tanto como nuestra razón porque ella está articulada para tener propósito. Tal cosa es solo una *creación* humana. Cuando Kierkegaard se refiere al “caballero de la fe” expresa esta individualidad en esencia del ser; no importa lo externo a sí sino la *fe* del individuo y su vida en base a su fe. Pero, como he mencionado antes, la fe y la esperanza se proyectan, nos piden entregar el hoy por un mañana, el presente por un futuro, la esperanza nos hace esperar lo mejor y condiciona la *transformación*. La angustia se acumula con el paso del tiempo en esperar, y en cierto período el *ser* se desvanece y queda el *desear*. No hay presente y todo está puesto en un futuro que siempre es incierto para la persona. Creo útil estas comparativas para reflejar la concepción, una vez más, de la idea cristiana del

hoy y del mañana y su filosofía del tiempo; el sacrificio, la fe y la esperanza del hoy a fin de obtener un mejor mañana. Será un mañana y punto, pero ¿a costa de qué?

## Sobre improvisar y bailar

Cuando tanto Nietzsche como Camus lo incentivan a uno a bailar es por el mismo hecho de desprenderse de la *razón* y *ser* en la improvisación. Kierkegaard pide fe, esperanza y conciliación; mientras que “los bailarines” caen en cuenta de que no hay *esperanzas supraterráneas* y que todo lo que tenemos es el ahora, por consiguiente “*hay que imaginar a Sísifo feliz*”. No hay futuro para Sísifo y solo es el *presente* infinito lo que tiene; el infinito es no tener futuro, el tener por siempre un mañana nos condena a desatender el hoy. Para Sísifo todo *ser debe* encontrarse en la acción presente y nada más. ¿“El infinito”? “Te deseo que vivas por siempre” era la condena en la antigüedad griega; y desde tales circunstancias se ha transformado la cuestión en un deseo. ¿Vivir para siempre? De ser así no hay futuro, y quizás solo haga eso falta para que atendamos el *presente*. Me recuerda esto a uno de los primeros capítulos<sup>19</sup> de la serie “Twilight Zone” o “la dimensión desconocida” en el cual un hipocondríaco es visitado por el diablo que le ofrece el trato de su vida; se le concede *ser* inmortal. Nada de malo tiene aquello y nada, excepto su alma, se entrega a cambio. Pero fuera de esa tecnicidad todo es maravilloso, puesto que ¿quién necesita alma si ha de permanecer por siempre en la tierra?. Nada puede enviar al más allá a nuestro protagonista, que se lanza a las más absurdas proezas; saltos desde edificios y arrojarle frente a los trenes, todo es de suma diversión. Nuestro hipocondríaco ahora transformado en Baldur no escapa a la condena del infinito. Vivir sin el riesgo, la pasión, el miedo, el dolor, la felicidad y todo aquello que un *ser* experimenta es inútil si se conoce el *futuro*, es decir, que siempre habrá futuro. Siempre hay un mañana; ¿qué importa entonces el *presente* si el futuro está asegurado? Por ende no hay consecuencias y si no las hay, nada es causa de nada, se vuelve todo estático y la *sustancia inmutable*. Es transformarse en una criatura que carece del *ser* porque no existe el *presente*. Siempre habrá un ayer y un mañana. ¿He aquí lo que llamamos perfección? ¿Es ésta la sustancia de la cual los dioses están constituidos? Pena por ellos; pero Sísifo necesita sí o sí carecer de *razón* para ser feliz, es la situación de esta vida eterna lo que le quita todo y solo quitándose de encima la razón puede tratar de tener un hoy, pero tampoco esto me parece agradable o loable. En la serie Twilight Zone el protagonista se aferra a la cláusula que se le dio para permitirle morir; él decide morir para acabar con su *no-ser* eterno,

---

<sup>19</sup> “Escape Clause”: Episodio 6 de la primera temporada emitido en 1959

porque ser eterno es no tener *presente* y por ende *no ser*. De tal manera se libera de aquel yugo del infinito.

El incentivo a bailar nos hace *ser* y por ende estar vivos en el ahora. El recuerdo de un baile será agradable e imaginarnos el baile futuro también pero la danza es hoy y no mañana. Tener un mañana asegurado es no tener un hoy; esto no implica apelar al sufrimiento hoy para vivir, contrario a las lecturas lineales que se hacen de la filosofía de algunos autores; no es buscarse a sí mismo en la lucha, la competencia, la victoria sobre el otro sino buscar el *ser individual* en cada *presente*; porque para ello no debemos necesitar del otro, del ojo ajeno y de las categorías que la sociedad impone. Despojarse de todo esto y bailar es la condición real de la esencia; es *ser* y no una tercera persona que mira la película de la vida mientras ocurre. Hay que ser *partisano* en todo aspecto de la vida porque es el *ser* lo único que nos queda; el *ser* que es igual a *improvisar*.

## La creatividad

Se nos insta a ser *creativos* a cada momento. Debemos ser creativos en la forma de relacionarnos con la sociedad pero en especial en el trabajo-consumo, en la manera de resolver problemas laborales, familiares, institucionales o lo que fuere. Es algo tan trágico ver cómo el concepto de creatividad se transforma en una herramienta utilitarista; “un algo” que da resultados, beneficios, consecuencias favorables, etc. Según la RAE la *creatividad* es: “*Facultad de crear*” o “*Capacidad de creación*”. Excesivamente amplio para mi gusto. Ya he dado alguna referencia en cuanto a la razón y a la forma de actuar de las personas en cuanto a la proyección de sí mismas. Lo espontáneo de la vida es lo único liberador que hay y se extiende por fuera de la razón; la *no razón* es la existencia real del *ser*. Cuando somos *creativos* de manera direccionada estamos razonando y así utilizando un “*para*” que se proyecta hacia resultados. En otras palabras, trabajar de manera “*creativa*” en base a la búsqueda de un resultado no es la *creatividad per se* sino la búsqueda de una articulación de causas y consecuencias. La *creatividad* no es un resultado ni tampoco tiene un “*para*”; el acto creativo puro es individual y espontáneo, por ende es libre y expresa el *ser real* en el momento puntual. No hay forma de llegar al punto real de la creatividad en base a un direccionamiento. Aquel que nunca ha sentido la libertad de lo espontáneo y lo creativo por la expresión misma, por el *ser* mismo o por el *sin razón*, no habrá verdaderamente ahondado en las aguas de la creatividad. Ya he dicho respecto a la improvisación que es la base de esta acción del *ser* porque es a su vez la *creatividad* y *creación* sin un “*para*”, sin un *propósito* más que uno mismo en la existencia del momento *presente*. No hay *razón* para la *creatividad* porque no hay un resultado económico o mercantilista que se adueñe de ella. Todo aquello que no es por el disfrute absoluto mismo del individuo sin una injerencia externa no puede ser contemplado como creatividad<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> Debo hacer la salvedad de que existe la *necesidad* que antecede a la *creatividad*, pero la misma es un elemento que antecede y que se integra al individuo y a su sustancia dando lugar a la *creatividad* espontánea, por ende libre, en el momento presente. Que quede claro que, al ser humanos, toda acción es antecedida por una *necesidad*. Hago esta aclaración por el razonamiento del *amo* y el *esclavo* en la creación de cultura a la cual llega Hegel. Al volverse “*esclavo*”, el individuo transforma su sustancia a otra sustancia del *presente* o a un nuevo *ser* que al permitir su espontaneidad y libertad tienden a la *necesidad de expresión* que permite la cultura. La función de necesidad-libertad no solo se ve de esta manera conectada sino representada como ciclo o *síntesis*, etc. La pequeña diferencia que quiero denotar es que la *necesidad* del esclavo impera sobre su sustancia, es decir, es *presente* y por ende *inherente al individuo* mientras que el *trabajo creativo*

Existen “*creativos*” en varias industrias que buscan formas innovadoras e interesantes que llamen la atención para vender, pero los productos que se les indica vender, pero eso no es *creatividad* sino el razonamiento condicionado a la búsqueda de resultados. *Cream* lógicas dominantes, estéticas, encaminan deseos y más pero eso no es el acto creativo; porque tiene una injerencia externa que condiciona al individuo a operar por una razón, un salario, un reconocimiento y en definitiva una *necesidad* impuesta desde lo exógeno. Es la injerencia del exterior haciéndose presente al forzar a la persona a obrar bajo la noción de que “*es su propia creatividad*” aquello que desarrolla mientras se busca una forma de capitalizar sobre las *ideas/creaciones* haciéndolas pasar por acto volitivo o *creatividad* del *ser*. Otra forma de ver este proceso es interpretándose como una *transformación* de un deseo/necesidad para con una *creación* de ideas o lógicas que fomenten tales resultados. La acción creadora surge del exterior para condicionar al individuo a obrar por la necesidad. Esto no es creatividad, sino el uso de razonamientos adecuados para fomentar resultados con tintes de “creación”.

Aquel que alguna vez ha bailado, cantado, recitado poesía, contado cuentos o cualquier actividad expresiva para un grupo de personas; quizás o quizás no haya sentido aun esa *sensación* de que nada existe, ni siquiera uno mismo, a la hora de ser creativo. La esencia del ser es un completo estado de relajación; el ojo ajeno no opera sobre uno, el miedo a lo que “vaya a pasar” desaparece y hay un completo *presente* donde la entrega recae en la pura espontaneidad y la libertad. Uno *es* en el *presente* y por ende existe como *ser*. Esos momentos son curiosos porque la entrega al *ser/presente* es una suerte de *salto de fe*; es riesgo, se supone que pensar, calcular, proyectar, deducir, anticipar y demás cualidades de la razón son útiles para articular la mejor expresión artística y en base a esto evitar “errores”, confusiones y desarrollar la mejor *performance*. Pero todo aquello se ve viciado por la razón; y no es que sea fácil escapar. No es generalmente sencillo encontrar tal estadio del *ser/presente* de forma rutinaria al momento de “hacer arte”. El problema de la *creatividad* no es *ser creativo* sino llegar al estadio del *ser/presente*. El exterior nos condiciona y el problema se vuelve mayor cuando uno razona. Curiosamente podríamos decir que vivir en esa espontaneidad puede ser más riesgosa a la hora de la expresión artística, “no pensar” suena excesivamente peligroso y puede traer errores y consecuencias. Pero no hacerlo condiciona la verdadera *creatividad* que viene

---

es una proyección de uno mismo hacia el futuro; la diferencia es la relación sobre la sustancia presente y la esperanza de proyección futura.

con la libertad y espontaneidad; condicionarse por la razón es limitar la existencia *presente*. Y es la entrada en este estadio la verdadera forma de expresión. Todo esto es significativamente difícil de interpretar para el individuo moderno, utilitarista y *homo economicus*; que solo entiende las representaciones externas de los factores artísticos. La técnica, la velocidad, la intensidad, lo “*flashy*” o todo aquello que sea una representación racionalizada. El problema no recae en *no usar la razón* sino que al igual que con la *técnica* para el estudio de la música; debemos estudiarla para que ella no se interponga con nuestra expresión *real del ser*. Usamos la razón para construir un desarrollo pero ese desarrollo es más que la suma de técnicas y razonamientos, de estudios y ejercicios; hay algo que no está comprendido en la razón aun cuando ella puede ayudar desde lo físico y lo técnico a proyectarse. La técnica en el arte solo debe desarrollarse para que ella no interfiera con nuestra expresión; y lo mismo sucede con la razón, una vez que interfiere con el *ser* se vuelve una carga. Nos volvemos hacia nosotros mirándonos como una persona aparte, como si nos viéramos desde fuera de nosotros mismos evaluando los sucesos. *Eso es la razón*. Un elemento que nos permite observarnos a nosotros mismos en cada tiempo pero no se establece en el momento *presente* para *ser* y a su vez condiciona la expresión espontánea: la *creatividad*.

## Sobre los recursos del hoy y la esperanza

Es claro que el tópico de la economía es de los menos proclives a ser analizados desde una perspectiva filosófica; no por la incapacidad de abrirse a ello sino por su constante referencia a las matemáticas y a su auto-referencia como *ciencia*. He dicho que una *ciencia* no puede ser inexacta en cuanto a su método científico; necesita comprobación empírica y conclusiones certeras. Aun en algunos casos las matemáticas trabajan con axiomas y las hipótesis de la física y química, en sus formas más complejas, buscan aproximar la realidad con ecuaciones para limitar el *margen de error* pero no hay una certeza absoluta en cuanto a mediciones.

Si me entrego a hablar sobre este tema es por el simple hecho de que aquello que contiene al ser humano y es creado por el ser humano (es decir que es de la razón y por ende creación abstracta) nunca puede ser una ciencia por contenerlo, efectivamente, al ser humano mismo dentro de ella. Es la historia que contamos mientras nos hacemos nosotros a mismos. Sin ir más lejos el esclavo, el ser humano de piel negra, era una herramienta claramente útil para la economía y se determinaba que no tenía derechos hasta entrado el siglo XIX y el apartheid siendo una instancia que se extiende hasta el siglo XX. No hay forma de que lo social/humano y lo económico se vean disgregados en estos puntos. El ser humano de piel negra *era* esclavo porque era económicamente viable; y no por el simple error de interpretación del otro o el mero racismo. El racismo es la lógica dominante en la cual se apalanca la sociedad para conciliar la explotación pasada. Es la forma en que se cuenta la historia para no confrontar realmente con el hecho de que el *materialismo económico* fue lo que impuso la esclavitud y no el *error conceptual*. En tanto y en cuanto haya un beneficio económico/material que se extiende del acto mismo, en este caso la esclavitud, el mismo no puede ser considerado un simple error en vista de los beneficios para con los amos. Por ende, y en este sencillo ejemplo, espero haber dejado en claro que la construcción de la forma en que organizamos los recursos materiales condiciona de base la manera en que la sociedad interpreta y adecua su funcionamiento. Aquello que llamamos *ciencias económicas* son construcciones que representan una porción de la realidad ajustada a una lógica instaurada; contener al ser humano dentro de una *ciencia* hace suponer que todos tenemos el mismo manejo de *la razón*. Pero por sobre lo anterior, y mucho peor aún, se hace suponer que todos los seres humanos tenemos la misma forma de contemplar el tiempo como algo absoluto y no relativo a la

individualidad. Ya he dado referencias de cómo la razón proyecta y la memoria condiciona la forma de interpretar “*el pasado*”. Todo lo que no es *presente* es construcción. Pero el condicionante económico puede interrelacionarse como un factor esencial sobre todo esto. La forma de organizar los recursos del planeta no es tema menor en la forma en la cual representamos la realidad. Si bien el ser humano entiende *causas-consecuencias*: al trabajar *gana* dinero, con el dinero consume (una clara relación directa), no entiende la construcción condicionada del tiempo. En sí la relación para con este factor nos retrotrae en parte a la linealidad del tiempo, una vez más, por el tema del mañana, el porvenir, el deber, la moral, lo correcto y el futuro. El individuo está condicionado a trabajar por un futuro; siempre se desarrolla el deseo o se consolida la visión de una necesidad en base a la razón para con el futuro. Pero a su vez se condiciona el ahora en cuanto a la adecuación en base a la organización económica. La libertad existe en base a trabajar y consumir, y no en su forma *real*. Pero hay un dejo de cómo la *esperanza* es condicionada al porvenir que ha utilizado con mucho agrado el sistema *capitalista*. Es la idea de uno mismo en el futuro, el goce, el disfrute, la adquisición material y la construcción de entornos por medio de la *esperanza* y la *fe* en el esfuerzo. Todo aquello que a la *cultura del trabajo*, *moral del trabajo* o *meritocracia* se refiere. El trabajo es necesidad y por ende no puede ser un valor moral/ético. Pero los seres humanos estamos compuestos de *esperanza*, esperamos un mañana al razonar, nos proyectamos al decir “lo mejor está por venir” y todo tipo de frases *esperanzadoras* que se concilian por la *fe*. *Necesitamos* tener *fe* para conciliar esas esperanzas; necesitamos *sabernos* que todo lo que sacrificamos en el *presente* hará un sentido en el mañana, aunque siempre habrá un mañana hasta que no lo haya más (individualmente claro está). Lo que constituye al ser humano por encima de sus cualidades materiales y de trabajo, sus necesidades y funciones orgánicas es aquello que se instaura en conflicto entre las razones y la pasión. Cuando se *trabaja por un mañana* ¿no es un acto de *esperanza* de que el mañana algún día llegue? A la vez ¿cómo tenemos garantías de que habrá tal mañana y habremos de llegar? Por el salto de *fe*. La *fe* concilia esa *esperanza*, la esperanza de aquel mañana que *solo Dios sabe* y *ojalá Dios quiera*. El esfuerzo, la vocación y el valor de cada uno en cuanto al *propósito* tiene su conjetura misma dentro de las escalas de la *fe* pura y la *fe* puesta sobre un resultado “*útil*”.

¿Qué hay más fuerte que la *esperanza* y la *fe*? Curiosamente y de muy mala manera tendemos a contemplar estos elementos como algo religioso, algo que tiene que ver con la idea de deidades antropomorfas que nos observan o cuestiones similares. ¿No son la misma *fe* y *esperanza* las que impulsan a uno a

trabajar por el mañana? “Es diferente” dice entonces... ¿Por qué? ¿Quién ha asegurado a usted la cantidad de *mañanas* que aún tiene por delante? ¿Ha nacido quizás con un calendario en el cual organiza la cantidad de días de vida que tiene para poder administrarlos de la forma más *racional* posible a fin de hacerlos *eficientes*? Quizás supone haber encontrado refugio en la estadística. “Si la vida promedio es X... yo trabajo X... quizás, tal vez... etc. etc.” Promedios y estadística; cifras y *axiomas* ¿de qué le sirven al individuo? ¿Qué importa el promedio cuando lo único que tenemos es la vida única-personal? ¿O acaso dice usted que hay más después de la muerte?

La razón, como construcción de una lógica dominante, nos indica que siempre habrá un mañana y que la felicidad está en la construcción de aquello que tenemos como “fin”. ¿Por qué asumimos que el mañana habrá de llegar? ¿No es acaso todo el ímpetu del trabajo moderno, dentro del sistema que da preferencia al *capital* por sobre el trabajo, muy similar a aquello de “... *labrad vuestra salvación con temor y temblor*”?<sup>21</sup> La esperanza, lo que se *espera*, se concilia únicamente por la *fe*, nadie tiene el mañana en sus manos; todo que sea contrario a esto es solo auto-convencimiento para anular las fallas del razonamiento. Un *ceteris paribus* es la *fe* que nos permite saltar a la proyección de la razón, al *futuro*, que se *espera* y decimos “*ya casi estamos allí, pero falta un poco más*”.

“¿Cuándo llegará aquel momento deseado?”<sup>22</sup> Nadie contiene en sus manos el destino o el futuro, solo se construye por la necesidad de vernos en un mañana pues la contemplación de un mañana sin el *yo* es terrible para la fragilidad humana. Cuando se trabaja directamente sobre un objeto se hace visible la *transformación* al instante; se contiene la *causa-consecuencia* que entiende el ser humano por fuera de los razonamientos que se le inducen a tener para asumir que todo está en orden. Pero cuando estas mecánicas comienzan a tener mayor amplitud, en la cual todo tiene que ver con todo, la información, los gobiernos, la política monetaria, las bolsas del mundo, la cotización y las acciones, etc., etc., etc., ¿qué queda? ¿de qué vale una proyección? Cada paso

---

<sup>21</sup> Filipenses 2:12 : **12** Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, labrad vuestra salvación con temor y temblor; **13** porque Dios es el que en vosotros produce tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad.

<sup>22</sup> La expectativa, la potencialidad y la *creación* de futuros sucesos nunca decepciona porque existe en lo abstracto de nuestra imaginación mientras que la concreción de esos deseos y sueños puede decepcionar. ¿Qué tanto deseamos vivir en ese mundo *platónico* o de las ideas sin arrojarnos a concretar el sueño en lo fáctico, en lo real y en la experimentación? ¿Qué tanto pueden dañarnos la efectivización de nuestros sueños?

está signado por el caos y el futuro se hace cada vez más oscuro; en relación a nuestro nuevo milenio, ¿qué tanta *fe* hay que tener para centrarse en *trabajar con temor y temblor* para consolidar la idea de una *esperanza* con respecto al mañana? ¿No es demasiado pedir tamaña cantidad de *fe*?

La fuerza y el trabajo individual están absolutamente devaluados en el periodo en el que vivimos; tales elementos pueden hacerse visibles de forma sencilla en cuanto a los *términos de intercambio* o la relación de *salarios mínimos* necesarios para la adquisición de una vivienda. Estos elementos cambian con el tiempo, pero en las últimas tres o cuatro décadas se han vuelto terribles en detrimento del trabajo y en favor de la concentración de capital. Que las cosas “*no den resultados*” pensándose a uno como individuo como artífice del universo es también el error más común de interpretación que no se “entiende” de donde procede. ¿No es obvia la relación con nuestro granjero? Se le confunde con *nihilista*, *pesimista* o *apático* cuando no reacciona a la circunstancialidad. Él trabaja en el hoy por el hoy y sabe que no tiene en sus manos el mañana. ¿Cómo podría tenerlo? Es únicamente humano. Aquí recae uno de los errores más comunes del ciudadano moderno en cuanto a “cada uno es artífice de su destino” que equivale a “nadie es artífice de su destino”. De igual manera que si “todos nuestros clientes son especiales” ninguno en verdad lo es. Lo que el granjero entiende es que no está “solo” en el mundo ni en el universo; no es capaz de *razonar* la *totalidad* y, por ende, proyectar todas las potencialidades de lo que vendrá porque eso es únicamente un deseo. *Desear* un futuro no es el futuro, solo la representación que hacemos para reconciliarnos con “un día más” porque el *presente* nos agobia.

El deseo es necesidad que se extiende para con la razón y nos intima a buscar el beneficio del mañana porque se hace evidente y certero que no existe en el hoy ni en el *presente absoluto*. Cuando “*buscamos en*” el mañana asumimos tener una certeza lineal para con las cosas, tal como causas-consecuencias de formulación individual y directa. Es decir, que si *yo* determino una *causa* entonces la *consecuencia* es directamente proporcional a tal cosa. El *quid pro quo* una vez más; la *representación* fagocita todo lo que el *objeto representado* es. El futuro que se proyecta no es más que construcción; de no llegar será una angustia individual y en caso de que llegue .. ¿se asume como valor personal? ¿No se suscitan elementos *aleatorios*, al igual que le sucede al granjero, en nuestras vidas? ¿No encontramos secuencias o sucesos que son impredecibles, extrañas o ajenas que terminan afectando nuestras formas, psiquis, emociones y vivencias en general?

La *esperanza* radica en el ser humano; quizás por la razón o quizás por la pasión o en definitiva por ambos. La pasión de no estar en el *presente* y el *ser*

que, por ende, necesita *conciliación* en un futuro o por la razón que hace existir al individuo siempre en la ansiedad del porvenir, la proyección y la creación que causa daño a sí mismo. La *fe* es el salto que nos hace conciliar el *absurdo* de *no tener garantías*. Tengo las garantías del ahora, del presente, del *ser* circunstancial aquí y en *esto que llamamos momento o tiempo*. ¿Qué me garantiza un mañana? No estoy buscando la excusa ni fundamentación de acciones o repercusiones absurdas sino señalar la forma en que pensamos sobre el *tiempo* y con ello “*administramos*” la vida; una vida que no sabemos por qué hemos recibido y asumimos saber cuánto habrá de durar. ¿Es la duración lo que importa? ¿Es calidad? ¿Son las experiencias? ¿La creación de recuerdos? ¿Acaso sueña usted con ovejas eléctricas? Todo esto le interesa a la razón pero nunca al *ser* porque el *ser es* siempre *presente*.

La *esperanza* es parte del razonamiento por ser parte del futuro, aquello que no se tiene pero se desea, por ende se proyecta. Es el sacrificio “*de hoy*” en pos de un mañana. Es un elemento *reactivo* por parte del individuo para con lo exterior; al igual que aquello que llamamos *egoísmo*, en sus términos de *suma-cero* (económicamente hablando), no es más que el reflejo individual (o internalizado) a un estímulo de la representación del entorno<sup>23</sup>. Es decir, la *esperanza* se constituye como *necesidad* de “algo más” por sobre el hoy, el presente y la vivencia circunstancial del ahora absoluto. Aquel que *espera* no lo hace en pos de que el mañana únicamente exista sino de que “sea mejor”. “Trabajar por un futuro mejor”. Pero tales hechos deben estar constituidos por una mejora sustancial en el presente; no puede quedar todo en *la fe*. ¿No es acaso la “tiranía de la *fe*” lo que se combate tan fervientemente? La religión, lo abstracto o metafísico que se extiende como *fe* para conciliar el dolor; “el uso” de las personas por parte de la *religión* y demás. ¿Qué diferencia existe entre esto y la *esperanza* requerida conciliada por la *fe* para con aquel que sufre hoy? ¿“El esfuerzo”? ¿“El sacrificio”? ¿“Lo bueno y lo moral”? No hay nada que *justifique* esa búsqueda del mañana. Aun cuando el marketing y las publicidades que apelan a la vida dicen “vivir el ahora”, “el momento” y demás solo son términos reactivos; “Vive el ahora porque el mañana no está

---

<sup>23</sup> Es decir, el sistema de organización hace imperar la desconfianza y el miedo, junto con la necesidad; estos elementos son la materia prima del egoísmo. No existe *per se* sino en su forma reactiva al entorno. Apelar a una naturaleza egoísta del ser humano es suponer que es innato cuando en verdad se construye tal apreciación en base a imposter la desconfianza en el otro. Todo esto claramente deriva en la profecía auto-cumplida; “soy egoísta antes de que el otro lo sea”, reactivo por miedo, por ende se basa en lo externo y por consiguiente no es inherente al ser humano sino fundado en las lógicas de la razón y administración del entorno. No hay linealidad sino fórmulas cíclicas o, en otros términos, una relatividad y dialéctica del sujeto y el entorno.

garantizado para nadie”. Y acto seguido continúa el trabajador en su tarea para trabajar esperanzado en un mañana, mientras se le dice que *viva el momento* pero no puede *ser* porque siempre habrá de proyectarse por la razón a futuro; no encontrará conciliación alguna de la fe, ni la esperanza, pero especialmente no podrá conjugar su *razón* y su *acción* en el *presente* para integrar el *ser*.

Frente a estas ideas suelo encontrar un rango de respuestas curiosas. Aquellas que apelan a que “*hay un orden*” o “*hay una razón para las cosas*”; en primer lugar para referirse a la forma organizativa de la sociedad y en segundo lugar al mundo. Por otro lado, están aquellas que son algo más *abstractas* tales como “*el orden del universo*”, el karma mal interpretado como “*hacer cosas buenas atrae cosas buenas*”, “*hay una razón por la cual cada cosa sucede*”, “*venimos al mundo por una razón*” o todos los elementos derivados que contengan tanto razón, orden, un “*porqué*” y un “*para*”. No es el problema de la *idea* en sí, *estáticamente* hablando, lo que nos debe ocupar es su lógica dinámica. Cuando tales elementos, o sus sinónimos, que son inabarcables en un solo texto, se hacen presentes asumen una posición de *fe* en cuanto concilian la *esperanza* para con lo *real*. Me encuentro más de una vez con personas que dicen no tener *creencias* o *religión* y aun así esgrimen tamañas expresiones y categorías.

Daré un breve repaso de lógica a todo esto intentando emular a Spinoza. Cada vez que hablamos de *un orden*, estamos concentrando un absoluto; algo que abarca la *totalidad*. Caso contrario hablaríamos de *órdenes*, y en este caso solo habrían de ser diferentes formas de organizar y ver la realidad, es decir, diferentes *razones* de cómo interpretar los funcionamientos de la *totalidad*. Mientras sea “*un orden*” no habrá de contener “*órdenes*” sino una línea absoluta de funcionamiento. “Será lo que deba ser” ; el *deber* es también un componente de lo moral, ergo lo bueno y malo, que se rige por una *razón*, por consiguiente, es absoluto o no es. El problema radica en primer lugar en que la consciencia (y conciencia) moderna no se extiende por fuera de las causas y consecuencias directas. Prefiere que esto sea así en parte para no forzar la *razón* y en parte para ayudar a *utilizar la misma razón* para crear la *fe* que concilie la *esperanza* y el *deseo* de cómo el universo *es*. Este tipo de retóricas las encuentro en toda la modernidad, generalmente “*importadas*” -dicen- de otros continentes o apoyadas en ideas y espiritualidad que exceden en gran parte a lo que se conoce en las regiones de occidente o como pensamos en nuestra forma *capitalista, utilitarista y positivista*. De esto reniego en gran medida porque nada hay de cierto en lo primero. Hemos tomado ideas, las hemos deformado sin interpretación real, en parte por miedo y en parte por holgazanería, luego hemos utilizado la *razón*, con sus herramientas de

eficiencia economicista y les hemos dado a aquellas ideas una romantización y un tinte de *orientalismo* a fin de conciliar nuestras necesidades.

Cuando se dice que hay “un orden”, “una razón para todo”, “un porqué de las cosas”, etc. (todo apelativo a un “porqué” y “para” en forma totalizante) se hace evidente la incidencia de una *razón* previa que organiza tales sucesos y consecuencias, órdenes y razones. Es decir, que “si todo ocurre por una *razón*” (o un orden, lo cual implica una razón anterior que lo pensó - al orden-) se hace entonces evidente que hay una *predestinación* que opera sobre cada individuo. Es decir, que todo está ya *ordenado* por una razón primaria que organiza la existencia absoluta. Pero es algo extraño encontrar esto de “una razón” cuando no se asocia con una *consciencia*; claramente si algo tiene *razón* es porque tiene un acto pensante y de tal manera una dirección en el acto volitivo. ¿No es esto lo que siempre se pregunta? “¿Para qué la poesía?” Es decir, “¿con qué razón?” o “¿con qué propósito?”

Se usa de manera tan laxa la *palabra* “razón”; es decir, se da poco interés al hecho mismo de razonar y se usa su *representación* (en la palabra, fonema o símbolo escrito) como una mera excusa o elemento que carece de un significado real; la palabra razón se ha comido a la razón misma. O quizás se utiliza de manera banalizada como si fuera sinónimo de “causa”. Creo que esto *representa* de forma clara y trágica lo que en verdad *es*. La capacidad de pensar y razonar, por encima del primer paso de causa-consecuencia, se ha visto deteriorada con el paso del tiempo; asumiendo una construcción y autopercepción de *librepensadores*.

¿No está claro ya? Si todo tiene una *razón de ser* y existir implica que hubo una cualidad pensante que ha diagramado todo y por consiguiente no somos más que el suceso de una *predestinación*. “Lo que deba ser será” no escapa a este concepto religioso; de que todo ha sido previamente ordenado por una consciencia absoluta. Porque si hay un orden debe haber uno solo; y un orden necesita previamente una razón, que necesita previamente una consciencia. Caso contrario no hay orden, solo *devenir*. Y es esto mismo lo que atemoriza al humano moderno, que se asume “libre” de las ataduras de la *esperanza* y de la *fe* por suponer que lo religioso es únicamente cadenas e instituciones. Espera el humano moderno, el *trabajador-consumidor*, llegar a fin de mes a cobrar su sueldo para gastarlo rápidamente en banalidades y espera que las cosas mejoren (¿por arte de magia?) o quizás hacer lo mejor que pueda para el día de mañana poder construir un mejor *presente* y *ser*; o alcanzar la felicidad. Construye entonces sobre materia que no tiene una vida que no sabe cómo es. Construye proyectándose, viéndose a sí mismo en el futuro y desconoce cómo se sentirá aquello que desea pero va a hacia eso mismo. A la vez no existe en el *presente*

sino que adecua su mente a vivir en un futuro constante, el mañana, a proyectar lo bueno que será todo una vez que pase el hoy que lo agobia. Mientras tanto consume y trabaja, trabaja y consume para satisfacer necesidades básicas pero nunca llegar al “*ser*”.

Recuerdo que a mitad del año 2009 un profesor de *macroeconomía* compartió dos axiomas que estableció él como máximas o leyes: “un billete no tiene el mismo valor hoy que mañana” y “el mercado siempre tiene la razón”. “*La razón*”. Porque si es *la razón* es la única y por ende existe por encima de toda entidad viva, fuerza todo, sabe todo y conoce todo. Pero la razón requiere un proceso de conocer y una consciencia, un sujeto cognoscente; ¿cómo es que un sistema de representaciones tiene consciencia? “*El libre mercado*” y “*la libertad*”, etc., etc. Todas frases, poemas y alegorías utilizados para dar una entidad consciente a algo que es netamente una construcción humana. Las matemáticas no tienen vida propia; necesitan ser pensadas. Al igual que he dicho del trabajo que no existe en el éter sino que su “*ser*” existe al estar una persona trabajando; lo mismo con el amor, etc. Hemos banalizado a tal punto la palabra (el símbolo) de “razón” que perdemos el foco de lo que aquello *representa*.

Estamos compuestos de *esperanza* y por ende estamos compuestos de *fe*; no hay manera de evitar esto por nuestra propia condición de seres pensantes que se proyectan al futuro buscando “algo más”. A menos, claro está, que seamos como el granjero que vive en el presente y buscando *ser* en cada momento; como no sabe lo que el futuro traerá, no carga en sí mismo con la mochila del futuro porque no puede trabajar sobre aquello que no tiene en sus manos. Apelar a *la razón de las cosas* o que *todo pasa por una razón* es establecer la idea de Dios como artífice de todo; aun cuando se le llame diferente, y es éste el problema, que llamar las cosas por otro nombre no debería cambiar su sustancia. Si todo pasa *por algo* entonces ese *algo* es el artífice primario de la totalidad; lo ha hecho todo o no ha hecho más que algo; para el caso no puede ser ambas cosas.

Deseo dejar en evidencia que la *esperanza* y la *fe* (la *esperanza* como fin-destino y la *fe* como el salto para conciliar la distancia con el fin) son inherentes al sufrimiento humano y son fuentes inagotables de angustia. Escapar del *yugo de la religión* no cambia el hecho de estar bajo el *yugo de la razón*; pues si hay *una razón*, y solo una, implica que estamos ante la esencia creadora del todo. Cuando adecuamos las vidas enteras al trabajo y el consumo solo profundizamos el dolor de adecuar la necesidad de esperanza y fe para un propósito absurdo. Buscamos *ser* dejando de *ser*. Buscamos *algo más* por los parámetros del trabajo-consumo, la estética burda, el utilitarismo o la

economía. Porque el manejo de los recursos es necesidad, es por esto que doy lugar a la economía porque “estudia la escasez y distribución de los recursos” pero no por su importancia *per se* sino por su capacidad de destruir el potencial que existe por encima de ella. La economía es el elemento organizativo más básico que el ser humano debe suprimir para abocarse a las verdades prácticas que habrán de rendir frutos para *ser* y vivir un *presente*<sup>24</sup>.

Cuando se establece que “*Dios ha muerto*” caemos en el patetismo de suponer que una cortina se ha corrido y ahora la verdad está frente a nosotros de manera clara y *real*, tal como si la necesidad misma que conformó aquella *representación*, es decir Dios, y el poder mismo que existe en esa necesidad humana no continuara existiendo. La creación de Dios no fue *per se* una libertad sino una necesidad de constituir un salvoconducto para la esperanza y la fe humana. Una vez que el símbolo se desvanece, aún quedan la fe y la esperanza, sumadas a las pasiones y los miedos humanos. Lamentablemente la banalización de la religión y todo lo que rodea a las instituciones y la espiritualidad se ven degradados con argumentos respecto a la libertad de pensar; a usar *la razón*, “la única e inigualable”. Aquella razón fundada en la *ética protestante* y el *espíritu del capitalismo* que transiciona a un establecimiento de la esperanza y la fe para con la vida mundana del trabajo-consumo. La esperanza se ve reducida a *esperar* sobrevivir, consumir, conseguir, comprar, aumentar el capital y cubrir las *necesidades*; mientras que la *fe* se encarga de sortear cualquier tipo de entredicho que encuentre la esperanza, *el valor del trabajo, la moral del trabajo, el esfuerzo, el sacrificio, la meritocracia* y más. Lo que Weber consiguió mostrar en su momento, fue el *espíritu de la meritocracia* que se amoldó con el tiempo al nuevo centro del todo, del cosmos, que fue el *capital*. La mente *utilitarista, positivista, economicista* y demás viene derivada de esta transición. No existe ya entendimiento de la *representación* de la cual Dios solía derivar (o deriva). Es decir, que ya hemos perdido lo que Dios representa, el símbolo, y con esto no infiero existencia de una figura antropomorfa y consciente que determina destinos; pues no soy una persona de *fe*. Pero no hay consciencia respecto a qué era aquello que Dios representaba; el orden de un todo, la razón absoluta, la verdad, la justicia, el orden y con ello la *predestinación*. Todo ese orden y razón es la que se inculca ahora en el ser humano, devenido en *homo economicus*, que tiene su propia titulación del *ser* y como *es* la conducta humana. Les hemos dado todo el poder a las representaciones económicas, hemos perdido cualquier vestigio de elementos humanos que no sean proclives

---

<sup>24</sup> Espero sea claro, y más que evidente, que el “tiempo” es el único recurso y claramente escaso que posee el ser humano.

a la monetización y todo cuanto existe necesita un “*porqué*” y un “*para*” que se vean alineados con la *mercantilización del ser* (en otras palabras, la apariencia de un *ser*, se retiene la estética, pero solo una burda representación mercantilizada pues no hay contenido). Es lo que ha sucedido a lo largo del siglo XX con las corrientes revolucionarias y rebeldes de todo tipo de estilo, arte o expresión. Se las absorbe, se vacía su contenido *real* y se las devuelve al *mercado social* con la estética de la *cosa misma* pero sin su “*ser*” o sustancia real. El tiempo deja lugar a que se vacíe de contenido y se mercantilece cualquier acción de poder, para volver a *la cosa* en un *contrapoder funcional al poder*. Porque el orden permite la *libertad* en tanto y en cuanto la estética sea la misma pero se vacíe cualquier ápice de elementos revolucionarios que puedan transformar la manera en la cual vemos el mundo; es decir, cualquier mecánica que intente remover o transformar los *lentes de ideología* que se encuentran instaurados en cada individuo. Estos sesgos generalmente se asocian con los *-ismos* o con lo “*politizado*” y no habría mayor error que suponer que la mente del ciudadano moderno, el *homo economicus*, no está cargada de sesgos que lo impulsan a ver el mundo desde las lentes de la economía capitalista. Aquí recae gran parte del problema, en la transición y necesidad de un orden. “Muerto el rey, viva el rey”. Al quedar desamparados sin orden ni moral con la muerte de Dios, ¿quién podrá ayudarnos? El poder fáctico, de los recursos, lo económico y la *necesidad* misma operan sobre el sistema que impulsa la competencia; cada uno siendo “egoísta” y compitiendo traerá los mejores frutos para sí y para la sociedad. Tales elementos han sido refutados ya por John Nash y las teorías de los juegos; al igual que la macroeconomía de Keynes y Galbraith han probado las fallas de liberar el sistema *capitalista* al avance del sector financiero y concentrar todo en el *capital* y los tecnócratas. No es el problema en sí mismo *la cosa* o *el orden* sino la *representación* que tenemos instaurada de aquel orden que no se condice con la capacidad individual de interpretación; puesto de otra manera, el individuo común y corriente no entiende en lo más mínimo cómo funciona la macroeconomía y cómo ésta repercute en su forma de vida y sus entornos, pero aun así, habita dentro de ella.

La entidad superior, Dios, “*la*” *razón* y “*el*” *orden* no son elementos que se limiten a los cuentos, fábulas, fantasías o demás; son los cimientos para la constitución de la lógica social y la construcción de valores. La *pérdida* de un *símbolo* o *representación* no infiere que la *necesidad* de fe, orden, esperanza, razón y un “porqué/para qué” haya desaparecido. Solamente que en la transición se ha llevado a las aguas de lo económico; un orden que poco a poco se fue instaurando cada vez más fuerte. Hemos reemplazado a un Dios por otro, a una deidad de una forma por un Moloch. Nada aparece de la nada, esto es una

transición, un lugar o un trono que queda vacante para ser ocupado.

¿Y qué mejor tirano para ocuparse que aquel que reduce las facultades humanas a lo mundano, a lo económico y al trabajo-consumo? De tal manera podemos intentar subsanar la evidencia de las emociones, pasiones, miedos, esperanzas y la fe humana que nos agobia. Es en parte un doble funcionamiento; condicionar la operación diaria, el trabajo del día a día en base al *temor y el temblor* pero siempre proyectándose en un futuro del consumo; qué comprar mañana, qué servicio adquirir mañana, pagar las cuentas mañana, las hipotecas, los plazos, las vacaciones, etc. Se vive siempre para “un mañana”. ¿No hay en esto algo de aquello del “*mañana*” o “*más allá*”? Siempre esperando el día en que se pueda ser feliz y se deje de sufrir; ayudándose con los circunstanciales beneficios del consumo, de lo material, pero nunca de lo intrínseco del desarrollo humano real, la pasión, el amor, los valores, lo terrenal en cuanto a la *creación* y la *creatividad* puestas al servicio del *ser* y no de la economía. Siempre hay algo más para consumir; pero el individuo y el *ser* no tienen categorización ni forma de ser *representados* económicamente, esto no implica que no exista, sino que nunca se nos *dice que es tal cosa*.

Ahora, si hablamos del *tiempo*, siempre habrá un mañana, trabajar por un mañana o consumir hoy; pero nunca se transforma en sustancia el trabajador-consumidor. Me pregunto cómo es que adecuamos el tiempo para el esfuerzo y el trabajo sin saber si llegaremos a mañana, el mes que sigue o el próximo año. ¿Quién tiene asegurada la vida eterna? Parece que el *homo economicus* así lo cree; trabaja sin cesar por necesidad, le llama valor y no hay lugar para su individualidad pero supone únicamente un escape a la confrontación de la realidad; del *ser* o la falta de ello, la esperanza, la fe, el miedo, la angustia, el absurdo y todo lo que se escapa a la lógica económica. La economía es *representación* y de las más insulsas y degradantes que existe para *controlar* y *adecuar* la mente y pasión humana; solo representa *recursos*, ¿es acaso esto todo lo que somos? ¿*Recursos humanos*? ¿*Capital humano*? Por otro lado, ¿No es “*la mano invisible del mercado*” la que ayuda a que todo este sistema compuesto de humanos se regule solo? ¿No es esto un *deus ex machina*, una vez más, incomprensible que viene a sortear la esperanza dando un *salto de fe*? ¿No es clara la exigencia de *fe en el mercado*? Tal como aquella frase de “El mercado siempre tiene la razón”; o como se nos indica que *la oferta y la demanda encuentran “equilibrio”*<sup>25</sup>. Es mirar el mundo a través de

---

<sup>25</sup> Quiero remarcar esto último siendo que o se opera con razón o se concilia la realidad por medio de la fe. No pueden coexistir ambos elementos; o se explica por medio de una consciencia, cosa que el mercado no tiene, o se nos impulsa a obrar *confiando* o teniendo *fe* en el mercado; en otras

una cerradura y decir que se conoce *lo real*; pero salir por aquella puerta nos hace ver nuestros propios sesgos. El problema, con esto que nos remite a la *alegoría de la caverna* que se cuele en cada lugar, es que en este caso el individuo dentro de la caverna entiende y se encuentra en plena consciencia de que está dentro de la caverna, no ignora, no desconoce y está en su completa facultad mental sabiendo que su lugar no es más que una burda y limitada sombra del mundo. Pero así mismo es el miedo, el miedo de saber que hay algo más y el miedo de encontrarse frente a sí mismo, sus emociones, sus sueños destruidos, las pasiones resquebrajadas, el tiempo perdido, el dolor, la tristeza y la angustia que hace vernos *humanos* y nos evidencia que somos delicados, somos frágiles, no somos libres y somos mortales, pero aun así podemos *ser*. Es en gran medida el escape que se utiliza para no ver la realidad, su peso y la angustia de existir. ¿Qué más da si se sortea el *mareo* y el *miedo a la libertad* por medio de la religión o el trabajo-consumo? ¿Por qué hacemos diferencia? Intentamos conciliar los absurdos y debemos tener *fe* en algo, en que “*the best is yet to come*” o que el día de mañana será mejor ¿no es así? Deseamos, *necesitamos* tener *esperanza* y cuanto más absurda se vuelva más *fe* habrá de requerir; o quizás menos, según como quiera verlo. Coartar y desentendernos de la fe es también trabajar en el día a día por la subsistencia; aquel que teme, aquel que sufre en lo material no estará en condiciones de ver el mañana, de despertar su verdadero *ser* en ningún momento y vivir en un completo estado de trabajador-consumidor. Como dijo Oscar Wilde “siempre he creído que el trabajo duro es el refugio para aquellos que no tienen nada mejor que hacer”. Es refugio; la contención, es mantenerse dentro de la caverna a sabiendas de que aquello no contiene al mundo; pero los seres humanos se han visto tan lastimados, formados con mentes de economistas, adecuados a la “*educación*” de formas pero sin apelación al conocimiento, se han visto movidos por lo mundano y el *ojo ajeno* que los alienta a continuar un camino exhibiéndose e intentar generar por medio de los otros la sensación de valor. “Soy libre” se dice dentro de la caverna el *homo economicus* incapaz de ver dentro de sí ni salir a vivir; a mayor conocimiento hay mayor noción del dolor, sin embargo, no cambiar y no vivir es solo cuestión de máquinas. Suponer que el dolor y el sufrimiento, la angustia y el padecer necesitan *conocimiento*, en cuanto a *información* se refiere, me parece incorrecto; el dolor existe y no aventurarse en preguntar por él no significa que desaparezca, de la misma manera que el niño que se cubre con las sábanas para esconderse del monstruo,

---

palabras proyectar una expectativa, sortear aquel salto de fe que habrá de conciliar la esperanza. No pueden convivir éstos elementos; al primer requerimiento de *fe* la razón deja de ser *razón*.

que se irá pronto, claro está, porque es obvio que no puede notarlo en su escondite. No hay mucha diferencia con los adultos y nuestro razonamiento, casi ninguna.

Las categorías humanas han sido cooptadas por la economía *capitalista* (porque es un sistema que indica *cómo organizar los recursos*). Todos los lentes que utilizamos nos llevan a representar las cosas desde tales ópticas. He mencionado antes la pérdida de relación entre *la cosas y sus requisitos* tal como con las formas de producción, como el ejemplo de la carne. Por otro lado el lenguaje en el uso de *crear trabajo* (que no puede ser *creado*) y la *creación de mercancías* que no es otra cosa que *transformación* de los recursos de la tierra y nunca *creación* porque no somos dioses. El lenguaje, las formas, las conductas, los valores, las ideas, la filosofía, las artes y todo aquello que se estructura necesita un *axioma* o una estructura sólida sobre la cual construir. Nuestros siglos XX y XXI han dado paso a la absoluta consolidación del Dios mercado bajo la religión *capitalista*; esto no es, como espero haber demostrado, únicamente un sistema económico sino la lente por medio de la cual vemos el mundo. Los “*porqué*” y los “*para*” son adecuados por esta lógica y por consiguiente *la razón* de actuar. Somos mentes *productivas* y económicas, eficientes y utilitaristas al servicio de *una razón*; porque si hubiera más de una, no sería *una razón* sino una decisión sobre “razones”. He aquí la necesidad del *salto de fe* para con un sistema. Porque no vemos *el orden* como creado por nosotros sino como un hecho, como obvio y como algo que “*es*” en un estado puro y natural. De la misma manera sucedió con aquel Dios de la cristiandad; la creación que nos ayudaba a sortear la esperanza, la fe, la angustia, la soledad y el miedo era un *hecho innegable*. Se lo dictaminó como *la razón* y el *ser* porque era *así*. Estamos en una estructura construida por nosotros mismos, la cosa en sí no existe, sino que nosotros le damos entidad al pensarla; pero poco hacemos con ello, no nos detenemos porque la necesidad es mayor, la urgencia prima sobre lo importante y continuamos.

Porque si aún algún otro ejemplo parece necesario diré que no hay demasiada diferencia entre las guerras santas y el *war economy* y los genocidios que mueven fortunas. De la misma manera que la exclusión y la persecución de aquellos que piensan de forma diferente, los *herejes*, no se escapan a los procesos del *macartismo*. “*Yo soy libre*” -afirma el autopercebido *homo economicus*- “*en tanto y en cuanto trabaje y consuma sin buscar ideas que atenten contra el orden económico establecido*”. Se siente cómodo en la caverna; mayoritariamente por miedo, no solo a las consecuencias externas sino a las de sus propias emociones.

Hasta aquí confluyen todos los elementos que he enumerado a lo largo de este

ensayo; la mente del especialista, la alienación, la pérdida de humanidad, la trivialización del arte y demás. Todos los elementos que han recorrido estas páginas son *devenires* de este enfoque, este lente de ideología y la forma estructural que vemos el mundo. Porque si no lo viéramos de tal manera habríamos de sufrir la incapacidad de relacionarnos, la falta de modales, lo poco civilizadas y lo poco razonables que son nuestras acciones; pasamos toda una vida siendo educados, entrenados y acomodados para vivir en base al trabajo y al consumo pero no somos solo esos elementos. Las palabras de Galbraith respecto a la educación, el “¿para qué sirve la poesía?” que se le pregunta a Borges, la apelación constante al “individuo” como si no existiera más que el *yo* pero nunca el “*ser*”, la pérdida de relación entre los símbolos y el objeto representado, los *quid pro quo* intencionados para “*divertir la atención*” hacia otro lado, el deseo, la razón y más; todo está atravesado por la mente economicista porque es *resiliente*, porque no le importa deformarse y verse mutilada emocionalmente, porque continúa *subsistiendo* y eso es todo lo que le importa, continuar, vivir es solo continuar, otro día más, existir, extrañamente no se pregunta “y... ¿para qué?”

Creo entender, a grandes rasgos, cuál es la idea del “Sísifo Feliz” de Camus. No puedo ver dentro de los corazones y emociones de las otras personas y dudo. Pero quizás, quizás todo se retrotraiga a “imaginar a Sísifo feliz”, que no tiene mañana, que no hay cambio, no hay transformación, solo vive el día a día en repetición, nada nuevo, nada diferente, pero nada humano que le pese; feliz no es la palabra que utilizaría puesto que eso solo puede darse en los humanos pero se considera a sí mismo *no-infeliz* quizás (?). Posiblemente nuestro Sísifo escapa a la *esperanza* y la *fe* (¿alienación?), los dos componentes irracionales que nos vuelven humanos, para poder adecuarse y forzarse a ver el mundo abarcado por la *totalidad* economicista y nada más.

## El granjero y el *ser*

El único que conoce todo el principio y todo el final, la totalidad, es la entidad absoluta que puede llevar cualquier nombre y de aquella se desprende la predestinación. Asumir que algo es bueno o malo depende de la lente de visión y la *extensión de la razón*, ergo “tiempo” de proyección a futuro hacia “un fin” que determinamos desde nuestras percepciones (tal como un juego de ajedrez al cual la jugada individual no responde “a lo bueno” o “lo malo” sino que estaremos interesados en el fin “ganar”). Si bien puede quedar claro que circunstancialmente no sea tal o cual suceso beneficioso *per se* no significa entender el mundo en absolutos, pero sin lugar a dudas, el proceso de analizar nuestro deseo y proyección del tiempo, nos permite identificar nuestros sesgos o nuestro límite de atención en cuanto a la vida. Pero dentro de la frase ya se hace la implicancia de aquella *circunstancialidad*; pues lo bueno y lo malo que podemos definir es únicamente en ciertos términos humanos o falibles (como dije antes sesgados por la economía) y que no abarcan lo total, ni siquiera lo total de una vida. No hay que confundir con *nihilismo* ni con desapego la actitud de aquel granjero para con los sucesos; esto lo he intentado remarcar porque es de suma importancia no caer en confusiones simplonas. Todo es *devenir* para aquel y no *razones*; no hay *razones* por las cuales las cosas suceden porque de ser así habrá de haber únicamente *una razón primera* y desde allí se construyen todas las consecuencias. Esto, una vez más, implica la existencia de una entidad consciente primaria que ha creado todo y volvemos a la *fe*. El granjero no tiene *fe* pero tampoco tiene *fe* en su capacidad individual como entidad absoluta. No supone contener en sí mismo el poder de aquella entidad primaria que crea el universo y no es “amo de su mundo y destino”. Saberse humano es saberse limitado, frágil, mundano, falible y circunstancial; apelar a otras categorías no habrá de opacar éstas. Todo existe y todo hacemos y vivimos porque somos limitados, por la muerte, porque no tenemos como Sísifo una eternidad en el mismo día o el mismo día en la eternidad. No carece de pasión el granjero al evitar categorizar sino que se evita cargar a sí mismo con la categorización y las determinaciones del mundo; “*esto es...*” que tamañas afirmaciones en las cuales una cosa es absolutamente buena y otra absolutamente mala; o determinar el grado de maldad y bondad que algo contiene en términos *totalizantes*. ¿Cómo es que una criatura imperfecta puede dar una definición perfecta? Y por ende una definición que trascienda el tiempo, el espacio, las vidas, al dios Ra, el universo y continúe hasta el próximo colapso de galaxias y vuelta a la vida para el *eterno retorno*. Hay

demasiada exacerbación de lo humano pero enfocado a lo banal, a la retórica vacía, aquello que conlleva la estética de filosofía y espiritualidad pero está únicamente apalancado en meros colores que parecen representar pero no son. El dedo que señala a la luna, miles de veces más.

El granjero solo sabe de su vida, no puede contener al mundo que lo contiene a sí mismo dentro, se sabe en el *devenir* y a la vida como tal cosa y no busca una razón, ni “un” orden, *ergo*, absoluto. No busca su *Beruf* o *vocación* de la vida sino *ser* y por ende vivir en el presente. ¿Quién sabe el futuro? “Solo Dios sabe” pues aquel es humano y trabaja por necesidad y busca *ser* pues el devenir será lo quiera o no. La noción de *poder individual* también conlleva la carga de una mochila en cuanto a lo general. Decir *yo puedo* es también desentenderse de las vicisitudes y la aleatoriedad del mundo; porque al errar, al fallar, al ser falible como cualquier otro humano solo queda uno solo y abandonado para llorar sus penas porque “yo he fallado”. Algo así como el *mérito individual* en un mundo social; ¿cómo puede ser que el *individuo* se imponga sobre la sumatoria de individuos que componen lo social? Eso es solo tiranía.

Curiosamente esto nos lleva a la libertad del accionar, ya he dado el ejemplo del aforismo 255 de la Gaya Ciencia, pero me gustaría representarlo de forma diferente, para dar lugar a la idea del conflicto sobre el poder individual. “Cada uno es libre de hacer lo que quiera, no hay que condicionar a nadie diciéndole qué hacer” “¿Entonces...?” La contradicción se vuelve obvia pero la sorteamos con amplios saltos de *fe* en el poder individual, el individuo y el *yo* sin ver el conflicto de una libertad y otra u otras, individuo a individuo y lo social que prima sobre lo individual. Al desatender esto nos creamos la idea de que lo social no opera sobre nosotros; y el lente de ideología es obvio.

El granjero escapa a éstos circuitos al no categorizar ni determinar, solo se encuentra en él un presente, vive y existe. La línea es clara pero una confusión recurrente puede darse sobre lo pasivo y lo “*feliz*” de Sísifo, tal como si todo le diera igual. Incorrecto, no es lo mismo, nada es lo mismo, sino que asumir en uno la carga del mundo con la idea de que poder domar las externalidades causa mayor sufrimiento y que evidencia más aún la necesidad de contracción del individuo. Se vuelve proclive a cerrar sus emociones en sí mismo, a crear corazas y armaduras emocionales-espirituales que lo alejan del contacto con lo externo. Nuestro granjero vive, sufre y se alegra, “*es*”, pero no habrá de categorizar y determinar por elementos utilitaristas y economicistas; sabe que la vida puede seguir mañana y los tiempos y circunstancias se alteran. No hay absolutos, y por ende no hay “*una razón absoluta*”. Esto mismo sucede con el “yo soy” y lo mismo ha de suceder con la luna o el vaso de agua; son circunstanciales y buscar categorizar lo circunstancial, parametrizar, medirlo,

describirlo y determinarlo es una tarea de una razón productivista que no se enfoca en el vivir sino en describir para intentar contener algo de esa grandeza en la *representación*. Pero no es solo *describir* lo que sucede aquí sino el intento de una descripción inhumana, que carece de arte y pasión, que carece de lo irracional y absurdo. Porque estamos compuestos de esa materia, no hay Dios, por ende no hay razón, solo *devenir* y el miedo a esto nos perturba y por eso describir y representar el mundo es lo que necesitamos para decir “*esto es...*” y tener algo a que aferrar nuestra mortalidad. Las mentes más rígidas y que más categorizan son generalmente aquellas que contienen corazones que más habrán de sufrir con el desplazamiento de alguna variable. Aferrarse a lo *inmutable* es volverse Sísifo, somos humanos, negar lo cambiante es negarnos a nosotros mismos; esa degeneración nos produce miedo. El granjero lo sabe, sabe que todo habrá de cambiar en cualquier instante y cambia aunque él no lo perciba, lo disfruta, vive, existe, *es* en el *presente* porque no hay más lugar en el futuro y el pasado es solo construcción de la mente y la razón. Acepta el granjero el *absurdo* de que una cosa se transforme circunstancialmente en “buena”, otra en “mala” y vuelva al *devenir* siendo “buena” nuevamente; pues en verdad aquellas son categorías que refieren a lo *real* pero no *lo real per se*. La búsqueda por aferrarnos a “lo que es”, “es así” y demás expresiones son prueba del dolor mismo que contiene el individuo y la sociedad. No es el paso del tiempo que resquebraja lo que fue y lo transforma en otra cosa diferente; “la pérdida de valores”, lo esto y lo aquello, los románticos de que todo pasado fue mejor y otras yerbas. Es todo el paso del tiempo que corroe *los absolutos*; y se hace evidente que somos limitados, fútiles, sensibles, delicados y sobre todo humanos por estar compuestos de algo más que la simple materialidad y la capacidad de trabajar y consumir. ¿Qué salto de *fe* se nos dará por tomar cuando tales cosas sucedan? Cuando llega el momento de confrontar que *la razón* y *el orden* no son más que pasajeros y cuando el *héroe trágico* asume que nunca ha tenido *la fe de un caballero* sino la cobardía de seguir lo que se le ha dicho que “está bien”; la *resiliencia* de subsistir. ¿Cómo habrá de transformarse, en sustancia, si no lo ha hecho a cada momento? Lo único que contiene son *representaciones aceptadas* del mundo y nunca el mundo ni *lo real per se*. “Y entonces ¿qué hacer?” No lo sé... al final de cuentas, buena suerte, mala suerte, ¿quién sabe?